

As de corazones

Tres personajes unidos por el amor y los lazos indestructibles del destino.



ANTONIA J. CORRALES

Autora de En un rincón del alma

Lectulandia

Un bróker que sueña con ser escritor, una enfermera que, a pesar de adorar a los niños, se niega a ser madre y una editora que jamás quiso serlo. Atrapados por un secreto inconfesable que dominará sus vidas. Amor, rencor, traición, superación personal, crítica social y la realidad más cruda y más hermosa.

Ayala, Samantha y él: Bastián. ¿Cuántas formas hay de amar? ¿Realmente el amor lo disculpa todo? ¿Es Dios el culpable de nuestras desgracias, o confundimos su nombre y en realidad es el Diablo?

As de corazones: tres vidas paralelas contadas en primera persona que encogerán tu alma y se harán un hueco en tu corazón.

Lectulandia

Antonia J. Corrales

As de corazones

ePub r1.0

Ablewhite 29.12.16

Título original: *As de corazones*
Antonia J. Corrales, 2013

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Las profesiones y lugares de residencia, así como los nombres y apellidos de los personajes que forman parte de esta historia, sus manifestaciones, hechos o datos, son meramente circunstanciales. No tienen relación con personas reales, vivas o muertas. Cualquier parecido de todo lo que se narra en esta obra con hechos reales es pura coincidencia. Por todo ello, esta novela es, en su totalidad, una obra de ficción, y como tal debe ser interpretada la integridad de su contenido.

A Laura, por la recopilación de música que me hizo para trabajar; sin ella difícilmente habría podido escribir algunas de las escenas de esta obra.

A Andrea, por empeñarse en que no cambiase la trama, algo que suelo hacer con facilidad. Y por todas las horas que hemos compartido, ella estudiando y yo escribiendo.

A María, porque su entusiasmo, su madurez y su aliento son imprescindibles para mí.

A Andrés, porque es mi hombre en el sentido más literal y amplio de la palabra y mi primer lector.

A mi perro, Danko, que se fue cuando aún no había terminado de escribir esta obra y lo eché en falta a mi lado. Aún sigo haciéndolo todos los días. Sin vosotros sería como una hoja de papel en blanco a merced del viento.

AMOR

*Nací para el amor. Es mi alegría
este polvo de estrella en que habito.
Te conocí. Me hallaste, coincidía
tu gemido amoroso con mi grito
y porque conservo todo de ese día
ya ni vida, ni muerte necesito.*

GRISELDA ÁLVAREZ
(Guadalajara, México, 1913-2009)

Hay tres cosas que no podemos dominar, que no podemos alterar: nacer, morir y enamorarnos. Las tres son inmunes a nuestra conciencia, a nuestro raciocinio y a nuestra voluntad.

PRIMERA PARTE

Bastián

Fui bróker en el mercado financiero español, escritor por un capricho del destino, y me enamoré de la mujer que no debía.

En ambos mercados, el financiero y el literario, jugué al póquer, al póquer del mentiroso. En el amor creí ser el maestro, el dueño y señor de las cartas. Me equivoqué. Yo quería ganar la partida; ella, vivirla. Ninguno consiguió su propósito. El destino fue el que se alzó con el póquer de ases frente a nosotros, rompiéndonos la vida, el alma y el corazón.

Tuve grandes maestros de la mentira, del cinismo más puro y obscuro. No salí con la moral limpia, ni mucho menos intacta, pero eso es lo de menos. En esta sociedad, la moral no sirve para teñir de azul los números rojos de la cuenta corriente de nadie. La moral, la mayoría de las veces, te aboca a morirte de hambre. Te convierte en un muerto limpio, limpio pero cadáver.

En el mercado financiero llegué a jugar mis mejores bazas y lo hice poco a poco, sin pudor y con la complicidad de otros que, como yo, se vieron abocados, en cierto modo, a abandonar unos principios obsoletos si querían subsistir en un mundo de lobos disfrazados con piel de cordero.

Entré en el mercado editorial tal vez por un cúmulo de casualidades, o quizá porque el destino existe y es ineludible. En él, como en el financiero, también se juega al póquer del mentiroso. Se hace con menos vehemencia, de soslayo. Con un tacto propio del mejor diplomático, que te atiende en la escalera de entrada de su embajada vestido con sus mejores galas, acompañado por sus guardaespaldas, y, mientras te prohíbe la entrada, finge estar conmocionado por tu situación. Te ofrece un mísero vaso de agua para que te calmes. Te da una palmadita en la espalda y, sonriente, te indica que debes marcharte. Te insinúa que aquel no es tu sitio, aunque a él le gustaría que lo fuese. ¡Miente! Tú sabes que miente, pero solo puedes sonreír porque no tienes su nacionalidad, sus poderes, su situación, las llaves de la puerta. Eres un escritor novel, sin contactos, sin padrinos, solo con tu obra entre las manos, y eso no es suficiente. La mayoría de las veces, el que tu obra sea buena o mala es lo de menos. Lo que apenas le importa a nadie.

Los faroles que presencié durante mi carrera de escritor fueron muchos y de toda índole. La madre de todos ellos fue comprobar cómo algunos premios literarios se contrataban y gestionaban antes de ser concedidos. Tener nombre, influencias, contacto con los medios de comunicación, o pertenecer a ellos, te daba, con un solo chasquido de dedos, la oportunidad de publicar o estar presente y visible en todas las noticias culturales y de situarte en los primeros puestos de ventas sin el más mínimo esfuerzo.

Tenía talento para escribir, siempre lo tuve, pero no era nadie. No tenía influencias, ni apellidos, ni lectores porque nadie me había publicado. Las puertas se me cerraron sin tan siquiera darme la oportunidad de leer una sola palabra de mis textos, hasta que el destino me regaló el comodín que necesitaba para entrar en el sector editorial. Pude marcarme un farol. Y a punto estuve de hacerlo, pero no fue necesario. Tenía la mejor jugada de la mesa: un repóquer de ases.

Cuando uno se convierte en jugador profesional, cuando la mentira, la gran mentira, la madre de todas ellas, es la única forma de subsistir, la honestidad no es importante. No lo es porque comprendes que jamás ha existido, que es otro farol más. Que la falta de ella es la única vía para conseguir el éxito. Al menos esto era así — sigue siéndolo— en los ámbitos en los que trabajé durante años. Entonces nuestra economía gozaba de una salud de hierro, de hierro hueco al que más tarde se le vería el óxido que ocultaba en su interior. La herrumbre de la que ahora estamos todos cubiertos.

Samantha

Me llamo Samantha y me considero una mala persona. Puede que la realidad que he vivido sea la responsable de mi actitud, de mi falta de empatía y mi soberbia. No lo sé; no lo tengo muy claro, ya que otras personas en circunstancias similares a las mías son diferentes. A veces pienso que es connatural a mi existencia, que nací egoísta, sin escrúpulos. Incapacitada para amar y ser amada como lo hacen las demás personas. Creo que de haber nacido en otro lugar, en otra familia, hubiera sido igual de despiadada y egoísta. Mis dardos habrían apuntado al blanco de otras dianas, tal vez fuesen más clasistas, pero los habría lanzado con la misma rabia y maldad. Quizá la genética estaba ahí desde el instante mismo de mi concepción, como lo está en algunos asesinos en serie, y bastó una chispa para despertar al gen, para activarlo. Sea como fuere, lo único que tengo claro es que no soy buena gente.

Dejé de creer en Dios el día en que mis padres fallecieron en un accidente de tráfico. Entonces tenía diez años. Aquel maldito 20 de enero, con un sol a medio gas, desapacible, con carreteras comarcales alfombradas de nieve y hielo, mi hermano cumplía cuatro años. Lo hizo convirtiéndose en huérfano. El calendario quedó marcado para siempre con la fecha de un cumpleaños y dos decesos.

Siempre que comento mi ateísmo, el motivo y el día que comencé a practicarlo, mi hermano me reprocha mi injusticia en hacer culpable a Dios de lo que en realidad es responsable el Diablo. He de confesar que a veces me asaltan las dudas. Pero solo en algunas ocasiones, porque si Dios hubiera sido justo, y debería serlo, no habría permitido que ellos se fueran de aquella forma. No le perdono que se los llevara o que dejase que se los llevaran, como algunos me repitieron sin descanso día tras día. Qué diferencia hay entre que se los lleve él o lo haga el Diablo. A fin de cuentas, es lo mismo: nos los quitó o permitió que nos los quitaran. Esa fue mi primera guerra durante muchos años, la más sangrienta, la más dura: con Dios. Intenté librarla con él, pero no entró en mi juego, jamás contestó a mis preguntas. Su falta de respuesta, de manifestación alguna de su existencia, me llevó a afianzarme aún más en mi ateísmo: o él no existía o pasaba de mí porque me ignoraba con la mayor frialdad posible. Tanto una cosa como otra me resultaban igual de duras, me hacían el mismo daño. Esa falta de respuesta me abocó a omitirle en mi vida. Lo hice, pero no del todo. No pude. Sé que él, Dios, de existir, debe de sonreír muchas veces al ver cómo le echo en falta. Al saber que en muchos momentos envidio a los creyentes. Debe de ser hermoso creer, tener fe. Hermoso, reconfortante y, no lo niego, necesario para soportar demasiados interrogantes e injusticias; para tener esperanza. Uno de esos creyentes es la persona a la que más quiero en esta vida, tal vez a la única que quiero: mi hermano.

Mi mente siempre ha sido prolífica en imágenes, en pensamientos convertidos en iconografías en color y en blanco y negro. Todos y cada uno de mis pensamientos se transforman en pantallazos que pasan por mi cerebro en forma de ráfagas instantáneas similares a los fotogramas. Algunos, la mayoría, son premoniciones. Las mismas que a mi madre le producían un desasosiego que yo, en aquellos años, no entendía.

Aquel día, mientras esperábamos a que nos recogiesen a la puerta del colegio, sentados en aquellos escalones de granito, sucios y fríos, las imágenes se sucedieron una tras otra. Todas eran en blanco y negro. Lo único que tenía color era el confeti sobre el asfalto. Los minúsculos pedacitos del confeti sobre la nieve; rojos, amarillos, azules y verdes como las fichas del parchís al que íbamos a jugar después de la merienda. El tablero también estaba allí, sobre la nieve, resbalando a cámara lenta del lado de la oca. Y los paquetes envueltos en papel charol azul, el color preferido de mi hermano. Y los molinillos de viento que habíamos hecho a mano en la cocina la noche anterior, cuando él dormía. Le volvían loco los molinillos y los móviles hechos con chapas de cerveza o de Fanta. Le entusiasmaba el ruido que producían cuando los movía el viento. Teníamos la terraza llena.

Nadie me dijo lo que había sucedido, pero lo supe en el mismo instante en el que la profesora se agachó a mi lado. Su aliento no era caliente; el hálito de vapor que salía de sus labios rojos y carnosos era glacial. Sus manos estaban heladas, demasiado frías para haber salido de la secretaría hacía apenas unos segundos. Parecía venir de otro lugar, de un lugar gélido y oscuro. Su bata olía a aceite quemado, y en su pelo, que rozó mis mejillas, pude percibir el perfume que utilizaba mi madre. Entonces la imagen de la carretera, la misma que se había repetido en mi cerebro al menos cinco veces mientras esperábamos a que nos recogiesen, volvió. Esta vez se desarrolló a una velocidad normal. No vi a mis padres, pero sí cómo el confeti caía sobre la nieve, y un ruido similar al que produce el hierro al rozar el asfalto me dejó sorda. No pude escuchar con claridad las palabras de la profesora que nos había mantenido, despreocupada por nuestra suerte, sentados en el escalón durante más de una hora, hasta que sonó el teléfono y salió en nuestra busca.

—Sa... Samantha... —tartamudeó—, coge a tu hermano. Tus padres se retrasarán y viene a buscaros vuestro tío.

Él no podía traer buenas noticias. Le odiaba, siempre le odié, y sigo haciéndolo.

Bastián

Era difícil encontrar un piso en la capital, siquiera un apartamento de sesenta o incluso cuarenta metros cuadrados donde vivir que estuviese medianamente bien y cuyo alquiler se adecuara a mi sueldo en aquel momento. Cuando vi aquel anuncio en el periódico y el destacado de URGE, no dudé en acercarme lo antes posible.

Estaba situado en la zona centro de la capital. La ubicación me permitiría no tener que invertir más de veinte minutos en desplazarme al bróker. Teniendo en cuenta que muchos días terminaba mi jornada laboral a las tres o las cuatro de la mañana, debido a las cenas y reuniones organizadas para los clientes, si fijaba mi residencia allí podría dormir un promedio de cinco horas seguidas. En aquel tiempo dormía de tres a cuatro.

Era lo que estaba buscando. La zona no era la más adecuada para el estatus que se exigía y exhibía en nuestro círculo: el del mercado financiero, que en aquellos años era considerado un sector privilegiado, plagado de nuevos ricos. Anegado de gente joven con mucho dinero fácil, relativamente fácil, en el bolsillo. Gente que se codeaba con la flor y nata de la banca o con los directivos de la «economía nacional» y europea, sobre todo anglosajona. Un círculo en el que las apariencias eran la letra pequeña de tu carta de presentación. Aunque tu sueldo fuese escueto, aunque no te diese ni para ir al odontólogo, si querías moverte entre ellos o tener cierto atisbo de oportunidad, de no ser un número más, tenías que conducir un deportivo o una moto de gran cilindrada. Vivir en un apartamento ubicado en la zona vip o bien alquilar un *loft* o un ático restaurado. No importaba si este se ubicaba en una zona de usos y costumbres no muy «delicadas».

En aquel entonces, muchos —entre los que me incluyo— teníamos un vestuario casi inexistente, pero de marca, que llevábamos a las tintorerías de servicio exprés porque tenía que estar disponible en veinticuatro horas. Con solo dos trajes, tres camisas y dos corbatas nos apañábamos para sobrevivir entre el guardarropa de aquellos jeques a los que teníamos que invitar a cenas y fiestas escandalosas pagadas por nuestra empresa. De ello, de aquellas cenas, de las fiestas, de algún que otro presente y alguna que otra dama de ojos oscuros, pechos prietos, ingles lisas y esqueléticas, dependían muchas de las operaciones financieras que se realizaban. También más de una cuenta de resultados. Aquellas fiestas engendraban operaciones, fidelidad comprada, pero vomitaban vicio, malas artes y úlceras sangrantes que se cargaron a más de una familia. A muchos solo les quedó para acostar su borrachera la prostituta de turno, que también los abandonó cuando el caviar se convirtió en sucedáneo. Porque el dinero, y más el fácil, tiene muchos efectos adversos, demasiadas contraindicaciones. Es como venderle tu alma al Diablo: tarde o

temprano te pasa factura.

La calle donde se situaba el apartamento, al igual que las aledañas, era angosta. La mayoría de las que lo circundaban eran empinadas y tenían unas aceras tan estrechas como los arcones de las carreteras comarcales. Los adoquines parecían haber sido tirados sin cuidado sobre el cemento: de asentamiento desigual, inclinados a derecha o izquierda; húmedos, de un negro brillante después del paso del camión de la limpieza. De madrugada, los barrenderos se afanaban con la manguera para quitar los restos de vómitos y orines de la noche anterior que no habían desaparecido con el riego que llevaba el vehículo incorporado en su parte trasera; a veces necesitaban arrastrar las escobas sobre ellos. Tras su paso, las aceras, las vías, incluso algunas esquinas mugrientas tomaban un tono oscuro, triste y fantasmagórico, similar al de la humedad propia de los cementerios. Las callejuelas eran tan estrechas que el sol tenía dificultades para entrar en ellas y se quedaba en las terrazas de los áticos, llenas de plantas que teñían de verde los altos de los edificios, embelleciendo en cierto modo la humedad de las viejas paredes. Cada diez pasos había un local de alterne o un restaurante, de mayor o menor renombre gastronómico, al que acudía más de una personalidad a tomar anguila preparada por un cocinero ruso. Ya entonces, algunos vip lo llamaban «maestro restaurador». Y las lucecitas rojas, verdes y amarillas, y los letreros de neón. Y las chicas apostadas en los quicios de las puertas haciendo gala de sus atributos femeninos. No les importaba la hora, la temperatura o que sus pezones y sus glúteos estuvieran acorchados y maltrechos por el frío, la soledad, la humedad y la falta de amor con el que aminorar su hambruna sentimental. Algún que otro borracho haciendo suya una farola o una esquina en la que apoyar su maltrecho cuerpo, descamisado y torcido hacia delante. Torcido él y torcida su sonrisa. También su mirada hueca, perdida en un sueño empapado de alcohol. De olor ácido, como sus sentimientos. Grises como el hollín de las chimeneas de carbón y negros como el asqueroso humo de los vehículos. No, la zona no era la más adecuada para un bróker joven y ambicioso como se suponía que debía ser yo. Pero a ella le habría encantado.

Aquel lugar tenía algo de bohemio, de triste, de desarropado. Quizá por ello, por esas características diferentes y al tiempo marginales, me resultaba más real y humano que las aceras limpias que frecuentaba todos los días al lado de mi trabajo. Más de verdad que los restaurantes impolutos de camareros encorsetados y rectilíneos que nos atendían desde una distancia casi ancestral, propia de los tiempos de la esclavitud. A los que solo les faltaba decir: «Sí, señorita Escarlata». Creo que no lo decían, aunque lo pensaban más de una vez mientras atendían a muchos de los déspotas que frecuentaban aquellos lugares clasistas, porque éramos hombres, o al menos eso aparentaban algunos.

Aquel lugar me recordaba a ella. Los días que pasamos buscando casa, su pelo largo y alborotado cayendo sobre sus hombros desnudos, morenos y pecosos. Su rebeldía y su afán de reivindicación. Las películas de arte y ensayo que decía haber visto en el Alphaville una vez que visitó la capital. Aquellos días de lucha y carreras

delante de los policías que intentaban amordazar, a fuerza de golpes y pelotas de goma, nuestras protestas estudiantiles. Sus ojos grises como las nubes que presagian las tormentas en verano, tan hermosas e impredecibles como lo era ella. El olor a caramelos de violeta de su aliento. El aroma peculiar y envolvente de la marihuana que de vez en cuando fumábamos tras escuchar a Cat Stevens en la Toscana, donde nos conocimos. Nuestras manos entrelazadas, apoyados en la barandilla del viaducto, cuando buscábamos un local donde exponer nuestras obras y sueños, mientras mirábamos el discurrir del tráfico bajo nuestros pies. Sintiéndonos vivos en un lugar que, irónicamente, demasiados habían elegido para morir dejándose caer al vacío.

Ella pertenecía a la marginalidad. Prefería un café de termo, aguado e inodoro junto a un mendigo, sobre un cartón, a una copa de champán en el mejor hotel de la ciudad junto a un ejecutivo déspota y vacío, de billetera llena y sentimientos inexistentes. Quizá porque su recuerdo seguía arañándome en la soledad de la noche y la ausencia de su risa perturbadora acompañaba mis *whiskys* en la barra de más de un bar o discoteca, me decidí a alquilar aquel ático. Volver a tenerla era lo único que le daba sentido a mi vida. Por ella y porque el agente inmobiliario me comentó, como si aquello fuese parte del *marketing*, que el ático había pertenecido a la amante de un reconocido escritor.

Samantha

—No voy a someterme a ningún reconocimiento, y menos a una prueba de fertilidad —le dije de espaldas, mientras introducía los cubiertos en el lavavajillas y me secaba las manos.

Dejó el vaso del café sobre la mesa y se puso en pie. Se acercó a mí y, poniendo sus manos en mis hombros, me dio la vuelta.

—¿Qué has dicho? —articuló con dificultad, con expresión incrédula.

Llevábamos un año de relación. Un año viviendo juntos, compartiendo casa, cama y cuenta corriente. Antes estuvimos saliendo. Seis meses. Él quería formalizar la relación, vivir conmigo. Luego vinieron los deseos de tener un hijo. No sé si le amaba, si estaba enamorada de él, pero su compañía me hacía bien. Sus manos acariciando mi nuca a la vuelta del hospital, masajeando mis pies maltrechos. Sus oídos atentos a mis comentarios y esa forma de mirarme, de tenerme en cuenta en todo y para todo, daban sustento a mis días, al rincón oscuro de mi vida. Le dejé estar, hacer y ser. Sí, él se había convertido en una pequeña porción de mí, la menos importante, pero allí estaba. No me incomodaba, y aquello, el que no perturbase mi interior, el que no escarbase en mi pasado, era lo único trascendental, la plusvalía que daba valor a nuestra relación.

No me incomodó hasta aquel momento en que su obsesión por tener descendencia se coló en nuestra calma, en nuestra apacible cotidianeidad. Bajo la almohada, entre las sábanas y los planes del fin de semana, en las sobremesas y el azúcar del café. Incluso en las tardes de lectura y música clásica. Se coló en el vaivén de las cortinas mecidas por el viento, en esa ligera oscilación que me relajaba y evadía. Se instaló alterándolo todo, tiñéndolo todo con su obsesión por ser padre.

—No voy a someterme a ninguna prueba porque no es necesario —dije tajante, mirándole desafiante.

—Entiendo que te cueste aceptar que no podemos tener hijos, pero creo que deberíamos asegurarnos de que es así antes de intentar otras soluciones —expuso acariciando mis mejillas en un gesto lleno de una comprensión que yo no necesitaba.

¡Pobre!

—Llevo un diu y tomo anticonceptivos. No quiero tener hijos. Jamás he querido ser madre. —Él soltó sus manos. Las dejó caer, abandonando así mis hombros—. Si no me he sometido a una ligadura es porque no he podido. Soy demasiado joven y no he encontrado a nadie que quiera practicármela. Sé que debería habértelo dicho, no porque esté en la obligación de hacerlo, cada uno es dueño de su vida.

—No... no entiendo... —articuló con cierto esfuerzo. Como si estuviese a punto de atragantarse con su propia saliva.

—No hay mucho que entender. Si quieres hablaremos sobre ello cuando regrese del hospital, le hago la guardia a Elena y ya voy tarde. No abandonaré mi postura. Jamás tendré hijos. Te ruego que dejes de insistir en ello. Es muy incómodo y está afectando a mis sentimientos hacia ti —concluí mirando mi reloj de pulsera.

Su expresión, en aquellos momentos, me recordó a la de ella. A la mujer que el día del entierro de mis padres permanecía medio oculta tras una de las cruces del cementerio. Apartada del cortejo fúnebre. Despeinada y confusa. De gesto desencajado y mirada vacía. Aparentaba estar perdida y de vez en cuando dirigía la vista hacia arriba, como queriéndole arrancar un porqué al cielo. Me observó varias veces y yo a ella, llena de rabia y dolor. Ella parecía escrutarme, y yo me preguntaba por qué sus rasgos me eran tan conocidos. Estaba segura de haberla visto antes del entierro de mis padres, mucho antes. Incluso de haber escuchado su voz, pero no conseguía recordar dónde y en qué circunstancias. Cuando soltaron el primer puñado de tierra sobre los féretros volví la cabeza. Pero ya no estaba.

Miré los huecos, los agujeros en la tierra donde habían depositado los ataúdes de mis padres, a la gente que se arremolinaba a mi alrededor, y escuché sus murmullos lastimeros, que me arañaban por dentro y por fuera. Busqué con la mirada a mis abuelos maternos, a mis tíos y a mi primo y me sentí más sola que nunca. Abandonada a mi suerte. Fuera del todo, de ese todo al que dicen que pertenecemos. Desde aquel día no he vuelto a formar parte de él, si es que algún día lo hice.

Mi hermano se quedó con una vecina. Minutos antes de salir hacia el cementerio se agarró al delantero de mi abrigo de paño, como solía hacer en la calle para no perderse. Lloraba, estuvo llorando desde que nos recogieron en el colegio. Con más o menos fuerza y ahínco, dándose recesos breves, pero sin dejar de omitir un quejido lastimero que me partía el alma. Primero porque pensó que no tendría fiesta de cumpleaños. Luego porque nuestros padres no regresaban y no quería dormir en casa de mis tíos. Allí jamás fuimos bien recibidos; éramos los postizos, los parias pobres de la familia, los hijos de un padre que jamás había sido aceptado por la familia de mi madre. Mi hermano, ya entonces, creo que entonces más que nunca, porque en la infancia se perciben mejor los odios, los rencores y el cariño, se sentía tal y como le trataban: como un desheredado. Como un obrero sin más caudal que su nómina, sin más abrigo que el futuro, siempre incierto. En manos del señor.

Sus últimas lágrimas eran por mí, porque me había convertido en su único origen, en el único referente de su vida anterior, la maravillosa vida que llevábamos dos días atrás. La vida que desapareció de golpe, como el aire de los globos de su cumpleaños que nuestra madre dejó inflados en el suelo de la casa. Se desinflaron solos, poco a poco, como nuestra infancia. Sin hacer ruido perdieron el aire, el color y la forma y dejaron de ocupar sitio.

Sí, ahora su cara era igual que la de aquella mujer, la del cementerio. Después de escuchar mis palabras, parecía que le hubieran robado la ilusión de un sopapo seco y contundente:

—¡Lo siento! —exclamé poniendo mi mano en su espalda, y luego me encaminé al dormitorio a por el bolso y las llaves del coche.

Me quería, me lo había demostrado una y otra vez, pero yo no estaba segura de lo que sentía por él, de lo que sentía por nadie. O quería llegar a sentir. De lo único que estaba segura era de que jamás sería madre. Siguió en silencio, mirando cómo me ponía el abrigo, cogía el bolso y las llaves y salía del piso.

Nuestra relación duró un año y seis meses. Cuando regresé del hospital no estaba en la casa, nada de él quedaba allí. Sacó de los armarios su ropa, incluso recogió la que aún esperaba en el cesto para ser lavada. Se llevó las fotos y los lapiceros de colores que coleccionábamos y limpió el piso.

No me importó que se fuese. No sentí el más mínimo dolor, ni pena. No sentí nada. Tampoco me afectó el daño que pude causarle al no darle una explicación convincente, un esclarecimiento que arrojase un poco de luz sobre mi engaño, porque le había engañado. Sé que esperaba que lo hiciese, incluso reconozco que lo merecía, pero vivimos demasiado rápido, demasiado. La vida pasa demasiado atropellada como para perder un solo minuto en añorar a nadie, en dar explicaciones o en buscarlas. Al menos para mí. Fiel a mis principios, dejé de echarle en falta en el mismo instante en que deshice la cama y cambié el juego de sábanas al regresar del hospital.

Bastián

Aquel no era el lugar más adecuado. Ahora no lo sería para mí. Lo más probable es que, de habernos conocido en estos momentos, los acontecimientos se hubieran desarrollado de otra forma. Entonces los valores eran otros. Cuando uno es joven, demasiado joven, lo importante es vivir, sentirse vivo. Lo de menos son los lugares, el cómo y el cuándo. Ni tan siquiera existe un porqué. Simplemente se vive. Uno se bebe la vida de un sorbo, y le sienta bien, con todas y cada una de sus consecuencias, a pesar de las posibles contraindicaciones. Ahí reside la magia de la juventud: en la inconsciencia, en la falta de raciocinio. En no pensar las cosas demasiado, en no buscar razones. Vivir es lo único importante, aunque se haga al límite. Tal vez por ello, a medida que vamos madurando, echamos en falta esos claroscuros que le daban un toque maravilloso a su nariz, o el guiño de sus ojos al despedirse. El sonido de las gotas de lluvia golpeando con fuerza el suelo o los tejados, mientras el olor a tierra mojada nos recuerda el de su cuerpo desnudo y hambriento. Porque después, cuando los años pasan sobre nosotros aminorando las fuerzas, llenándonos de responsabilidades, aunque haya momentos similares, jamás serán los mismos. No lo son porque tampoco nosotros lo somos. El ser humano tiene la capacidad, maldita capacidad, de hacer que todo envejezca con él. Recuerda, pero no revive. Revivir es más que recordar, es hacer que las sensaciones sean las mismas, es volver a empezar cada día. Hacerlo como si este no fuera el último sino el primero; el único.

El calor sofocante hizo que cogiésemos la manguera del riego y nos mojásemos. Su camisa de lino blanca se pegó a sus pechos como si tuviese vida propia y estuviera esperando al agua para poder hacerlo. Igual que lo esperaba yo. No llevaba sujetador, nunca lo utilizó. Lo consideraba inútil y molesto. Aquella no era la primera vez que veía la sombra oscura de sus pezones, el contorno de su cintura desnuda y el relieve de su ombligo. Aquella no era la primera vez que su roce me excitaba. Que su forma de bailar sin música, en pleno campo, me hacía desearla de una forma casi animal.

La besé. Besé primero su cuello, delgado, largo y suave. Ella acariciaba mi cabeza, revolvía mi pelo con sus dedos, despacio. Después bajé lentamente hasta sus pechos empapados. Desabroché su camisa y los acaricié. Descendí hasta llegar a su ombligo. Me detuvo con su mano y, mirándome fijamente a los ojos, sonriendo, se desnudó sin decir palabra. Nuestros cuerpos, empapados, se buscaron como si fuésemos dos animales en celo con una única oportunidad para aparearse.

Apenas había sitio en aquella destartada furgoneta llena de aperos de labranza, aparcada al lado de uno de los campos de cultivo que poblaban la vega, pero nos hicimos un hueco en una de las esquinas. Su ropa y la mía se mezclaron como si formasen parte del mismo hatillo de vida. El perro de su casero, testigo mudo de

nuestro deseo contenido día tras día, de aquella pasión ardiente, se acomodó en los bajos de aquel vehículo que hacía las veces de almacén. En el radiocasete portátil, que ella siempre llevaba, sonaba Bob Dylan. El aire, allí dentro, olía a marihuana. Fuera, a tarde de verano, a trigo cercano a la cosecha, a tierra mojada y a vida.

Aquella fue la primera vez, una de tantas, de muchas más en las que repetimos el mismo ritual. El mismo sentir sin frenos, sin medida, sin pauta, sin el futuro escrito como la espada de Damocles en nuestros pensamientos. Nos amamos sin pasado ni futuro, sin tener en cuenta las consecuencias.

Antes de marcharse, dos semanas antes, me dijo que estaba embarazada, y dos semanas después tuvo un aborto natural. En aquellos momentos no sé si me sentí aliviado o triste, creo que las dos cosas a la vez. Yo tenía veintiún años y un futuro alejado del suyo. Ella, aunque por su físico, por su madurez intelectual y emocional aparentase muchos años más, solo tenía diecisiete.

Samantha

La memoria es caprichosa como un adolescente enamorado, anárquica como un revolucionario y protectora como una madre. En mi caso fue caprichosa y anárquica, pero jamás protectora. Ni lo fue ni lo es. Hasta en ese punto soy extraña, diferente a la mayoría. Mi retentiva es demasiado precisa e imperecedera. Recuerdo absolutamente todo lo que sucede. Mi cerebro archiva cada instante, cada minuto con una precisión tal vez enfermiza, no lo sé, pero sí dolorosa porque los recuerdos, algunos recuerdos, deberían borrarse, deshacerse como el hielo bajo el sol del mediodía en pleno estío. En mi caso jamás he sido capaz de hacerlo y el bloque de hielo aumenta con los años, como un iceberg; compacto, hermoso pero frío y dañino. Tal y como soy yo. Quizá porque el daño, el dolor sentido, se equiparó a mi instinto de supervivencia e hice de él, del recuerdo, una defensa basada en el aprendizaje. Experimenté, a una edad demasiado temprana, lo que era el desconsuelo y el abandono y no quise olvidarlo para no tener que volver a sentirlo.

La familia debe ser una piña, un refugio, la cadena a la que se unen el resto de los eslabones. Una cadena en la que cualquier pieza suelta puede engarzarse. Debe ser así por naturaleza propia. Sin embargo, la mayoría de las veces la familia resulta más lejana, más desconocida e impropia que el vecino trashumante de la habitación de un hotel.

A los quince días del fallecimiento de mis padres, nos instalamos en casa de mis abuelos maternos. Nadie hizo un atisbo, un gesto, un poder, como diría mi abuela, por quedarse con nosotros. Éramos una carga pesada e incómoda. Una responsabilidad demasiado dolorosa. Eso fue lo que se argumentó, pero... en realidad no éramos nadie, habíamos dejado de serlo en el mismo instante en el que nuestros padres murieron.

Cuando eres adulto ser nadie tiene sus ventajas, no tienes que dar explicaciones, no estás atado a ningún compromiso. Te dejan vivir tu vida, algo valioso, muy valioso para desarrollar tu personalidad, para vivir, para poder vivir sin corsés de ningún tipo. Esos que la mayoría de las veces te roban el aliento amparados en el amor sentido, atados a las deudas afectivas o consanguíneas. Pero en aquellos días y con nuestras edades aquella fue la peor de las pesadillas. Durante varios días permanecimos a la espera de una decisión: qué hacer con nosotros. Quién se iba a hacer cargo de nuestra custodia. Nos convertimos en los juguetes rotos que nadie quería recomponer.

Mi hermano, al final de la primera semana de ausencia de mis padres, dejó de llorar durante el día, de llamarlos cada media hora. Estuvo siete días llorando casi sin receso. Al anochecer, después de cenar, no sé si porque estaba exhausto de buscarlos por las habitaciones, de llamarlos pegado a la puerta de la casa, sentado en el suelo, o

porque se iba habituando a la situación, cogía sus chupetes, aquellos chupetes mordisqueados y viejos, que mi madre no había conseguido que dejase de usar, y se encaminaba solo al dormitorio de mis padres. Los alternaba. Mordía uno, lo sacaba de la boca y mordía el otro, así hasta quedarse dormido, acurrucado sobre sí mismo. Era como si buscase el útero materno entre aquellas sábanas, las últimas que utilizaron mis progenitores y sobre las que ambos dormimos hasta abandonar la casa. Mi abuela no se atrevió a cambiarlas ni a mandarnos a nuestros dormitorios, no tuvo valor para hacerlo. Mi abuelo y ella durmieron en el salón las dos semanas. Alertas, pendientes de cualquier quejido, de mi espontáneo sonambulismo.

—¡Qué se le van a deformar el paladar o los dientes! —replicaba mi madre cada vez que mi padre le exigía y advertía que el niño ya tenía demasiados años para seguir utilizando los chupetes—. ¿Tú has visto a alguien que se case con chupete? —le inquiría burlona, mirándole de frente y sonriendo. Él negaba con la cabeza—. Pues entonces no seas tan pesado. Déjale que disfrute...

Atrás dejamos una vida llena de cines, de avenidas cubiertas de semáforos, de calles repletas de gente, de padres con sus hijos de la mano, de fiestas en el colegio y... ¡nuestra casa! Y... ¡el olor a ellos!, su olor. El olor y la esencia que aún conservaba la casa. Ese ambiente especial y único en el que nos sentíamos menos perdidos. Donde al despertar aún conservábamos la esperanza, la ilusión de que todo fuese una pesadilla, una maldita pesadilla. Donde todavía creíamos que al darnos la vuelta en la cama ellos iban a estar allí, a nuestro lado, como un domingo más.

Y... ¡mis amigos! Atrás dejé parte de mí, de un futuro que jamás existió aunque siempre creí en él, tanto como en Dios. Me llevé la pena, la falta de fe y aquel sueño reiterativo. El que me hacía levantarme dormida y buscar el cofre que aparecía noche tras noche en mis pesadillas y del que mi abuela, cuando le preguntaba si para ella tenía algún significado, juraba no saber nada. Así fue hasta pocos días antes de su muerte. Me lo entregó llorando días antes de irse para siempre.

Debería habérselos llevado con ella a la tumba. El cofre y su maldito contenido.

Ayala

Había terminado de darle la última pincelada al óleo y me retiré para mirarlo de lejos. Las manos de mi madre aferradas a aquel árbol de la fotografía ajada parecían ahora, en mi pintura, llenas de vida. Carentes de ese arrastre malévolo que el paso del tiempo deja en las personas y las cosas, incluso en el paisaje, erosionando hasta los recuerdos. Su sonrisa era tan hermosa como la recordaba. Me crio sola, fuera de la península, en las islas, bajo el sol caliente y eterno del archipiélago canario, tan cerca y tan lejos de África; el continente de mis sueños. Hacía tiempo que se había marchado para siempre. Se fue su cuerpo. Se fueron sus ojos verde hoja, sus caricias, su risa acompañada de aquella mirada con brillo de candileja, nostálgica y hermosa, pero su alma, su esencia, se quedó en cada rincón de la casa. Volver allí era reencontrarme con ella. Y aunque me hacía daño parte de su recuerdo, el silencio que mantuvo durante toda su vida y que tanto me perjudicó, hubiera dado cualquier cosa por volver a tenerla a mi lado y hablar con ella. Por preguntarle un sencillo: ¿por qué?

Víctor estaba en la terraza de la casa, semidesnudo, fumando y con un vaso de vino en la mano. En mi estudio sonaba Giuseppe Verdi. Se acercó a mí oliendo a aquel perfume que le regalé y que a mí me traía tantos y buenos recuerdos, al gel de ducha y a la espuma para el rasurado de la barba. Miró el óleo y me besó en la mejilla:

—Es precioso, Ayala, precioso —me dijo retirándose y tomando perspectiva—. Creo que tendrías que dejar el mundo de la edición. Deberíamos plantearnos muy seriamente emprender una nueva vida. Mi proyecto es estupendo, sé que será un éxito. Volverías a ver a Anthony. Él nos echará una mano. Es un tipo estupendo. ¡Te lo debes! No mereces sufrir, y cada vez que volvemos aquí lo haces.

»Pero..., sobre todo, deberías plantearte seriamente dejar de pintar desnuda, no puedo soportarlo más, terminarás conmigo —dijo al tiempo que acariciaba mis glúteos.

Sonreí.

—No lo sé, Víctor. No sé si sería capaz de vender la casa, de dejar mi trabajo. Ha terminado por gustarme —respondí mirando los cinco manuscritos aún por leer que se apilaban en la mesa, que convivían, que pugnaban entre sí por llamar mi atención. Aún no sabía ni el nombre de sus autores. Debería haber leído al menos uno, pero había sido incapaz de ponerme a ello—. Y si vendemos todo, dejamos el trabajo y luego no sale bien... —dije rozando sus labios con mis dedos suavemente.

Ya había tomado una decisión, pero todavía no quería decírselo.

—Vámonos a África, dejémoslo todo —insistió él—. Aquí no hay nada que nos ate a ninguno de los dos. Démonos una oportunidad, ¡hagámoslo! Emprendamos una

vida nueva, juntos. Podemos hacerlo. Es tu sueño, África es tu sueño y no debes renunciar a él. Cada día que pasa estás más triste, más melancólica —concluyó señalando la pequeña jirafa albina que siempre ponía en la esquina derecha de mis pinturas a modo de marca, junto a mi firma.

—Siempre pensé que moriría en esta casa. Pensar en venderla me produce un dolor inmenso...

Mi madre huyó de España, de la península. Ella siempre lo negaba, pero mi recuerdo, su expresión angustiada al recogerme del colegio y el que se olvidase de mi peluche preferido al hacer el equipaje, me decía lo contrario. Nos fuimos una tarde de lluvia, de lluvia incesante que parecía aumentar aún más la prisa que apremiaba a mi madre a abandonar aquel lugar, el que hasta ese momento había sido su refugio. Caminaba rápido hacia el taxi que esperaba en la puerta, demasiado rápido, tirando de mí. Sin cobijo, mojándose, mojándonos, empapada. Creo que por eso no vi sus lágrimas, pero adiviné que lloraba porque sus ojos se empequeñecieron. Parecía que la fuerza del agua estuviese avisando de un cataclismo inmediato, o al menos esa fue la sensación que yo experimenté; por ello ni tan siquiera le pregunté adónde o por qué nos íbamos de aquella forma. Había que irse, sin más.

Cogimos un vuelo con destino a la capital tinerfeña casi con lo puesto y una maleta llena de dinero que mi madre facturó nerviosa. Al llegar nos alojamos en un bloque de apartamentos hasta que ella, dos meses después, encontró una casa, nuestra casa, pequeña y un tanto retirada de la capital, en Tejina de La Laguna. Jamás me habló de la procedencia del dinero, de aquellos millones que le permitieron comprar la casa y abrir un pequeño restaurante especializado en pescado a la brasa y marisco en Santa Cruz, un año después.

Me crie entre alemanes, franceses, ingleses y algunos españoles que iban a celebrar su viaje de novios a las islas. Bajo el sol que arropa el paisaje único del archipiélago. Junto a la sombra del Teide, imaginando a la princesa guanche que dio nombre a Tejina. Envuelta por su microclima y sus misterios milenarios. Mecida por el ruido que producían, al dejarse llevar por la brisa marina, los cientos de móviles que tenía la terraza del restaurante. En las noches acompañaban con su sonido el baile romántico y melancólico de las lamparillas de colores que se encendían nada más atardecer. Con la música de Cat Stevens, Bob Dylan, los Beatles... Con la imagen de las parejas cogidas de la mano, sus brazos apoyados sobre la mesa, en silencio, mirándose a los ojos y sonriendo, murmurándose palabras comprometidas. Sobre su regazo, escuchando el sonido de los platos y los cubiertos mientras los camareros recogían y limpiaban muy entrado el anochecer. En los brazos de él, de Cósimo. Aquel robusto italiano que olía a marihuana y a óleo, de hombros curtidos y espalda ancha en la que mis brazos infantiles parecían difuminarse como el polvo de las alas de una mariposa en cada aleteo. Contemplando la olivina que le regaló a mi madre como muestra de fidelidad el día de la Fiesta de los Corazones en Tejina. Le quise como a un padre, e incluso estuve un poco enamorada de él.

Tapé la pintura poniendo una sábana sobre el caballete, la misma que Cósimo utilizaba también para cubrir sus cuadros y que me regaló cuando hice mi primera pintura; entonces tenía solo ocho años. Desde aquel momento, es la única que he utilizado. A pesar de su mal estado, soy incapaz de cambiarla. Cogí las manos de Víctor, las arrojé con las mías y tiré de él hacia el dormitorio.

Tengo un especial arraigo con algunos objetos; los más importantes son la sábana de Cósimo y la manta familiar. También la vieja maleta en la que mi madre transportó el dinero que nos permitió emprender una vida nueva en el archipiélago. Ella la mantuvo durante años guardada en el altillo de su armario; aún sigue ahí.

Ahora, después de los años transcurridos, de lo que ha sucedido, creo que debería haberla quemado. Aunque el destino habría jugado de igual forma conmigo porque él, el destino, siempre se sale con la suya. Él es el mejor escritor de suspense que existe; el más imprevisible. Vayas donde vayas, hagas lo que hagas, siempre te estará esperando. Es como la muerte, implacable e ineludible, al menos para mí. En mi vida estuvo escondido dentro de aquella maleta, esperando, agazapado durante años, como un ave rapaz presta a emprender el vuelo en el momento en que yo la abriese para lanzarse sobre mí.

Bastián

Su recuerdo me persiguió durante años como un estigma. Como una asignatura pendiente. Como un deseo a medio cumplir. Tal vez el no volver a verla sin que entre nosotros se hubiese apagado la química fue lo que hizo que se convirtiese en la mujer a la que más amase y deseara. Más de una vez me pregunté qué habría sido de nosotros si en lugar de haber tenido ella tan solo diecisiete años cuando nos conocimos hubiese tenido los mismos que yo, veintiuno. Si hubiésemos estado establecidos, con trabajo y casa, tal vez nuestros destinos no hubieran sido tan diferentes, tan tormentosos. Quizá de haber sucedido de esa forma no sentiría la pasión incontrolada que aún siento por ella.

Terminé mis estudios en la Universidad Comercial Luigi Bocconi, en Italia, el mismo año que la conocí, y luego regresé a España. Aunque lo intenté, no pude olvidarla. Volví el verano siguiente a la Toscana, en su busca, pero ella jamás regresó allí, o al menos no nos encontramos. Pregunté al casero que la alojó durante los tres meses que pasó con sus padres, pero no supo o no quiso darme señas de su paradero ni de su identidad. Solo *Piero*, el perro del casero, se mostró hospitalario conmigo; me persiguió moviendo el rabo por todo el pueblo hasta el camino que conducía al campo donde nos perdíamos tarde tras tarde y hacíamos el amor.

Parecía que él, *Piero*, también la echara en falta. La destartalada furgoneta azul seguía en el mismo lugar; como un monolito. Cuando estuve frente a la entrada trasera del vehículo, *Piero* comenzó a ladrar, quieto, estático, como si señalase una presa. Miré a mi alrededor para comprobar que no había nadie cerca y entré. Entonces *Piero* se sentó, como hacía en cada uno de nuestros encuentros furtivos. Me tumbé dentro, junto a los aparejos, y cerré los ojos. Sentí su olor, escuché nuestras canciones, e instintivamente estiré los brazos buscándola. Mi mano derecha dio en la parte delantera, en el respaldo de los asientos. Entonces *Piero* volvió a ladrar. Lo hizo con más fuerza y frecuencia. Me levanté y miré hacia allí. Entre la espuma rota, resquebrajada, había un papel viejo, engurruñado. Parecía que alguien lo había metido allí haciendo presión. *Piero* seguía ladrando. Miraba el pliego. Tiré de él. En el papel, sucio y arrugado, había un dibujo de una jirafa albina.

Le prometí que volvería a despedirme, pero la fiesta de graduación no me lo permitió y llegué tarde a nuestra cita, demasiado tarde porque ella ya no estaba. La fiesta y aquellas palabras que ella, llorando, me dijo el día anterior, y que sonaron como una sentencia de liberación sobre mí, hicieron que bebiese demasiado, que intentase olvidar, aun sin querer hacerlo. A pesar de quererla con toda mi alma, me sentí liberado:

—He perdido el bebé, ya no estoy embarazada.

Me había prometido un dibujo, un dibujo suyo de una jirafa. Ella, igual que yo, sentía una atracción especial por África. Decía que mi tótem era la jirafa. Lo decía riendo, porque me asociaba con las pocas horas que la jirafa duerme al día, solo dos, y yo, aquel verano, apenas dormía por estar con ella durante la tarde noche. Lo que ella, Ayala, no sabía era que hacía tiempo, cuando aún era un niño, había visto una jirafa blanca frente a mi casa. Salió de la nada, y en la nada se perdió. Solo yo pude verla, si es que realmente existía.

Siempre me atrajo África, el color de su tierra. Aquel sol incandescente que curte el alma y el cuerpo de sus gentes. El colorido sepia de su cielo al atardecer y el silencio nocturno, ancestral, que parece esconder las voces de mil chamanes gritándoles a los dioses, tan injustos con una tierra tan rica. Las canciones, el baile, sus tribus... Era como si desde niño aquella tierra corriera por mis venas. Como si alguna parte de mi cordón umbilical le perteneciese desde siempre. Como si sus espíritus, el alma de sus muertos y sus dioses fueran los míos.

Comencé a tallar de pequeño, durante los veranos, junto a mi abuelo, en el porche de la casa. Cuando el sol caía sobre los campos, ahora convertidos en urbanizaciones de lujo. Cuando el agua del riego preñaba el aire con el aroma de la tierra mojada. Acompañado del canto de los grillos y el vuelo de los vencejos sobre nuestras cabezas. En aquellos días en los que el tiempo es largo. Cuando todo está comenzando a nacer en tu interior. Mi abuelo me enseñó a utilizar las azuelas, los raspines, las limas, los punzones y los cuchillos. Él tallaba filigranas en los respaldos de las sillas de enea que le pasaba el carpintero. Tallaba cofres, cajas de madera, baúles, marcos de cuadros e incluso cucharones de madera.

Lo primero que tallé fue una jirafa. Sin copia, sin modelo. Aún no sé cómo lo hice, mi abuelo tampoco, pero allí estaba, entre mis manos y algunas virutas de madera. Una figura perfecta de una jirafa que parecía tener vida propia. La noche anterior la vi frente a la casa. Parecía mirarme, como si quisiera decirme algo importante. No era una jirafa cualquiera; era albina, blanca como la luna llena que iluminaba aquella noche de verano en la que el calor se hacía sofocante. Fue un instante. Grité emocionado, pero cuando mi abuelo salió de la casa la jirafa ya no estaba.

La siguiente talla fue un casco de guerrero: el caparazón de un armadillo. La hice del mismo modo y ante el mismo asombro de mi abuelo, que contemplaba la figura como si fuese un objeto paranormal.

Tengo una colección de tallas de todos los animales más emblemáticos de la fauna africana hechas en aquellos años, desde los seis a los quince. Después, los estudios, los escauceos amorosos, los acontecimientos propios de la edad me hicieron abandonar la escultura. Conservo todas las tallas menos la de la jirafa. Se la regalé a ella, a Ayala. Cuando nos volvimos a encontrar, en África, en Tanzania.

Estudié Económicas y me licencié. Cursé la totalidad de la carrera en Italia, como mi hermana había programado. No podía decepcionarla. Lo hice porque creí que a

pesar de todo, de mi odio a los números, sería feliz, con el tiempo conseguiría ser el mejor y que me gustase, pero me equivoqué. Amar no significa dejar de ser uno mismo, sino todo lo contrario.

En aquellos años no era complicado entrar en el mercado financiero; bastaba con tener contactos y un buen expediente académico. Yo lo tenía. No me costó conseguir un puesto. Entré a formar parte de la mesa del mercado de capitales de uno de los brókeres más prestigiosos del mercado financiero español. Mi dominio del italiano me hizo ser el bróker de referencia para las operaciones financieras con los principales bancos italianos. Con el tiempo me convertí en uno de los mejores operadores. Aunque no me desagradaba mi trabajo sí lo hacía el ambiente que lo rodeaba. Los subterfugios, las verdades a medias, la falsa riqueza y las apariencias desordenadas y escandalosas que enturbiaban, de cara a la gente que no pertenecía al mercado, nuestra profesión, me ponían enfermo. La mayoría de la gente no sabía qué era un bróker. Creo que aún hoy son pocos los que lo saben con exactitud:

—Mediador financiero, operador en la mesa de capitales —intentaba explicar para que los ajenos a mi mundo entendiesen mi trabajo.

—¡Ah, sí! Sí..., como en Wall Street. O sea que eres como Gordon Gekko —exclamaba la mayoría—. Entonces, ganarás una pasta.

—Pues no. Solo compro y vendo dinero para otros...

Lo cierto era que las operaciones financieras que realizábamos en el bróker no tenían mucho que ver con la Bolsa de Wall Street, y menos con el personaje de la película, aunque sí con las irregularidades y, en muchos casos, con la falta de escrúpulos que se mostraba en la misma. Los escarceos amorosos, las cenas y fiestas desproporcionadas eran tal vez el único beneficio real que teníamos. Eso y que cuando decías que eras bróker te convertías en un bienpreciado y deseado por muchas mujeres. Los operadores rasos, los curritos de verdad, los que nos partíamos la cara con los tesoreros de los bancos o los operadores de las sociedades de valores, ganábamos un sueldo normal, más bien bajo, al que se suponía que había que añadirle unos incentivos a final de año que la mayoría de las veces no llegaban. Cuando lo hacían eran escuetos, casi humillantes al lado de los incentivos que se llevaban los jefes de mesa. Ellos eran los que entretejían los hilos sucios de todo el mercado financiero. En aquellos años, la especulación financiera e inmobiliaria y sus consecuencias funestas eran ya una realidad, del mismo modo que lo era el declive progresivo e inevitable del sistema. Todos lo sabían, pero callaron. El agujero negro que se produciría estaba previsto. Los bancos, las sociedades de valores, las constructoras..., todos estaban al corriente. Para mí fue fácil darme cuenta del declive; mis conocimientos sobre economía me permitieron ver la caída muchos años antes de que sucediese. Ya entonces, algunos valientes se atrevieron a pronosticarla y la compararon directamente con el Jueves Negro, con el Crac de la Bolsa de Nueva York en 1929, solo que esta sería más lenta pero también más devastadora, porque duraría más y afectaría a las clases más débiles de la sociedad. Recuerdo con absoluta

claridad las palabras de un tesorero en aquellos años, durante una cena de trabajo:

—El sistema es insostenible tal y como va. Durante la primera década del 2000 los bancos tendrán un índice de morosidad extrapolado, inadmisibile. Los inmuebles con los que se tendrán que quedar los convertirán en las mayores inmobiliarias del país. Terminaremos vendiendo casas como si fuésemos subasteros, eso como mal menor...

Todos estaban jugando al póquer, al póquer del mentiroso, con el futuro de demasiada gente inocente. Y no les importó. Como tampoco les importa ahora. El dinero fácil es muy goloso, y más cuando el que se lo lleva tiene dónde esconderlo. Siempre se ha dicho que es más rentable cometer un genocidio que un solo asesinato. Es tan triste como cierto.

Después de seis años en el bróker recibí una gratificación que, unida a mis ahorros, me permitió cumplir mi sueño de hacer un safari en África. Ayala se encontraba allí, en una de las aldeas que visitamos. Estaba cambiada. Habían pasado seis años desde que nos conocimos en la Toscana; ahora tenía veintitrés. A pesar de su cambio físico, la reconocí. De espaldas, sin necesidad de verle la cara, supe que era ella. Lo habría sabido aunque hubiese estado en el centro de una multitud, perdida en el tumulto de una manifestación o en una calle repleta de gente de una gran ciudad. Formaba parte de mí.

Ella no me reconoció.

Samantha

Para mí fue difícil adaptarme a los cambios que supuso irnos a vivir con mis abuelos. Aquello era un pueblo, cercano a la capital, pero un pueblo. Había una sola farmacia. Una tienda de ultramarinos donde se vendía de todo, desde carne y pescado hasta ungüentos para la piel del calzado o la propia. El emblemático cuartel de la Guardia Civil. Un colegio y una especie de parvulario que dirigía la propietaria en su misma casa. Una solterona fea, beata y dolorosamente violenta. Y campo, todo estaba rodeado de campo, de pinos piñoneros y de cultivos de trigo y alfalfa. Un cine con un pequeño anfiteatro de butacas tapizadas en rojo oscuro, de respaldos y reposabrazos rígidos; de asientos que el acomodador tenía que ir cerrando al terminar la sesión. Allí las parejas se acurrucaban añorando la tan ansiada independencia sexual que en aquellos años aún se echaba en falta. Tenía un bar en su interior regentado por los dueños del cine: un matrimonio con un solo hijo y muchos posibles que jamás supieron disfrutar y que pasaron a la hacienda pública tras la muerte del único heredero. Fuera, en la entrada, había una terraza de verano alfombrada de cantos rodados en donde las chapas de las bebidas se amontonaban junto a las piedras alrededor de las mesas y las sillas. Hoy, en su lugar, un bloque de pisos se ha encargado de borrar las señas de identidad de lo que fue el cine del pueblo antes de que este fuese anexionado por la capital, y lo mucho que supuso para sus habitantes.

Recuerdo cómo mi hermano fue haciendo acopio de las chapas de cerveza y refrescos que los camareros, con desparpajo e indiferencia, tiraban al suelo al abrir las bebidas. Las chapas caían como si fuesen vainas de balas, una tras otra, rápido y sin control, cerca de los pies de los meseros. Mi hermano las recogía como si fuesen metales preciosos. Mi abuela le confeccionó una bolsa hecha con retales de tela. Él se la colgaba de un hombro, se ponía su gorrilla azul marino y, como un buscador de tesoros, se encaminaba hacia la terraza y recorría los alrededores de las mesas con la cabeza agachada. Recogía una a una. Lo hacía con cuidado, seleccionándolas. Miraba sus dos caras, el tamaño y, sobre todo, que ninguna estuviese oxidada. Contrariamente a lo que hacía el resto de los chavales de su edad, jugar con ellas a las carreras en los circuitos de arena, él las iba guardando en cajas. Las separaba teniendo en cuenta su color, marca y tamaño. Cuando creyó tener suficientes fue aplastándolas una a una, como un herrero, con el martillo de mi abuelo y bajo la mirada inquieta de mi abuela:

—El niño no tendría que utilizar el martillo. Por tu culpa terminará machacándose los dedos. ¡Dios de mi vida! Qué inconsciencia. Si llego a saber para qué las querías no te habría dejado salir, y menos te habría hecho la bolsa —le recriminaba a mi hermano señalándole con un dedo y gesto adusto, frunciendo el ceño—. Este hijo me

va a quitar la vida...

Así cada día, cada tarde, hasta que no aguantó más y tomó la decisión de encerrarse en la cocina con la radio a todo volumen para no escuchar los golpes que mi hermano iba dándoles a las chapas.

No recuerdo cuánto tiempo tardó en aplanarlas. Cuando terminó con ellas, hizo un centenar de soldaditos de metal que aún conservo. Sus milicias competían con los indios y los americanos de plástico de sus amigos; y siempre ganaban las batallas. Sus rasgos faciales no estaban definidos, su cara era lisa. Cuando le pregunté por qué no les había hecho nariz ni boca, él me respondió que los soldados no tienen cara en el frente de batalla:

—Solo son soldados —respondió con seguridad, con una firmeza que me sobrecogió por lo real de su observación y lo que ella conllevaba.

Tristemente es así en todo su contexto, con todas sus connotaciones. Cuando recuerdo sus palabras sigo estremeciéndome. Era un niño, solo un niño, cuando las pronunció. Aún me cabe la duda de si sabía lo que decía o si fue sencillamente el reflejo de lo que veía en las fotos de los libros de texto o en las películas.

Siempre fue un niño especial, diferente, conectado de una forma distinta con lo que le rodeaba. Su alma tenía y tiene un vínculo específico con esa otra dimensión, con ese sexto sentido que algunos no poseen. Yo también lo tengo. Tal vez sea genético, o el resultado del trauma que nos produjo la muerte accidental y repentina de mis padres. Quizás ellos, al no poder despedirse, nos dejaron ese legado. Una forma de percibir el mundo en el que, tal vez, estén. Quizá sus últimos pensamientos fueron para nosotros, estoy segura de que así fue, y ello nos conectó con esa dimensión a la que ahora pertenecen.

Él tardó poco en dejar de echar en falta a mis padres. Era demasiado pequeño y la edad lo protegió para que siguiera creciendo, para que su corazón no se encogiese demasiado; como lo hizo el mío. Si se tuviese conciencia a esa edad de sucesos tan terribles, nadie sobreviviría al dolor.

Se acomodó en los brazos de mi abuela, cálidos y pacientes. A su voz templada, a su mirada de madre, de una madre que había perdido a su única hija. Una madre a la que de su hija solo le quedaba el recuerdo, el dolor y nosotros. Se habituó a los cuentos que mi abuelo se inventaba, en los que siempre había un héroe, católico y amante de Dios. El cruzado en busca de los herejes, que ganaba cien batallas y rescataba a las princesas de las almenas.

Mi abuelo era católico, apostólico y practicante. Creo que su mayor triunfo fue conseguir que mi hermano también lo fuese, al menos durante aquellos años de infancia. Fue su cruzada particular. Aparentaba estar obsesionado con mi hermano. Muchas veces pensé que quería hacerlo a su imagen y semejanza, como si lo estuviera engendrando de nuevo. Aquel empecinamiento me daba escalofríos. Años más tarde, cuando la pubertad despuntó, mi hermano se convirtió en creyente a secas. Ya no acompañaba a mi abuelo a las homilías dominicales, al viacrucis de Semana

Santa... Su Dios no tenía banderas, ni color, ni sexo. Era Dios y era de todos, el mismo y el único. El mismo que consintió que mis padres muriesen o, como decía mi abuelo, el que se los llevó.

Sí, él se adaptó con facilidad a aquella vida, tan diferente a la que habíamos llevado. A la que se nos robó. Una vida que cambió nuestro futuro, que fue poco a poco transformándolo sin pedirnos permiso. Que nos convirtió en personas diferentes.

Mi hermano sustituyó el olor a humanidad de la ciudad por el de la leña y el pan recién horneado. Aprendió a trastear. A reír sin medida, a silbar con los dedos, como un cabrero. A correr desbocado como un potrillo por las calles del pueblo sin peligro de que algún coche le atropellase. Feliz. Tan feliz como me hubiera gustado ser a mí. Sin conciencia de las cosas, esa conciencia que a mí me atenazaba por dentro y de la que me hubiera gustado desprenderme y no pude. Le robaba a mi abuela las pinzas de la ropa que tendía en el patio para construir un fuerte de madera donde proteger a sus hombres de latón, y cuando ella se enfadaba lo solucionaba todo abrazándose a sus piernas, como si aún fuese un bebé. Construyó tirachinas, cazó lagartijas y se mimetizó con el pueblo. Fue el cabecilla de una pandilla de mocosos que se burlaban de las niñas mientras ellas, emocionadas, jugaban a ser las participantes del Festival de Eurovisión...

Yo me recliné en mí misma. Adoraba a mi abuela, pero era incapaz de decírselo. Fue entonces cuando el miedo a querer a alguien se estableció en mi interior con tanta fuerza que me hizo más insociable de lo que siempre fui. Tenía miedo a querer y luego perder a la persona querida. A que ella se fuese para siempre o a que lo hiciese yo, dejándola como nos habían dejado nuestros padres: en las más absolutas soledad e indefensión.

No soportaba ir a misa los domingos, había dejado de creer. Añoraba todo lo que había formado parte de la vida con mis padres: el ruido del tráfico, el olor de la ciudad, de mi ciudad, la algarabía de las calles los días de fiesta. El sonido monótono de la voz del locutor en la radio retransmitiendo los partidos de fútbol que mi padre escuchaba con pasión. A mi abuelo no le gustaba el fútbol. El sonido de los pasos de mi madre, su olor, su risa... Echaba en falta a mis amigas, nuestras confidencias, nuestros planes... A pesar de las cartas que nos fuimos escribiendo, terminamos perdiendo el contacto. Su vida ya no era la mía, no se parecía en nada, no teníamos apenas nada en común y estábamos alejadas.

Estoy segura de que de no haber sido por la existencia de mi hermano me habría dejado estar hasta morir acurrucada en algún rincón de la casa. Pero verle día a día, sentir que era feliz, que cada día recordaba menos la ausencia de mis padres, que le hacía menos daño su falta, era lo único que me hacía sentirme viva, querer seguir viviendo. Solo por él.

El día del accidente, a mi abuelo le habían dado el alta tras la intervención quirúrgica que se le había practicado por una hernia. Mis padres fueron a recogerlo al

hospital y lo llevaron al pueblo, a él y a mi abuela. Al regresar a casa, un camión cargado de pacas de heno se salió de la carretera, invadió el carril contrario y chocó con su coche. Allí, en el arcén, donde perdieron la vida, mi abuela clavó una cruz de metal a la que jamás le faltaron flores frescas. Después de su muerte, durante los dos primeros años, mi abuelo y ella intentaban, a toda costa, que fuese con ellos a cambiar las flores, a rezar por su descanso eterno. Mi hermano siempre lo hacía. Pero yo me negaba, me negaba a asumir más aún el dolor que me producía su falta, hasta aquel día:

—¿No vienes con nosotros? —me preguntó mi hermano desde la entrada de la casa. Apoyado en el marco de la puerta, con una pose de adulto que me hizo sonreír.

—No. Sabes que no. ¿Por qué preguntas? —le respondí un tanto malhumorada, mirándole con expresión recriminatoria, aunque por dentro me moría de ganas por soltar una carcajada al contemplar su expresión, su pose de viejo resabiado.

Me violentaban aquellos viajes, las flores en las manos de mi abuela, su olor a cementerio, a muerte. El rosario colgando del bolsillo de la americana de mi abuelo, como si fuese la cadena de un reloj. Mi hermano vestido de domingo. Los visillos echados, la casa en penumbra, la mesa puesta, la comida preparada para el regreso...

—Mira —dijo mostrándome un molinillo de viento rojo de papel brillante—. Anoche soñé con papá y mamá y me dijeron que les llevase un molinillo a la cruz. También que tú habías visto el tablero de parchís dado la vuelta, del lado de la oca, el día que murieron, y que había nevado. Les gustaría que alguna vez fueses con los abuelos a llevarles flores, te extrañan...

Desde aquel día no he faltado nunca a la cita. Incluso, muchas veces, después de que mis abuelos falleciesen he ido a hablar con ellos. En el arcén, junto a la vieja cruz oxidada, he reclinado mis penas muchos días.

Ayala

Del dinero que mi madre llevaba en aquella maleta, antes de montar el restaurante, apartó una cantidad para hacer un viaje a Italia, a la Toscana. Jamás le pregunté por qué viajamos a la Toscana a los pocos meses de establecernos en Tejina, el pueblo de los tres corazones, donde me sentí como en mi propia tierra nada más llegar. Años más tarde me contó que le hubiera gustado, de casarse algún día, viajar después de la boda a la Toscana. Fue su sueño, el de mi padre biológico y el de ella.

Tenerife estaba más cerca de África que la península, y ya entonces esa cercanía me hacía sentir bien. Desde que conocí la existencia del continente africano, siendo una niña, sentí por él una atracción extraña e inquietante. Los sueños en los que me veía rodeada de niños corriendo, contemplando el atardecer apoyada en el tronco de una acacia, se repetían cada vez con más regularidad, como si formasen parte de un destino vivido o por vivir.

Desde que huimos de la península, ella cambió. De una persona de apariencias y actos encantadoramente desordenados pasó a ser una mujer pragmática. Parecía haber olvidado el radiocasete y sus cintas de música, que antes ponía en todo momento. Era como si las canciones le evocasen algo doloroso del pasado, de un pasado que parecía negar. Dejó de soltarse el pelo, de reír, de bailar conmigo de la mano. No dejó de recordar; al contrario, creo que recordaba mucho y en demasiados momentos del día. Sumergirse en aquella añoranza le hacía daño pero no podía evitarlo, era incapaz. Pasaba horas en silencio, con la mirada perdida. Solo le preocupaba la estabilidad económica, que no me faltase nada. Pero a mí me faltaba lo más importante, ella. Si no hubiese sido por Cósimo, estoy segura de que no la habría recuperado jamás. Ella, mi madre, la única persona que tenía para cuidarme, se habría quedado en aquel limbo en donde yo era incapaz de entrar.

Lo tenía todo programado. Los cálculos numéricos que hizo durante el vuelo y varios días después, en el apartamento de Tenerife, mientras buscaba una casa donde establecernos, estaban destinados a repartir el dinero en tres partidas: la casa, el restaurante y el viaje a la Toscana.

Viajamos a Italia en avión. Un italiano bastante curtido, de unos setenta años, dicharachero, bonachón, con una camisa que parecía tres tallas mayor que la suya, nos recogió al llegar al aeropuerto. Nos desplazamos en un pequeño coche sin techo hasta la región de Chianti. Mi madre había alquilado una casa de campo allí, en uno de sus maravillosos pueblos. El anciano no paró de hablar en todo el trayecto en un español perfecto pero con un marcado y bello acento italiano.

Camino de Gaiole in Chianti recorrimos campos de cultivos y de amapolas, de un rojo intenso y vivo como los labios de mi madre cubiertos de carmín. Como el tono

llo de vida que comenzaba a establecerse en sus mejillas, pálidas durante meses. Aunque ella aparentaba estar feliz, aunque sonreía al anciano mientras este le explicaba lo maravillosa que era su tierra, a sus ojos, a su mirada melancólica, sin fuerza, le faltaba algo para estar viva. Algo que yo no averigüé ni entendí hasta el día en que abrí la maleta, muchos años más tarde. Demasiado tarde.

Cósimo apareció de la nada. Como un príncipe de cuento, como un trovador, como el padre perfecto que no había tenido, que se me había negado. Alto, moreno, desgarrado y oliendo a vida con aquella mirada brillante y castaña. Con sus manos grandes, de dedos largos. Con sus brazos infinitos en los que me perdía para sentirme querida y protegida. Aquellos brazos que me aupaban y me elevaban al cielo, que me apretaban contra su pecho si lloraba o me subían a su espalda para recorrer las calles y los campos. Cósimo surgió en nuestras vidas casi por arte de magia, como si un duende hubiera cogido un deseo lanzado al aire y lo hubiera creado para nosotras. Como si Dios se hubiese apiadado de nuestra soledad, de mi soledad infantil, respondiendo al único deseo que siempre pedía al apagar las velas de cumpleaños: tener un papá.

Deambulaba de feria en feria, de mercadillo en mercadillo vendiendo sus cuadros. Todos teñidos de verdes, rojos, amarillos y ese inconfundible azul mediterráneo o tirreno, como ellos, los italianos, llaman al mar Mediterráneo. Se acercó a mi madre mientras ella, sin soltarme de su mano, en cuclillas, contemplaba ensimismada uno de sus óleos. Una pintura de un campo de amapolas.

—Te lo regalo —dijo levantando el óleo y ofreciéndoselo.

Ella negó con la cabeza. Se ruborizó y tiró de mí, haciendo ademán de alejarse, aunque no se movió.

Me solté de la mano de mi madre. Cogí un extremo del cuadro que aún sostenía Cósimo. Le sonreí y dije:

—Mami, las amapolas son tan rojas como tu pintalabios. Me gusta mucho, a mí me gusta mucho, ¿por qué no te lo llevas? Para mi cuarto en Tejina... —dije en tono de súplica, mirando a Cósimo.

Desde aquel día tengo una predilección especial por las amapolas. Su color intenso, su forma de crecer sin ayuda de cultivo previo; su extraordinaria anarquía, las hacen especiales para mí. Creo que si su vida fuese más larga y su tallo más fuerte serían más apreciadas que las rosas. Son como el amor, frágil, desordenado, bello, intenso, pero la mayoría de las veces fugaz, demasiado efímero. Tal vez ahí resida su encanto, aunque duela.

Cósimo regresó con nosotros a Tejina, con sus cuadros, sus óleos, sus caballetes y sus carpetas de cartón repletas de bocetos a lápiz. Con *Arquímedes*, su viejo gato, y sin un duro en los bolsillos. Vacío de posibles y cargado de cariño. Enamorado locamente de mi madre.

Mi madre también le quería, pero no estaba enamorada. Le abrazaba de una forma diferente a como lo hacía él. Le miraba distinto. Le cuidaba, le protegía y no se

separó de él hasta su muerte. Fue su hombre y mi padre. Pero ella, a pesar de todo, nunca estuvo enamorada. Su corazón, hasta el último día, hasta el último minuto de su vida, lo ocupó mi padre biológico. Cósimo siempre lo supo y sufrió como sufren los amantes no correspondidos: amándola aún más.

Él era un ser especial, venido de otro lugar. Aún hoy, en algunos momentos en que le echo en falta, sigo pensando en la posibilidad de que fuese un personaje mágico, un ser de luz. Si no fuese por todas las cosas materiales que conservo de él, a veces pensaría que formó parte de una ilusión, de un sueño perdido que, con el paso del tiempo, convertí en una realidad. Creo que le quería tanto que todo en él me parecía extraordinario. En muchas ocasiones me hubiera gustado tenerle a mi lado para que él, con un sencillo abrazo, aplacase mis penas, mis desvelos; esa intranquilidad que me quema por dentro.

Décima era una guanche morena y guapa. Sus padres la bautizaron con ese nombre porque, según ella misma contaba, tardó apenas una décima de segundo en salir del canal del útero, ya habituado a los partos. Su nombre de pila, el que figuraba en el registro, era Rosario. Estaba casada con un pescador de bajura. Dominaba el arte de la brasa y la cocción del marisco. Trabajó desde los comienzos en el restaurante y se convirtió en parte de la familia, como su marido y su hijo. Gracias a ella y a su magnífica cocina, a su marido y las provisiones de marisco y pescado con las que abastecíamos el restaurante, a su hijo, Raúl, que se convirtió en un *maître* de lujo, y al toque desenfadado y original en el trato y la ambientación que le dieron mi madre y Cósimo al restaurante, el negocio se convirtió en un punto de referencia en Santa Cruz, donde degustar los mejores pescados y mariscos de las islas.

Después de muchos años de trabajo, de sacrificios, de no tener descanso más que un día a la semana, Cósimo le propuso a mi madre dejar el restaurante en manos de Décima y su hijo con el propósito de viajar los tres a la Toscana, donde se conocieron. Lo hizo ya con los billetes de avión comprados, con una masía alquilada, para que ella no pudiera negarse. Una estancia de tres meses en Gaiole in Chianti, todo un verano en el mismo sitio donde hacía años surgió su amor. Donde también surgió el mío.

Durante la mañana recorríamos los pueblecitos de la Toscana. Lo hacíamos en una furgoneta sin techo en su parte trasera. Mi madre y Cósimo sentados delante. Yo iba atrás con el perro del casero, *Piero*, que desde el primer día que llegué no se separó de mí. Por las tardes nos quedábamos en la masía disfrutando de los largos y cálidos atardeceres. Ellos hacían la siesta y yo paseaba por los campos con mi bloc de dibujo y mis lapiceros en el bolsillo de los vaqueros rotos, hasta que anochecía. Creo que tengo más de cien bocetos de aquellos días, de los tres meses que pasé allí. En algunos aparecen mi madre y Cósimo abrazados, tumbados en la cama de cabecero de metal dorado o sentados sobre la hierba en el campo. En otros está él, dormido después de hacer el amor. Fue allí, en la Toscana, perdida en sus campos llenos de vida, donde decidí estudiar Bellas Artes; tenía diecisiete años. Una de esas tardes le

conocí, cuando ya me disponía a regresar a casa, casi al anochecer.

Estaba sentado en una de las terrazas, con sus amigos, compañeros de facultad. Tomaban cerveza, hablaban casi a gritos y también reían a carcajadas. Pasé a su lado, y al hacerlo *Piero* se paró junto a él. Me miró. Yo le devolví una mirada llena de incertidumbre y un poco pueril. Al asir el collar de *Piero* para retirarlo de la mesa, él guiñó un ojo a sus amigos, que también me observaban en silencio. Sacó la rosa que había dentro del jarrón que coronaba la mesita. Se levantó y me la ofreció:

—*Bella ragazza!* —exclamó tendiéndome la flor.

—No soy italiana —le respondí, retirando con mi mano la suya—. Tú tampoco. Tienes un acento horroroso, arrastras las vocales demasiado. No sé qué pretendes... ¿Tal vez piensas que soy idiota? He visto el guiño que has hecho a tus amigos. Si piensas que soy tonta, estás muy equivocado. Reconozco a los turistas al primer golpe de vista —concluí comenzando a andar.

—¡Eh! ¡Eeh! Se te han caído el lápiz y el boceto —gritó—. ¡Bella mujer! ¿Es tu madre? Porque os parecéis muchísimo —dijo mirando uno de los folios que se había deslizado del bloc y había caído al suelo.

Me adelanté y se lo quité con rabia, tanta que rompí una de las esquinas del papel.

—¡Qué te importa! —exclamé yéndome aprisa.

Me siguió mientras sus amigos vociferaban su nombre con algo de dificultad debido a la cantidad excesiva de cervezas que se habían bebido. Caminaba rápido detrás de mí, con el lápiz en su mano levantada:

—Princesa, aún tengo tu lápiz, solo quiero devolvértelo. Espera, por favor, ¡espera! —gritaba.

Aligeré el paso en el momento en que las luces del pueblo comenzaron a perder intensidad, justo al comenzar el camino que daba acceso a la masía. Él no se amilanó por mi indiferencia, siguió detrás de mí con el lápiz en la mano. Un poco ahogado. Hasta que *Piero* se paró en seco, se dio la vuelta y, amenazante, le enseñó los dientes y ladró con fuerza.

—¿Todo bien, señorita? ¿Ha pasado algo que deba saber? —preguntó Tommaso, el casero, mirándole fijamente.

Tommaso, al escuchar los ladridos de *Piero*, se había llegado hasta donde estábamos.

—No, nada —contesté—, *Piero* se ha asustado. Él solo intenta devolverme el lápiz, con los ladridos de *Piero* no le había oído —apostillé mirando al joven. Un poco apesadumbrada por él, que parecía que iba a morir allí mismo al ver cómo le miraba el casero.

—Sí. Se... se le cayó. Solo intentaba devolvérselo —respondió con un ligero tartamudeo que me hizo sonreír.

Me acerqué a él. Le miré desafiante, con cierta ironía y un pequeño gesto de advertencia en mis ojos, fruncí el ceño y cogí el lápiz. Al hacerlo, sus dedos me rozaron. Me miró, sonrió y en un susurro dijo:

—Mañana estaré en el pueblo a la misma hora. Te espero.

—Ni lo sueñes —respondí dándome la vuelta.

Me agarré al brazo de Tommaso, altiva. Mientras nos dirigíamos hacia la masía me di la vuelta varias veces. Él seguía allí. Su figura permanecía inmóvil, mirando cómo nos alejábamos.

—Es muy mayor para usted. Aunque le guste, tenga cuidado, estos estudiantes son muy irresponsables y usted es aún muy joven, demasiado para él —me advirtió Tommaso con voz severa. Y, volviéndose, pareció buscar a Bastián para sentenciarlo con su mirada de labrador, de hombre sabio y adusto.

Bastián

Desde el día en que vi la jirafa blanca en el porche de mi casa, cuando aún era un niño, sentí una necesidad casi vital por viajar a África. Aunque tal vez ella, África, ya estaba en mi alma mucho antes de nacer; como en la de Ayala. Quizá nuestros destinos fueron guiados por sus espíritus. Tal vez por eso, porque éramos parte de ella, África volvió a unirnos.

Podía haber elegido cualquier lugar del continente, pero fue Tanzania y su Kilimanjaro, la montaña más alta del continente respecto al sol, con sus cinco mil ochocientos metros de altitud. El cráter del Ngorongoro, en cuyo interior cabe entera la ciudad de París. Sus más de cuatro millones de animales salvajes. Sus once parques nacionales y sus tribus, los hombres de los bosques, o bosquimanos, y los masais. Su jirafa de manchas dentadas, idéntica a la de mi visión, todo ello fue lo que hizo que me decantara por Tanzania.

Contraté un safari de expedición, con una duración de un mes. Visité todos los parques naturales. Me sofoqué subiendo el Kilimanjaro, por veredas cada vez más estrechas y en las que el precipicio parecía tirar de ti. Abandoné mis sueños sobre su horizonte. Bajo la mirada protectora de los guías, atentos a la posible e inesperada presencia de las pitones. Sentí la pena que los ojos de los elefantes irradiaban, el dolor que el robo y el ultraje a los que habían sido sometidas sus tierras les provocaban. Contemplé a las jirafas, a las *Camelopardalis tippelskirchi*, las jirafas tanzanas de más de cinco metros, iguales a las de mi visión, y me conmoví al hacerlo. Al observarlas sentí como si algo sobrenatural me hubiese rozado por dentro. Como si un espíritu ancestral estuviera allí, esperándome desde siempre. En ese momento la imagen de Ayala se instaló en mis pensamientos como un reclamo, como la realidad mágica; bella, inmaterial, solo palpable con los sentidos del alma. Olí su piel, sentí el contacto de sus manos sobre mis hombros, el susurro de su voz y su aliento cálido en mi cuello. Fue un instante, un solo instante, pero me bastó para saber que estaba allí, en algún lugar de Tanzania, y que la encontraría. Que volveríamos a estar juntos de nuevo.

Estaba de espaldas. Descargaba paquetes de una furgoneta mientras un grupo de niños, detrás de ella, esperaban inquietos, sin perderla de vista. Llevaba unos pantalones cortos color tabaco, una camisa blanca a la que había cortado las mangas a la altura de los hombros y calzaba unas sandalias hechas con neumáticos, como las de los niños.

—Sí. Hay pinturas rojas para tu atardecer. Podrás terminar el dibujo. Pero ya sabes que antes tienes que leer el texto de esta semana y contar lo que dice —le decía a uno de los niños, que inquieto, a su lado, no dejaba de preguntarle:

—¿Han venido, han venido?

—Y son... —dijo dándole a su entonación un aire de intriga—, son... ¡¡¡ceras!!!
Creo que esto se merece dejar las clases de lengua y cambiarlas por las de pintura...

Se dio la vuelta rápido, con una cera roja en la mano, se puso en cuclillas y se pintó los pómulos. Luego pintó al pequeño que estaba junto a ella reclamándole. El grupo comenzó a saltar y a reír al tiempo. El pequeño cogió la cera y la miró detenidamente, como el que observa un fenómeno paranormal que no acierta a entender.

La observé durante unos diez minutos sin que ella se percatara de que estaba allí, mirándola.

—Es profesora de los niños, está en misión humanitaria. Lleva viniendo varios años, durante sus vacaciones. Es muy guapa, ¿verdad? —dijo el guía acercándose a mí. Me había quedado rezagado del grupo—. Se llama Ayala y es muy conocida en las aldeas de la zona.

No le respondí. Estaba ensimismado, preso de cada uno de sus movimientos, de su risa, de sus palabras y del aire que traía su perfume hasta mí.

Repartió las cajas entre los niños y caminaron hacia una de las chozas de adobe. Fuera, sobre la arena polvorienta, seca, había una fila de pupitres, de mesas rudimentarias orientadas en hilera hacia una pizarra. Una acacia proyectaba su sombra sobre algunas de ellas, y varios neumáticos apilados cerca parecían dispuestos a ser recortados para suplir algunos pies aún descalzos. En un montón aparte estaban los restos sobrantes de una confección anterior.

Permanecí un rato contemplando la puerta de la choza. Observando cómo los niños iban saliendo uno a uno con las ceras en sus manos. También llevaban una prenda de vestir: pantalones, camisas... Saltaban moviendo la ropa, ondeándola como si fuese la bandera de un triunfo después de una batalla. Cantaban e iban sentándose en sus pupitres. Colocaban la ropa a la izquierda de la base del pupitre, doblándola con mimo e ilusión. Ordenaban las pinturas sobre la madera, a la derecha, como si estas fuesen diamantes a punto de ser tasados.

El guía me dio las indicaciones del recorrido previsto y del tiempo que tardarían en regresar porque le dije que me quedaría en la aldea, que la conocía, que hacía años que no nos veíamos y tenía que hablar con ella. En un primer momento se mostró reticente. Más tarde, debido a mi insistencia, a la ansiedad que mostré, aceptó. Me recogerían a la vuelta, antes del anochecer. Era peligroso andar sin permisos específicos, y para quedarme allí solo no lo tenía. Aun así me arriesgué.

Me miró al cruzarse conmigo camino de la choza. Fue un instante, creo que no me prestó atención, que por eso no me reconoció, solo evitó chocarse conmigo. Llevaba tres paquetes apilados uno sobre el otro y le tapaban la boca y la nariz, únicamente se le veían los ojos.

Cuando la expedición y el guía se marcharon llamé a uno de los niños:

—¿Puedes darle esto a la mujer blanca? —le dije sonriendo y le tendí un papel

doblado.

—¿A mamá Aya? —preguntó con fisgoneo mirando el papel. Lo cogió y lo desdobló sin pedir permiso—. Sí, se lo daré. Le gustan mucho las jirafas masais. Esta es blanca, no hay jirafas blancas aquí. Las jirafas blancas son espíritus que solo ven los chamanes —dijo mirándome con curiosidad de arriba abajo—, tú no puedes ser un chamán, eres muy blanco. Entonces la jirafa tendrá un mensaje para ti —remató riéndose, y comenzó a andar hacia la choza sin dejar de mirar el dibujo con curiosidad.

Era el dibujo que Ayala me había hecho en la Toscana. Aquel que ella introdujo en uno de los asientos de la furgoneta porque yo no acudí a la cita, a despedirme a tiempo, y que recuperé cuando volví a buscarla gracias al perro del casero, *Piero*. Desde entonces lo llevaba conmigo, en mi cartera, doblado junto a mi documento de identidad.

Ayala, desde hacía años, pertenecía a una ONG. Se encargaban de recoger huérfanos de la malaria y el sida. Niños que habían quedado abandonados por todos. Criaturas indefensas que el maldito capitalismo de los países desarrollados, con su indiferencia y desprecio, había condenado a ser no solo huérfanos, sino desheredados de cualquier necesidad vital para el ser humano. Carentes de cualquier oportunidad y con una esperanza de vida corta. De vida, de ilusión, de fe y de sueños por cumplir porque, a pesar de todo ello, aquellos diminutos e indefensos seres humanos tenían sueños, sueños y esperanza.

La pandemia del VIH se originó en África central, pero pasó inadvertida hasta que afectó a los países ricos. Las enfermedades oportunistas, como son definidas las que se desarrollan a partir de la inmunodeficiencia que produce el VIH, fueron matando progresivamente a la población. Las muertes eran achacadas a ellas, cuando en realidad eran producidas por el desarrollo del VIH, convirtiendo a los enfermos en transmisores ocultos del sida. El sida, junto con la malaria, sigue dejando huérfanos en sus calles, mientras que en los países ricos los retrovirales, los anticonceptivos como el preservativo, las medidas de higiene y las vacunas están disminuyendo los contagios y las muertes. En África están aún a años luz de nuestros avances. Y son los niños las auténticas víctimas de un sistema podrido desde sus raíces.

Tardó unos minutos en salir. Yo esperaba de pie, intranquilo, frente a la puerta. Retirado de ella unos metros. Me miró con el dibujo en su mano derecha, mientras el niño me señalaba. No me moví. Visiblemente emocionada, caminó hacia mí:

—Bastián, ¡qué alegría! Te he echado tanto de menos durante estos años. Aunque no sé si podré perdonarte el que no me hayas llamado, el que no me buscases. Le dejé al viejo Tommaso, el casero, en la Toscana, mi número de teléfono para que, si volvías a buscarme, te lo diese. Estuve esperándote, Bastián. Lo hice durante meses...

Samantha

Para sobrevivir en esta sociedad deshumanizada que nos ha tocado vivir hay que aprender a esperar poco de los demás, a veces nada. Yo lo conseguí. Fue poco a poco. A medida que los golpes que recibí se hicieron regulares, precisos y cercanos, mi corazón se endureció. Sus paredes encallecieron. Se volvió solitario con el único fin de permanecer a salvo del dolor el mayor tiempo posible. Mi resistencia, mi obligada falta de empatía o reciprocidad hacia los demás me hizo fuerte; pero todo tiene un precio, y yo lo pagué. Perdí una parte importante de la vida, esa que envidio de los demás. Me faltó creer en ese duende que te concede deseos. En ese Dios que todo lo solapa y te acompaña en las noches de insomnio. Ese Dios que algunos dicen atenúa el sufrimiento y les hace más llevaderas las injusticias. De haberlo hecho, estoy segura de que habría sido feliz. A fin de cuentas el cerebro humano es fácil de engañar, de sugestionar. Pero perdí la esperanza y la fe, sobre todo la fe. La fe en Dios y en el ser humano. Ello me imposibilitó, no me permitió, ser como los demás. Busqué respuestas imposibles, fuera de los cánones establecidos por la sociedad y, al hacerlo, me convertí en una persona desgraciada y solitaria. La ignorancia, a veces, es protectora. Es fácil cobijarse bajo su manto, pero yo, aunque pude, no la elegí. Si quería sobrevivir, no podía ser ignorante.

Mi madre tenía un único hermano. Después de la muerte de mis padres comenzó a ir a casa de mis abuelos todos los primeros domingos de mes, a marcar su territorio como un perro viejo y rabioso, gotita a gotita. Mirándonos de soslayo, como si fuésemos emigrantes sin papeles frente a un despiadado xenófobo. Como un coyote aullando sin sonido, hacia dentro, amenazante y traidor. Sarcástico e indolente con mi hermano y conmigo cuando mis abuelos no estaban presentes. Algunas veces, ellos, mis abuelos, creo que por miedo, se hacían los sordos. Entonces el daño moral infligido por la falta de defensa de los tuyos, por el silencio, por el consentimiento de mis abuelos con su fingida sordera, era más doloroso y humillante, si cabe, que el de los desprecios y las ignominias a las que mi tío nos sometía.

Al mediodía, su Chrysler verde de capota negra entraba en el cobertizo de la casa como si este fuese el box de un circuito de Fórmula 1. Mis abuelos esperaban a un lado, con la sonrisa puesta, los brazos abiertos y una disposición absoluta. Todos vestidos de domingo y en fila como los sirvientes que esperan al señor, a que este pase revista. Aquello era una tradición inquebrantable. Tanto en las formas como en las apariencias todo debía estar medido y preparado, nada podía salirse de madre. Las únicas necesidades eran las suyas; el único que tenía derecho a equivocarse, a no responder a los saludos, incluso a hacer de ti un esclavo físico y emocional, era él. Hasta la comida era especial y específica: siempre había cordero asado a la brasa.

Fuese verano, invierno o cayesen chuzos de punta, nos gustase al resto o no, mi abuelo preparaba las brasas en el jardín para su primogénito.

Mi tío marcaba las pautas y las normas a seguir en todo. De qué había que reírse o si había que guardar silencio porque él tenía un día malo y le molestaba que los demás intentásemos ser amables o felices; sobre todo felices. Si le halagabas podía responderte malhumorado, si no lo hacías también. Todo dependía de su humor o de si le había sucedido algo de lo que tú, siempre, siempre, tenías la culpa. Tenía potestad absoluta, una autoridad falta de razón y escrúpulos que mis abuelos consentían aunque nosotros saliésemos dañados. Incluso dictaba cuándo había que respirar en aquella casa y con qué frecuencia. Necesitaba pagar su frustración con alguien para sentirse bien, para creerse por encima de los demás, porque jamás lo estuvo. Ese era su problema, su verdadero problema, que lo sabía, sabía que era como cualquiera de nosotros, y no le gustaba. Estoy segura, siempre lo estuve, de que disfrutaba con ello, haciendo un daño moral terrible, sin dejar marcas visibles, como los torturadores profesionales. Era lo único que se le daba bien: la maldad. Sibilino y astuto como un lobo solitario.

Cuando no estábamos presentes decía interesarse por nosotros y les preguntaba a mis abuelos por nuestros estudios, nuestra salud o si éramos felices, pero no le importaba, jamás le importamos. Su único fin era quedar bien con mis abuelos, seguir poseyendo el título de preferido y, por supuesto, heredar lo poco que mis abuelos tenían. De cara a la galería, a los vecinos y amigos, mostraba su cara más amable y familiar, su otra cara. Mi abuela, ciega como una madre obsesionada por su hijo, le defendía a muerte, diciendo que su corazón era grande, que le perdía el carácter, que no se lo tuviéramos en cuenta. Era nuestro tío, había que quererle, quererle aunque fuese un despiadado, aunque nos humillara, aunque no nos quisiera, solo porque era nuestro tío. Jamás lo entendí. No entendía que ser de la familia te diese derecho a todo. Que el resto tuviera que aguantar solo por esa premisa absurda y sujeta a la falsa moral de la sociedad. Los lazos de sangre no dan derecho a todo. Hay padres malos: hermanos, tíos, abuelos... El hecho de la consanguinidad no exime ni exculpa las maldades, muy al contrario: las acrecienta. Hacer daño a uno de los tuyos es más grave que hacerlo a alguien ajeno, y por lo tanto deben ser menos permisibles el castigo, el desprecio y la indiferencia hacia esa persona, no lo contrario.

Desgraciadamente, hay muchas clases de dictadores y están en todos los ámbitos. Todos, absolutamente todos, son unos desgraciados, unos infelices que intentan aminorar sus complejos aplastando a los demás. Mi tío es uno de ellos.

Mi abuelo seguía aquel ritual de adoración y a primera hora de la mañana preparaba la leña para que las ascuas estuvieran dispuestas en su momento y el cordero quedase crujiente y en su punto, el punto del paladar de mi tío, de su esposa y de su retoño vestido de marca hasta las orejas. Con aquel yoyó naranja carísimo enganchado al dedo, guardado en la palma de su mano como un tesoro y que, a pesar de las súplicas de mi hermano, jamás nos dejó bailar. Cuando ellos llegaban era como

un desembarco de tropas tomando posesión de sus colonias, imponiendo su ley, la del más fuerte. Perdíamos el lugar que ocupábamos a diario en la mesa, nuestro lugar en la familia, y nos convertíamos en los desheredados que siempre habíamos sido hasta que se marchaban. Cuando mis padres vivían dejamos de coincidir con ellos en casa de mis abuelos por ese motivo. Los desprecios y los desencuentros enfadaron a mi padre:

—Jamás te prohibiré que veas a tus padres o a tu hermano y tu sobrino —le decía a mi madre—, pero si quieres que yo vaya será cuando ellos no estén. No voy a consentir un desprecio más hacia mis hijos...

Poco a poco fuimos espaciando los encuentros hasta reducirlos a fechas en las que era impensable faltar: Navidades y los cumpleaños de mis abuelos, en los que, por supuesto, también se comía cordero asado.

Cuando mis padres fallecieron y comenzamos a coincidir de nuevo, mi tío y su familia se crecieron. Los domingos llegaba haciendo sonar el claxon desde que entraba en la calle. Mi primo traía su último juguete que, por supuesto, no nos dejaba tocar, solo ver. Mirábamos en silencio, cerca de él, de pie, cómo jugaba. A mí me eran indiferentes su estatus, el que le protegiesen sus padres y mis abuelos, el catálogo de sus juguetes, inalcanzable para nosotros. Todo me era indiferente, a excepción de la carita de mi hermano. Él no se movía de su lado, no dejaba de mirarle con aquellos ojos como platos, expectante, a la espera de que en algún momento le dejase jugar con él. Aquello me crispaba y al tiempo me llenaba de dolor, de un dolor inmenso. En esos momentos deseaba con todas mis fuerzas que mi padre apareciese por la puerta y nos llevara lejos de allí, a nuestra casa, donde Bastián no sintiese esa pena que asomaba en sus ojos.

Mi hermano era como una pavesa, delgado, con aquellos pantalones bermudas azul marino remendados y su pelo estirado hacia atrás, cubierto de colonia. Con aquellos calcetines que se comían sus únicos zapatos marrones de cordones. Y sus rodillas, siempre llenas de costras de los porrazos que se daba jugando al fútbol. Recuerdo, aún con dolor en el alma y el corazón, las Navidades en las que él contaba ya siete años; hacía tres de la muerte de mis padres. Recuerdo cómo miraba a mi primo. Con aquellos ojitos de gato triste y solitario. Sin moverse, sin perder detalle de las habilidades de mi primo sobre aquel triciclo rojo que le trajeron los Reyes Magos. Mientras mis tíos y mis abuelos elogiaban la destreza del enano.

—Tata —me dijo con voz quebrada y los ojos brillantes—, ¿tú crees que si pido un triciclo el próximo año a los Reyes Magos me lo traerán como se lo han traído al primo? Creo que a él se lo han traído porque es muy listo. Yo no soy tan listo, pero puedo intentarlo con fuerza. Me gusta tanto el triciclo...

Lo más triste es que el triciclo fue el regalo de Reyes de mis abuelos a mi primo. A él, que no le faltaba de nada, mis abuelos decidieron regalarle un triciclo y a mi hermano, que no tenía nada, un juego de tractores de plástico, porque la economía de la casa no era buena y tres nietos eran muchos.

No solo me marcó la muerte de mis padres, también lo hicieron los años posteriores. La relación con mis abuelos y el desprecio de mi tío y su familia. Me sentía sola, absolutamente sola con mi hermano. Un ser débil, casi un bebé que poco a poco fue perdiendo el recuerdo de mis padres como si este se hubiera ido desmenuzando en migas de pan esparcidas en el tiempo, golpeadas por el agua de una tormenta. Deshaciéndose poco a poco. A medida que los pantalones se le quedaban más cortos, a medida que iba creciendo, el recuerdo de ellos fue borrándose.

Lo peor no eran los domingos, lo menos llevadero eran las Navidades. Llenas de sus regalos carísimos, estupendos... Los villancicos de mi primo. Todos los años se nos obligaba a escuchar aquellas estúpidas canciones en inglés como si fuesen las avemarías de un vía crucis que el enano, tan tonto y despiadado como el padre, había aprendido en su colegio bilingüe, privado, carísimo y de curas. Donde, supuestamente, le enseñaban la religión católica y cuyo primer dogma es el amor al prójimo. Asignatura pendiente esta que le quedó por aprender, aunque esto no se aprende: se siente. Espero que ese reino de los cielos del que tanto hablan, de existir, tenga una puerta estrecha, tan estrecha como el ojo de una aguja.

A pesar de todo, hubo un tiempo en que los quise. Cuando era pequeña, cuando aún vivían mis padres. Los tenía idealizados, eran mis tíos maternos. Incluso muchas veces jugaba a imitar a mi tía. Me imaginaba tener su estatus. Me gustaba pensar que algún día sería como ella. Con aquellas muñecas finas y blancas, cubiertas de pulseras de oro y los dedos llenos de maravillosos anillos que embellecían aún más sus delicadas manos. Movía mi melena imitando la suya, recién salida de la peluquería. Me sentaba y cruzaba las piernas como lo hacía ella. Pasaba mi mano plagiando sus gestos, como si estirase las medias de cristal que siempre llevaba. Me gustaban las medias de cristal, su delicadeza y su brillo. Entonces, para mí era tan perfecta como un hada madrina. Lo fue hasta que se casó y se quedó embarazada. Después se convirtió en la madrastra del cuento.

Mi tío siempre fue un déspota con nosotros, pero la infancia es como el amor: ciega, inocente y vulnerable; por ello, durante aquel tiempo en cierto modo le quise.

Jamás le perdonaré el odio que sentía por mi hermano. Jamás. Ni a él ni a su Dios que le permitió hacerlo, que nos dejó como si no fuésemos sus criaturas, las criaturas del Señor, como mi tío solía decirle al párroco del pueblo los domingos después de la misa:

—Padre, son ángeles, criaturas del Señor. Los pobres han perdido tanto. Gracias a Dios nos tienen a nosotros, gracias a Dios...

¿A qué Dios? ¿Al suyo, al nuestro, o al que tal vez no exista y por eso no haya podido ayudarnos nunca? Porque yo jamás lo vi, lo sentí o lo tuve a mi lado. Sin embargo a ellos, con su maldad, siempre los acompañó. Lo hicieron él y sus sacerdotes.

Ayala

Las casualidades no existen. Son parte de los hilos que el universo va tejiendo a nuestro alrededor para que el destino se cumpla inexorablemente. Hay tres cosas que no podemos dominar, que no podemos cambiar o alterar: nacer, morir y enamorarnos. Las tres son inmunes a nuestra conciencia, a nuestro raciocinio y a nuestra voluntad.

La nuestra es una historia de amor que escapa al raciocinio, al control, a la moral y a las leyes humanas. La nuestra es la historia de un amor condenado. Atado y sellado por los lazos invisibles del universo que lo puede todo. Un universo que ha luchado, que sigue haciéndolo, con el único fin de unirnos, aunque nuestro amor sea una condena. Los hilos que nos unen, algunos de ellos, parece que hayan sido empalmados erróneamente. Debieron romperse en algún momento y se volvieron a conectar de forma equivocada, condenándonos a amarnos sin medida, sin control y para siempre. Aunque nos negásemos a ello, no podríamos dejar de sentir, porque el amor que nos profesamos es infinito e incontrolable, tan inexplicable como el origen de la vida y el porqué de su existencia. Es tan irracional como lo es la inmensidad del universo.

Al día siguiente volví al pueblo. Lo hice unas horas antes que el día anterior. Aunque su entrada en mi vida, en mi cotidianeidad, no me gustó, sentí una atracción especial por él nada más verle. Era como si le conociese desde siempre. Como si hubiese compartido con él parte de una vida lejana que no recordaba pero sentía haber vivido.

Como en cada uno de mis paseos, me llevé a *Piero*, pero esta vez no solo era para que me acompañase. Esta vez quería que *Piero* localizase a Bastián. Sería una forma más descuidada, menos comprometida de dar con él sin que supiese que le estaba buscando o que había acudido a la cita que me propuso el día anterior.

Piero tenía un olfato exquisito. Era capaz de identificar cualquier olor a muchos centímetros bajo tierra. Era un perro trufero. Tommaso lo había adiestrado desde cachorro en la búsqueda de las tres variedades de trufas de la Toscana: la *tartufo d'estate*, la variedad más pobre y común. Su recogida se hacía de julio a noviembre. Era la menos perfumada, la más barata y la que se servía en los restaurantes. La *tartufo nero pregiato*, más delicada en sabor y con un perfume más fuerte que la anterior. Esta se recolectaba entre primeros de noviembre y marzo. Y la estrella: la *tartufo nero liscio*, la mejor de las tres variedades de la Toscana, que se recogía de octubre a diciembre.

Para Tommaso su perro no era una simple mascota, era la mayor fuente de ingresos de la que disponía. Vendía sus trufas a muy buen precio en los mejores restaurantes de la Toscana durante prácticamente todo el año. Los beneficios que le

reportaba la recogida triplicaban los que obtenía por el alquiler de la masía donde nos alojamos y que permanecía arrendada la mayor parte del año.

Cuando llegamos, *Piero* sintió una atracción especial hacia mí. Comenzó a caminar a mi lado y a mover el rabo como si me conociese desde siempre. Así permaneció durante todo el tiempo en el que Tommaso iba enseñando las estancias de la casa a mi madre y a Cósimo. Mientras les daba explicaciones. Cuando Tommaso se dispuso a marcharse, *Piero* no atendió su llamada. Se sentó a mi lado, me miró y ladró a su amo como reclamándole que le dejase quedarse allí, conmigo. Tommaso sonrió, me miró y dijo:

—Veo, bella jovencita, que mi perro se ha enamorado de usted. Cuídelo, es mi bien máspreciado y tiene muy buen gusto para elegir acompañante —concluyó guiñándome un ojo.

Así, junto a mí, permaneció durante los tres meses de estancia en la Toscana. A excepción de los días en los que salía en busca de trufas, *Piero* siempre estaba conmigo.

Cuando llegamos al pueblo le di a oler el lápiz que Bastián me había devuelto y los folios que se me cayeron al suelo la noche anterior cuando regresaba a casa. El perfume que él utilizaba aún permanecía en ellos, suave, casi imperceptible, pero estaba allí. Si Bastián se hallaba en el pueblo, *Piero* lo encontraría. Cogí una de las golosinas que Tommaso usaba como premio durante sus recolecciones y se la enseñé; después le dije:

—¡Busca!

Estaba sentado en el saliente de una de las casas, una especie de patio. En él había varias sillas y mesas para los estudiantes residentes. Escribía. Al lado de las planas había un sobre ribeteado con las bandas que se les ponen a los envíos por avión. *Piero* no hizo ruido. Se sentó a su lado y marcó la pieza moviendo el rabo sobre el suelo de un lado a otro como si este fuese una escoba. Me miraba y giraba la cabeza con aire interrogante, como preguntándome: ¿a qué esperas?, lo he encontrado, ¿no piensas darme mi recompensa? Tardé unos minutos en reaccionar. Creo que fueron demasiados porque *Piero*, enfadado o confuso por mi falta de respuesta, comenzó a ladrar mirándome. En ese momento no supe dónde meterme.

—Pero ¿qué tenemos aquí? —inquirió Bastián mirando a *Piero*—. Si es mi amigo, el trufero irascible y la bella españolita áspera como la rocalla.

—¡Hola! —dije cabizbaja, intentando disimular.

—Sabía que vendrías —afirmó mirándome sonriente y seguro de sí mismo—. Estamos hechos el uno para el otro. No me malinterpretes —puntualizó levantando su mano derecha en una señal de *stop*—, fue algo que sentí nada más verte. Cuando te miré a los ojos. Juro que es cierto. Tal vez sea porque eres demasiado guapa y tienes un genio endiabladamente atractivo.

Me guiñó el ojo derecho. Sentí cómo el estómago se me encogía, y una sensación desconocida hasta ese momento recorrió mi piel.

Se levantó y vino hacia mí. *Piero* hizo lo mismo. Siguió con su enfado, ladrándome inquisitorio. Cuando estuvo junto a mí, con disimulo, estiré la mano y le di la recompensa que calló sus ladridos.

—No he venido a ninguna cita. *Piero* se ha escapado, ¿es que no lo has visto? Lo estaba buscando. Si lo pierdo, el casero me mata.

—Conozco a *Piero*, todo el pueblo lo conoce. Es el mejor buscador de trufas de la zona y el que peor carácter tiene, como su amo. No creo que se deje coger por nadie, y menos que se pierda —apostilló sonriendo.

—Tiene un carácter estupendo, es dócil y obediente —dije acariciando la cabeza de *Piero*.

Él sonrió e hizo el amago de tocarle sin acercarse demasiado. *Piero* le enseñó los dientes y gruñó amenazante.

—Sí, tiene un carácter endiabladamente sociable —respondió con sorna.

—No le gustas.

—Tú a mí sí —dijo mirándome de frente, seguro de sí mismo—. Tómame algo conmigo. Por favor.

—Me llamo Ayala.

—Bastián...

Hablamos, sin parar, hasta que oscureció. Después me acompañó hasta la masía. En más de una ocasión cesaba en su alocución y se detenía. Me miraba y, como me confesó días después, pensaba en cómo darme un beso, pero no se atrevió. Yo le miraba y, extrañada, un tanto nerviosa y emocionada, sonriendo, le preguntaba:

—¿Qué?

—Nada, solo me detengo para mirarte, me gusta hacerlo, sobre todo cuando ríes.

Y continuábamos andando, despacio, como si el tiempo se hubiera detenido o quisiéramos que lo hiciese para nosotros.

Cuando llegamos, Tommaso estaba preparado para salir en busca de *Piero* y de mí. Me había retrasado más de una hora y Tommaso, por voluntad propia, parecía haberse hecho responsable de mí, como si fuese un familiar. Velaba por mi vuelta todos los días con celo. Lo hizo desde que llegamos, pero aún más desde que me vio con Bastián; no le gustaba.

—Les dije a sus padres que no se preocuparan, que usted me había dicho que iba con unas jóvenes del pueblo y que se retrasaría un poco —dijo mirando a Bastián con cierto recelo—, pero no piense que la encubriré siempre. Estábamos asustados. Es ya muy tarde, jovencita.

Piero se acercó a él y se sentó a su lado, mirándonos fijamente. Tommaso, como si el perro hubiera cumplido una misión encomendada por él, me miró y le dio una chuchería.

—Bien, *Piero*, te has portado muy bien —le dije acariciando su cabeza—. No se entretenga, señorita, o sus padres saldrán en su busca —concluyó mirando de arriba abajo a Bastián. Bastián le sonrió nervioso.

Tommaso no solo no le devolvió la sonrisa, sino que hizo un gesto extraño, como si quisiera darle a entender que él no tenía vela en aquel entierro y que le tenía vigilado.

—No tardaré —dije.

—¿Podemos volver a vernos mañana? —preguntó Bastián bajito, en un susurro.

—A la misma hora —le respondí en el mismo tono de voz. Aguantando la risa que me producía la situación.

Tommaso movió la cabeza de izquierda a derecha, recriminando mi respuesta.

Bastián sonrió satisfecho y me dio un beso en la mejilla. Un beso equivocado porque debería haber ido directamente a mis labios y solo los rozó cuando los suyos iban a retirarse de mi cara. Fue un descuido maravilloso e intencionado que me estremeció. Tommaso permanecía esperándome, a unos metros de nosotros, con *Piero* sentado junto a él. Se había encendido un cigarrillo. Todo indicaba que no pensaba moverse hasta que Bastián se fuese.

—Entonces os espero... —Hizo una pausa, me miró, se sonrió y dirigió su vista a Tommaso—. A ti y a *Piero*, a él no —remató volviéndose hacia Tommaso, que le devolvió la mirada al tiempo que escupía como los vaqueros en las películas del Oeste cuando desafían a un contrincante—. Me gusta tu olor —murmuró en mi oreja.

—Siento que por mi culpa no hayas podido terminar de escribirle la carta a tu hermana —le apunté mientras caminaba hacia la casa, cuando ya me había alejado unos metros de él.

—No te preocupes, Samantha está acostumbrada a mis ausencias. Además, así podré contarle que he conocido a una joven preciosa. Se alegrará. Siempre se queja de que lo único que hago es estudiar.

Levantó su mano en señal de despedida y comenzó a caminar hacia el pueblo.

Bastián

Quería besarla, necesitaba hacerlo. Desnudarla y recorrer con mis manos su piel, hasta el último recodo de su cuerpo. Volver a humedecer con mis labios y mi lengua su nuca, sus párpados, su pubis... Le habría lavado la piel cubierta por el polvo de la arena que la cubría desdibujando su belleza, matizando cada uno de sus rasgos. Lo habría hecho recreándome en cada curva, en cada lunar, en cada hendidura, en cada pliegue. Sin prisas, deleitándome con su estremecimiento, con sus quejidos suaves y sus ojos cerrados cuando me dejaba hacer. La miraba y solo podía pensar en el blanco de sus pechos, en su contorno, en su vientre, y en perderme sobre ellos. En volver a sentirla. Necesitaba sentirla y hacer que ella sintiese junto a mí, conmigo, como entonces, en la Toscana. Pero estábamos rodeados de niños que nos contemplaban expectantes. Éramos el blanco de sus miradas. Ella observaba mis labios, en silencio y con detenimiento, tal vez buscando aquella palabra que no acerté a decir en la Toscana. Quizá inquiriendo una respuesta a mi ausencia y aparición después de tantos años y de aquella forma. Alzó su vista al cielo, inspiró hondo, como si tomase fuerzas, como si le doliese algo en el interior de su alma, y volvió a mirarme. En ese momento la vi más hermosa, más templada, más mujer y sentí la necesidad casi vital de hacer el amor con ella de nuevo.

—¡Aya! ¡Aya! —gritaban algunos de los niños tirando de su camiseta—, dile a Anthony que hoy no tenemos matemáticas, que hoy dibujamos... —Exigían levantando las pinturas que ella acababa de repartir.

Anthony permanecía inmóvil a unos metros de nosotros. Sorprendido quizá por la actitud de ella: quieta frente a mí. La observaba como si esperase algo, un gesto o una mirada que le hiciese retomar una calma de la que aparentaba ser portador siempre y que parecía ir perdiendo poco a poco. Eso parecía indicar el movimiento de los dedos de su mano derecha. Los juntaba y estiraba una y otra vez, cerrando y abriendo el puño. Era rubio, alto, de piel blanca y ojos verdes. Tenía cierto aire noble que parecía innato, porque su vestimenta no era precisamente la más adecuada para esa categoría social, sin embargo su pose sí. No me gustó cómo me miraba, cómo la miraba, su evidente inquietud.

—No sabes qué alegría me da volver a verte —dijo abrazándose a mí con fuerza—. Imagino que tendrás tiempo... Tienes que quedarte al menos hoy. ¡Tenemos tanto de lo que hablar!

Al abrazarla sentí cómo me rompía por dentro. El contacto con su cuerpo, con su olor, trajo a mi memoria nuestros encuentros furtivos en la Toscana. Uno a uno fueron pasando por mi mente como si fuesen parte de una proyección cinematográfica. Y volví a sentir la necesidad de besarla, de besarla con vehemencia,

la misma que sentía en aquel campo de cultivo de Italia, en la bella Toscana, donde nos enamoramos como dos chiquillos en celo.

—¡Te he echado tanto de menos! —exclamé en una especie de murmullo ahogado. Acariciando su espalda.

—Yo también a ti. Tengo tantas cosas que contarte, tienes tanto que contarme, tenemos tanto de lo que hablar. ¡Estás guapísimo! —dijo mirándome de arriba abajo.

Levantó su mano haciendo ademán para que Anthony se acercase.

Él no cambió su expresión seca, su mirada escrutadora y desconfiada, y se dirigió hacia nosotros.

—Anthony, es Bastián —dijo señalándome—, el amigo de mi adolescencia en la Toscana... del que te hablé. —A él se le demudó el rostro—. Bastián, Anthony es mi pareja —dijo separándose de mí y apoyándose sobre uno de sus hombros.

Sus palabras fueron como una cuchillada incandescente, dolorosa y mortal.

Durante todos aquellos años la imaginé viajando por el mundo, rodeada de sus cuadros, exponiendo sus obras. Majestuosa en su sencillez. Independiente y altiva. Encantadoramente vital y loca, como todos los creadores y los genios, pero sola. Jamás pensé que ella tuviera una pareja.

Cuando Tommaso se negó a darme datos sobre su marcha, su dirección o dónde podía encontrarla no insistí. La quería, sí, con toda mi alma, pero fui egoísta y me consolé pensando que aquello tal vez era un golpe de suerte. Ayala solo tenía diecisiete años y yo la había dejado embarazada. Aunque el embarazo no llegó a término, ella era una menor. Los años que la llevaba, en aquel momento, eran un abismo que nos separaba incluso legalmente. Un precipicio que tal vez jamás llegáramos a saltar con fortuna porque sus padres podían impedirlo. Nuestra relación, de continuar, hubiera sido furtiva durante mucho tiempo. Pensé en mi carrera, en mi futuro, en mi hermana, Samantha, que había renunciado a tanto por mí, y decidí no buscarla. Intenté borrar su recuerdo, pero no lo conseguí.

Nuestros destinos estaban unidos desde siempre, desde antes de ser concebidos. Estábamos condenados a amarnos. Condenados porque el destino jugaba con nosotros al póquer del mentiroso. Dándonos y quitándonos, prometiendo y no cumpliendo. Quitando de la baraja el as de corazones con el que nosotros pudiéramos completar la jugada mayor.

—Ayala me ha hablado muy bien de ti, te adora —dijo Anthony tendiéndome su mano—, te quiere muchísimo —añadió en un tono teñido de cierto resquemor.

—Un placer —le dije sonriente, palmeando su espalda con mi mano izquierda al tiempo que estrechaba la suya con la derecha.

Mentí.

—Os dejo que habléis. Imagino que tenéis mucho que contaros —apostilló acariciando la mano de Ayala que permanecía sobre su hombro izquierdo.

Ayala le besó en los labios y yo, como un perro rabioso, viejo y desterrado, no sabía hacia dónde mirar para que mi furia contenida no se percibiese. Levantó una

mano y los niños, como cachorritos, le siguieron y se sentaron en los pupitres.

—Vayamos a dar un paseo —dijo Ayala poniendo uno de sus brazos sobre mis hombros—. Dime, ¿de cuánto tiempo disponemos? Porque imagino que has venido con el safari que acaba de marcharse al parque.

—Sí. Pasarán a buscarme antes de que anochezca.

Me tendió el dibujo de la jirafa que le había dado yo al niño minutos antes y dijo:

—Te añoré, mucho y durante mucho tiempo, tal vez demasiado —dijo volviendo a acariciar mis hombros con sus manos—. La nuestra fue una historia maravillosa, Bastián, maravillosa y única. Me marcó para siempre.

—Te busqué, Ayala, te busqué en la Toscana. Volví al año siguiente solo para verte. Tommaso dijo que no sabía nada de vosotros. El único que dio muestras de alegría al verme fue *Piero*... Volvió a enseñarme los dientes cuando intenté acariciarlo.

—Sí —respondió riendo a carcajadas—, hay cosas que no cambian nunca. —Dio un silbido y un cachorro de perro negro, de raza indefinida, famélico y feo se pegó a nuestro lado.

—Estás preciosa. Estás más guapa que nunca. Lo siento, lo siento mucho, siento haber llegado tarde a la cita, jamás me lo perdoné. ¡Jamás!

—Ha pasado mucho tiempo, Bastián, tal vez demasiado. Éramos unos críos, bueno, yo era una cría. Siempre he sabido que volveríamos a vernos, no me preguntes por qué, lo sabía. Sé que es absurdo, pero te he presentido muchas veces. No sé si el que nos hayamos vuelto a encontrar es bueno o malo, no lo sé, Bastián. Lo único que sé es que me ha hecho feliz volver a verte. Dime, ¿qué ha sido de tu vida?

—Poca cosa. Volví a España. Ahora trabajo en un bróker —le dije con desgana.

—¿En un bróker? ¿Y tus tallas de madera? Dime que sigues tallando, que no lo has dejado —dijo parándose y mirándome de frente con una autoridad que me hizo sonreír—. Y tus escritos, ¿terminaste la novela? No me digas que has dejado de escribir.

—Ni tan siquiera retomé su escritura. Las tallas... No he vuelto a tallar, eso sí, llevo la jirafa en mi equipaje a todos lados. Desde que te conocí se convirtió en nuestra, dejó de ser mía para ser de los dos —le dije acariciando sus pómulos con mis dedos, despacio y sin dejar de mirar sus labios—. Pero... dejemos mi vida. Háblame de ti. Cuéntame. Anthony parece un tipo estupendo.

Ella sonrió. Me miró como escrutando mi expresión y respondió serena:

—Sí. Es médico. Ha sido mi gran apoyo durante muchos años. Mi madre perdió la visión y él la trató, así nos conocimos. Bueno, no exactamente así. Le conocí en un cóctel que dio la editorial para la que trabajo. Además de médico es escritor y tiene éxito, bastante.

»Han pasado muchas cosas, Bastián, muchas. Debo tanto a Anthony. Nos casamos en septiembre.

Samantha

—Necesito el dinero. No queda otra que vender la casa —dijo caminando por el salón mientras iba rozando con su mano las tallas de madera de Bastián que mi abuela tenía colocadas en la cómoda y la mesita central, junto a las de mi abuelo.

Cogió un busto que mi hermano había hecho de mi padre, lo miró de cerca. Sopló sobre él como si tuviese polvo, pero pareció querer escupirlo. Sonrió y como un pérfido volvió a colocarlo en su sitio. Se llevó uno de sus dedos a la boca, humedeció la yema y la pasó por los ojos del busto de mi padre con gesto de sádico en su cara. Un reflejo de odio se fijó en sus pupilas por unos instantes y las empequeñeció. Oscureciéndolas y ovalándolas, como si estas fuesen las de un reptil hambriento que acecha su presa. Se inclinó y volvió a mirarlo fijamente. Le faltó abrir la boca y tragarse la figura, engullirla hasta hacerla desaparecer. Sentí con tanta fuerza su odio que imaginé cómo se lo tragaba y la talla bajaba por su garganta. Cómo tomaba su forma descendiendo con dificultad por ella. La escena se me antojó tan fuerte que por unos momentos pensé que era otra de mis visiones y me restregué los ojos con fuerza.

Ajeno a mi angustia, a mi percepción de sus instintos y sentimientos, e indiferente a ellos, siguió mirando fijamente el busto de mi padre, inmóvil y amenazante durante unos minutos. Su quietud y su silencio eran como agujas, como cristales rotos bajo mis pies descalzos: herían mi corazón y mis recuerdos. Después de permanecer varios segundos en aquella posición, se volvió y comenzó a caminar despacio. Con gesto altivo examinó rincón tras rincón, como un terrateniente que regresa a sus propiedades para tomar posesión de ellas de imprevisto. Arrogante. Cargado de ira. Abrió uno por uno los cajones del mueble bar de mi abuela y revolvió dentro de ellos como si buscara algo. Lo hizo sin respeto al orden que guardaban los objetos dentro de ellos. Desordenó todo como un ladrón al que le atenazan la prisa y la falta de respeto por lo ajeno. En cada descalabro que cometía con los objetos y papeles que mi abuela tenía guardados, una imagen de ella venía a mi mente. Siempre era la misma: la recordaba colocando todo con mimo, siguiendo un orden preciso: su orden. Lo hacía como si cada uno de los papeles y objetos que guardaba fuese la pieza de un museo, su máspreciado tesoro. Sin poder controlarme, caminé detrás de él recolocando su desaguizado. Llena de impotencia y de la furia que me producía esta. Le habría echado de allí a patadas, pero no podía hacer nada, absolutamente nada.

No le vi derramar ni una sola lágrima durante el funeral, tampoco lo hizo cuando le llamé desde casa llorando para comunicarle que su madre, mi abuela, había muerto. Su falta de dolor o la aparente ausencia del mismo no me impactó, ya lo había vivido en mis propias carnes cuando mi abuelo, su padre, falleció. Sin embargo, jamás pensé que le importáramos tan poco, que sintiera tanto desprecio por su propia

madre. Nunca creí que tuviese tanto odio contenido. Ellos siempre le habían tratado como si fuese el único hijo, el único ser vivo sobre la tierra.

Bastián estaba fuera, sentado en el porche. Tirado sobre la hamaca, abandonado a su movimiento. Parecía un muñeco de trapo. Le pedí que nos dejara solos unos minutos. Permanecía ausente. Acariciaba las flores del rosal enano que colgaban como si fuesen buganvillas en vez de rosas de una maceta al lado de la hamaca. Se balanceaba y, en cada vaivén, rozaba una de las rosas con las yemas de sus dedos laxos.

—¿Piensas dejarnos en la calle? —le inquirí alzando el tono de voz. Cerrando con fuerza uno de los cajones que acababa de expoliar—. ¡Somos tus sobrinos! Los hijos de tu hermana, de tu única hermana. No tenemos nada, no tenemos a nadie. Si mis abuelos vivieran, no te lo habrían permitido.

—¿Quién te crees que eres? —gritó—. Todo esto es de mis padres. Vosotros, tú y tu hermano, sois como los okupas, unos huéspedes incómodos. Os mantuvieron aquí por lástima, ¿entiendes? —dijo acercándose a mi cara demasiado.

Me retiré.

—Somos sus nietos. Mi madre era su hija, como tú. Tenemos los mismos derechos, los mismos. Ya no soy una niña, ¡no te equivoques! —concluí amenazante.

—Los mismos derechos, los mismos derechos —repitió con retintín, imitándome—. ¡Qué ignorancia la tuya! Si mis padres os hubiesen considerado sus nietos os habrían dejado la casa en usufructo. Es que no te das cuenta, ¡bonita! —exclamó con sorna, acercándose nuevamente a mi cara—, pero no lo han hecho. No hicieron testamento. Lo sabes, ¿verdad?

—No. Jamás he hablado con ellos sobre ese tema.

—Pues así es. Tanto la casa como las deudas tienen que ser divididas en dos partes. Y da las gracias de que así sea, porque lo lógico sería que no percibierais nada. Bastante habéis chupado de ellos estos años, demasiado —concluyó tirando al suelo un sobre con fotos que había sacado del cajón de la consola.

Las fotos de la boda de mis padres se esparcieron por el piso. Me agaché rápido a recogerlas y volví a meterlas en el sobre en el que estaban. No las ordené, tenía miedo de que él, presa de su odio, me las quitase y las volviese a tirar o las rompiese.

—Creo que esto es innecesario. Jamás te hemos hecho daño. Nunca te hemos faltado al respeto. No voy a consentir que te salgas con la tuya. ¡Ya está bien! Eres un malnacido, serás mi tío, pero eres un malnacido —dije gritándole a la cara, muerta de miedo pero cargada de ira y valor.

—¿Tu tío? Yo no soy tu tío, jamás lo he sido y nunca lo seré. Pero eso es lo de menos, volvamos a lo interesante. Te doy seis meses para decidir, o tasamos la casa y me pagas la mitad de la valoración y te quedas con ella y con el famélico de tu hermano o la vendemos y nos repartimos el dinero. Tú misma, es sencillo, muy sencillo.

—No tienes escrúpulos, nunca los has tenido. Sabes que no tenemos nada,

absolutamente nada. Si nos quitas la casa, si nos obligas a vender para darte tu parte, nos dejarás en una situación insostenible.

—Tienes veintiún años. Eres mayor de edad. Puedes hacerte cargo de la custodia de tu hermano, va siendo hora de que tomes responsabilidades. Llevas demasiados años a la sopa boba. Os habéis comido todo lo que mis padres han ganado en su vida, ¡todo! —gritó señalando el salón con su dedo índice y girando sobre sí mismo.

—Si nos dejas en la calle y no encuentro trabajo y otra casa, puedo perder la custodia de mi hermano, solo tiene quince años.

—Ese no es mi problema. Creo que ha sido mucho tiempo el que habéis vivido de mis padres, demasiado. Tú deberías llevar trabajando unos cuantos años. Pero no, la señorita quería ser enfermera, ¡manda cojones!

—Eran mis abuelos y nosotros los huérfanos de su hija, no lo olvides. No hemos vivido de nadie. Ellos eran nuestros abuelos. Cobraron y administraron la indemnización del seguro por el accidente. Con ello nos han mantenido estos años y se han pagado mis estudios.

—¡Ja! —exclamó irónico, con un hilo de baba en sus labios secos—, deja que me ría. Tu padre, el magnífico, el perfecto, resulta que no lo fue tanto. Se salió de la carretera y se metió debajo del camión. El conductor murió en el acto. Es que no te lo han dicho tus abuelos. ¡Claro! Se me olvidaba, ellos te dijeron que el camión con los fardos fue el que se salió de la carretera y se los llevó por delante. ¡Pobres víctimas de la mala suerte! Pero no fue así, tus abuelos te mintieron. Tu padre fue el responsable directo del accidente —dijo enfatizando el posesivo—. Es muy probable que mi hermana y él fueran discutiendo, como siempre y por lo de siempre. No hubo indemnización alguna, ni un céntimo. Tu padre, el santo, cometió un homicidio imprudente, pero homicidio —concluyó mirándome vengativo.

—¿Qué has dicho? ¡No vuelvas a repetir eso nunca más! —respondí gritando—. No voy a permitir que faltes a la verdad. No te voy a consentir que manches la memoria de mi padre —dije pegándome a él al tiempo que le quitaba de las manos un retrato de mi hermano y de mí que había cogido de uno de los estantes.

—La niña lista se nos enfada —dijo riéndose a carcajadas—. Has sacado el carácter del corredor de bolsa soberbio y ridículo que era tu padre. Un vividor sin escrúpulos, un mujeriego que hizo de mi hermana una pobre infeliz. Si ellos no te han contado la verdad, si tú con los añitos que ya tienes no te has molestado nunca en averiguar lo que pasó, no voy a ser yo el que te dé más datos. No soy tan malo como piensas, tengo mis razones y son de peso.

»Te doy seis meses para que busques un trabajo que te permita hacerte con la custodia de tu hermanito, el endeble tallador de madera. Por cierto, deberías llevarlo al médico, está demasiado famélico y eso afecta al cerebro. Deberías saberlo, ya que has estudiado tanto.

—No te metas con mi hermano, él no tiene nada que ver en todo esto. No pienso irme de la casa, no pienso vender. Tendrás que echarme a puñetazos —le respondí

desafiante.

—Esta es una copia del registro. No hay testamento. Y una última cosa, guapa, búscame el cofre de plata de mi madre, donde guardaba las joyas. Sé que lo tienes tú. Quédate con los papeles manuscritos que hay dentro. Imagino que ya los has leído, ¿verdad?

El mundo se me vino encima. Miré hacia el porche para comprobar que Bastián seguía allí, ajeno a nuestra discusión, y le respondí con todo el odio que había contenido durante años:

—Eres despreciable, mezquino, inhumano. No mereces haber nacido —le dije rabiosa, enfurecida—. Te juro por mi vida que si le dices algo a mi hermano sobre el contenido de los papeles te mataré, ¡lo juro!

Ayala

Me habló de su soledad, del aislamiento del que su hermana y él habían sido objeto por parte de la familia de su madre. Sobre la muerte de sus padres en un accidente de tráfico cuando él tenía solo cuatro años, el mismo día de su cumpleaños. Dijo que apenas tenía recuerdos de ellos, únicamente alguna imagen suelta de su madre con el pelo recogido en un moño bajo. Cantó para mí, con una voz profunda y melancólica, mirándome fijamente a los ojos, *Alfonsina y el mar*. Dijo que era una de las pocas cosas que recordaba de su madre porque solía cantársela a él y a su hermana. La canción y el sonido único y característico del disco de vinilo bajo la aguja del reproductor eran los recuerdos más vivos de su infancia. Después su memoria le conducía a su hermana Samantha. Ella era quien le arropaba por las noches con una sonrisa lánguida en sus labios, con la mirada pendiente de cualquier cambio de color de sus mejillas o de que no le faltase calor cuando en invierno la casa se quedaba helada y había que dormir con pijama de franela, gorro y calcetines de lana. Me dijo que tal vez había elegido la profesión de enfermera porque se había dedicado toda la vida a cuidar de él y de sus abuelos. Me habló de su abuelo, un carpintero ebanista que también tallaba la madera y hacía trabajos de marquetería con los que ganó reputación y oficio. Él le enseñó a tallar en los atardeceres del estío, bajo la luz de la luna llena. Me contó la visión de la jirafa blanca que vio sentado en el porche de la casa.

Me comentó un tanto apesadumbrado que había estudiado Económicas por decisión de su hermana. Ella le había pagado la carrera fuera de España, allí, en Italia, sacrificando su vida. Me confesó, decaído, que lo que verdaderamente le gustaba eran las letras, la literatura, y que estaba escribiendo una novela. Que su sueño era publicar y que estaba seguro de que algún día lo conseguiría. Que había nacido para ello.

Yo apenas le hablé de mí. Quería viajar y pintar. Pintar y viajar, daba igual el orden. Formar parte de una ONG y tener hijos, muchos hijos. En aquellos años mi vida eran mis cuadros y mi único anhelo era estudiar Bellas Artes. Quería ser como Cósimo, mi duende, mi rey, el padre que no había tenido. El príncipe azul del cuento que apareció en una feria, en un mercadillo de artesanía de la maravillosa Toscana, como por arte de magia, con aquel extraordinario cuadro cubierto del rojo intenso de las amapolas. Le dije que mi madre era intransigente con mi decisión. Ella quería que estudiase una carrera con más salidas. Reconocía mi talento innato y disfrutaba viéndonos a Cósimo y a mí pintar juntos. Le gustaba mirarnos cuando él sujetaba mi mano y la guiaba dando los últimos toques con el pincel al óleo. Pero ella, a pesar de reconocer mi talento, quería que estudiase Filología. Amaba las letras, todo lo relacionado con la literatura, con la lengua, algo que ella jamás había dominado, y

estaba obsesionada con que a mí no me pasase lo mismo. Le dije que Cósimo no era mi padre biológico, pero que para mí siempre lo sería porque le quería con toda mi alma desde el primer día que le vi. Que llevaba sus apellidos no solo en los papeles oficiales, también en cada una de las gotas de sangre que corrían por mis venas.

Y nos reímos, nos reímos hasta llorar, pensando en lo absurdo que era todo aquello. Nuestras familias habían escrito un futuro para nosotros que no era el nuestro. Y nos prometimos cumplir nuestros sueños. Él escribiría y yo pintaría. Y viajaríamos, viajaríamos a África porque a los dos África nos llamaba poderosamente, era nuestro destino. Y, como cualquier pareja de enamorados, de jóvenes encelados, prometimos no separarnos jamás. Sellamos nuestro amor en uno de los bares de copas del pueblo. Su dueño tenía una de las paredes como si fuese una especie de mural en donde los jóvenes universitarios y los no tan jóvenes enamorados hacían un dibujo pequeño que inmortalizara de alguna forma su amor y los días que habían pasado juntos. Casi todos los dibujos eran de corazones, hasta que Bastián y yo pintamos dos amapolas unidas por sus tallos. En sus pétalos, nuestras iniciales. Desde aquel día, el blanco impoluto de la pared del local fue poco a poco llenándose del rojo de las amapolas que los enamorados iban dejando. Multitud de iniciales acompañaron a las nuestras, dándole al tabique el aspecto de un campo de amapolas lleno de vida, de lo más hermoso de la vida: el amor. Sé que aún siguen allí. El nuevo propietario restauró el local, pero dejó el tabique del amor, como lo llamaban, tal y como estaba, y habilitó otro para el mismo fin. Los enamorados pueden dejar la huella de su idilio con el único requisito de que los dibujos sean solo de amapolas. La flor que más se parece al amor: frágil, bella y anárquica como él.

Durante aquellos meses fui feliz, feliz en el sentido más literal de la palabra, más exacto. A pesar de las advertencias de Tommaso, el casero, lo fui y cerré los ojos a sus palabras, que no me dejarían vivir; sentir. Aquellos días estaban hechos para ello, para perder los sentidos sobre los campos de cultivo, en los claroscuros del atardecer, en el brillo de sus ojos o en la quietud de sus párpados cerrados tras hacer el amor. Desnudos uno sobre el otro, acariciándonos, corriendo por el campo perseguidos por *Piero*, que ladraba casi desquiciado al ver que no parábamos. Y que, finalmente, agotado y sediento, con la lengua fuera, bebía del agua que salía de la manguera del riego. Luego se recostaba bajo la furgoneta destartalada, dejando que hiciésemos el amor llevados por nuestro deseo incontrolado de sentir placer juntos.

No tuvimos en cuenta su edad y la mía. Él podía disponer de su futuro, hacer y deshacer a su antojo, yo no. Solo tenía diecisiete años, era menor y mis andanzas, mis deseos, estaban sujetos a la voluntad de mi madre y de Cósimo. Ambos jamás supieron nada de mi embarazo. Desde que tuve certitud plena de que estaba embarazada pensé llevarlo a término, no decírselo hasta que ya estuviese avanzado, así no habría marcha atrás. Quería tener aquel hijo, deseaba tenerlo con toda mi alma. Sabía que para mi madre supondría un disgusto, como si Dios no hubiese escuchado sus plegarias: no quería por nada del mundo que yo fuese madre soltera como lo

había sido ella. No quería que sufriese la soledad a la que ella había estado expuesta durante mucho tiempo. Luchaba por que mis ojos jamás tuviesen la amargura de la ausencia que tiñó los suyos, que les confirió aquella mirada semiapagada y nostálgica que nace del desamor. Del desconsuelo que le produjo la ausencia de mi padre, el hombre del que siempre estuvo enamorada.

—Si sus padres se enteran, no la dejarán salir de casa ni una tarde más —me advirtió Tommaso—. Sé que el joven estudiante le gusta, pero es mucho mayor que usted, mucho más. Usted es una niña, solo es una niña. Él es apuesto, lo sé, pero como todos los estudiantes es frívolo y despreocupado. Terminará su carrera, aprobará las asignaturas pendientes en septiembre y se marchará a su país. No volverá a saber nada de él. Tenga cuidado, señorita Ayala. Sus padres la adoran y es usted una joven con mucho futuro. No lo estropee...

Nos descuidamos, volvimos a descuidarnos con la hora y Tommaso fue en nuestra busca. *Piero* le encontró antes a él y le condujo hasta la furgoneta. Estábamos dormidos, profundamente. Tanto que no escuchamos los ladridos de *Piero*. Tommaso, con cuidado y avergonzado, tocó uno de mis pies. Di un brinco, desnuda, como Bastián, y le vimos frente a nosotros. No dijo una palabra, se dio la vuelta y esperó de espaldas a que me vistiese. Bastián se quedó en la furgoneta, no se atrevió a salir de ella.

Caminamos en silencio hasta la masía. Mi madre y Cósimo esperaban sentados en el porche, preocupados.

—Ya les dije que seguro que se había descuidado con las jóvenes del pueblo. Estaban tan tranquilas en la terraza del bar, como si fuese mediodía —dijo Tommaso disculpándose—. Estos jóvenes no tienen medida, para ellos el tiempo y las responsabilidades no existen...

El día que tuve la hemorragia estaba sola. Mi madre y Cósimo se marcharon sin mí porque les dije que la comida no me había sentado bien y prefería quedarme en casa. Cuando los dolores fueron en aumento tuve que llamar a la mujer de Tommaso, no sabía qué hacer, qué me pasaba. Ella lo supo al instante:

—¡Hija de mi corazón! Esto es un aborto espontáneo. ¡Dios mío, pequeña! ¿De cuánto tiempo estás embarazada?

—Tengo una falta —dije llorando—. Mis padres no pueden enterarse de esto, ¡por favor!, se lo suplico, no pueden enterarse, mi madre se moriría del disgusto, se moriría...

Jamás podré agradecerles lo que hicieron por mí. Ni a ellos ni a la matrona que me atendió en su casa. Mi madre y Cósimo nunca supieron nada.

Permanecí en cama dos días. Mi madre no se extrañó, ya que mis dolores de ovarios eran regulares todos los meses y aquella no era la primera vez que tenía que guardar reposo. Cuando me recuperé volví a ver a Bastián. Lo hice a pesar de las malas caras y los reproches de Tommaso y de su mujer. Al comentarle lo sucedido, su expresión se tornó diferente ante mí. Esperaba un abrazo, una muestra de tristeza, de

la pena que a mí me comía las entrañas, pero él pareció no reaccionar, como si estuviese perdido, como si se alegrase y entristeciese al tiempo.

Al día siguiente me marchaba de la Toscana, volvíamos a Tenerife. Quedamos para despedirnos, para concretar nuestro encuentro en España, pero Bastián no acudió a la cita. Le esperé toda la tarde dentro de la furgoneta, llorando desconsolada, con *Piero* tumbado sobre mí. Le dejé el dibujo de la jirafa, de su jirafa blanca, que le había hecho durante los dos días que permanecí encamada, entre los asientos, arrugado por mi furia, por el desamor que sentí en aquel instante, mientras acariciaba mi vientre vacío. A pesar del dolor que sentía, de su ausencia, en lugar de dejarle de amar, sentí que le deseaba, que le quería más que nunca.

Antes de marcharme le di a Tommaso mi dirección en Tenerife y el número de teléfono de la casa en Tejina para que si Bastián volvía se lo entregase, pero Tommaso, llevado por su instinto de protección hacia mí, por el cariño que sentía, no se lo entregó.

Tommaso actuó sin maldad, llevado por su racionalidad y olvidando lo más importante: que el destino es ineludible. Él no sabía que Bastián y yo estábamos condenados a encontrarnos y perdernos. El nuestro era un amor penado, pero fuerte como una tempestad, como una tormenta perfecta capaz de arrasar todo lo que se interpusiera en su camino. Capaz de deshacerse como un huracán, de golpe, y volver a surgir del mismo modo una y otra vez en lugares y fechas diferentes. Un amor puro, salido de nuestras entrañas, incontrolable y, desgraciadamente, estigmatizado.

Bastián

Aquel día, en África, faltó la lluvia. Una lluvia tormentosa como la que cayó aquella tarde en la Toscana, cuando hicimos el amor por primera vez. La tormenta nos llevó a buscar cobijo dentro del aquel vehículo que más tarde se convirtió en nuestro lugar de encuentro diario.

En nuestro reencuentro en Tanzania faltó el olor a tierra mojada, a sueños, a libertad, y el viento cargado de iones que presagia la lluvia. Aquel viento que movía su pelo largo y tapaba por instantes sus labios y sus ojos. Aquel viento que me permitió llevar mis manos a sus cabellos y retirarlos de su cara, de su boca. Tras hacerlo la besé por primera vez.

En África, aquel día, no había viento. Hacía un calor seco, cargado y claustrofóbico que se hizo insoportable tras escuchar sus palabras: nos casamos en septiembre. Y el cielo estaba yermo de nubes. Solo existía el sol. Sus rayos lo poseían todo sin piedad, hasta mis sentimientos que parecían abrasarme por dentro. Cerré los ojos unos segundos, buscando cobijo, aislamiento, e imaginé los campos verdes de la Toscana, las amapolas, el tabique del amor donde dejamos nuestro dibujo. A ella y a *Piero* ladrando tras de mí. Su risa, los latidos de su corazón y sus pechos desnudos sobre los que apoyaba mi cabeza después de hacer el amor. La recordé bebiendo agua de la manguera del riego, mientras el líquido sobrante caía sobre el suelo y mojaba sus pies descalzos, embarrándolos momentáneamente. Hasta que yo se los lavaba.

—¡Felicidades! —acerté a balbucear tras su anuncio de boda.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó tocando mi espalda con sus manos en una caricia que me estremeció.

No sé bien si en ese momento tenía ganas de llorar o de abrazarla y gritar, gritar que la quería con toda mi alma. Que siempre la había querido y que jamás podría dejar de hacerlo.

—Sí, estoy bien, es el calor —dije pasándome la mano por la frente, al tiempo que la miraba muerto de pena por dentro. Embargado por un sentimiento tan doloroso como difícil de explicar.

—Vamos, la tienda está ahí mismo. Será mejor que hablemos allí y no nos movamos durante un rato largo. Hasta que te encuentres mejor. Seguro que es un golpe de calor. Lo mejor es que tomes líquido ahora mismo.

Permanecí unos minutos en silencio, bebiendo y pensando por qué nos habíamos vuelto a encontrar si su destino y el mío parecían tomar senderos muy diferentes.

—Dime, ¿qué ha sido de ti durante todos estos años? Cuéntame —me dijo ofreciéndome un vaso de leche fresca.

—Antes, mi vida eran los estudios, ¿recuerdas? —dije sonriendo—. Pues ahora es

mi trabajo lo que absorbe todo mi tiempo. Fuera de ello las cosas no han cambiado mucho. Aún vivo con Samantha. Estoy pensando en independizarme, pero no encuentro el momento de hacerlo. Estamos bien juntos. Ella es feliz teniéndome cerca. Ya sabes, es como mi madre.

—Me hubiera gustado conocer a tu hermana —dijo en un tono ahogado mientras entrábamos en la tienda.

—A ella también. Le hablé de ti, aún sigo haciéndolo. Me dijo que te buscara, pero fui un cobarde y después, después, Ayala, pasaron los meses, los años, y pensé que era demasiado tarde para volver a entrar en tu vida. Que habrías cambiado. Me dejé llevar, creí que te olvidaría, que lo nuestro era solo un amor de adolescentes. Me echó para atrás tu edad; eras menor y tuve miedo. Me sentí incapaz de enfrentarme a los problemas que supondría nuestra diferencia de edad. Pensé que podría olvidarte, pero me equivoqué... Aún te quiero. Te quiero como entonces, nunca he dejado de hacerlo. Creo que jamás podré querer a nadie como te quiero a ti.

—Yo también te quiero, Bastián. La nuestra fue una historia maravillosa. A pesar de todo, aunque no me llamaste ni hiciste nada para localizarme, y lo tenías fácil porque te hubiera bastado con ir a Tejina. Fuiste mi primer hombre, mi primer amor —concluyó acariciando mis labios como lo hacía entonces.

—Ayala, aún sigo enamorado de ti.

Calló y yo creí morir por dentro durante aquel silencio, mientras la miraba y ella esquivaba mis ojos mirando al suelo cabizbaja.

—Son demasiadas cosas las que han sucedido, Bastián, demasiado tiempo el que ha pasado. Yo era una niña, solo una niña. Todo es tan diferente, ¡tanto! Quiero a Anthony. No sé si le quiero como te quise a ti, creo que no, pero le quiero y él me quiere —cogió mis manos entre las suyas y las besó—. Son manos de escritor, no de mediador financiero. Mucho me temo que dejarás otro amor por el camino si no tomas la pluma en vez de la calculadora —apostilló sonriendo como solo ella sabía hacer—. En esta vida, lo más importante es no traicionarse a uno mismo y tú lo estás haciendo. Siempre lo has hecho. Espero que cambies algún día y que no sea demasiado tarde.

Sonreí, con desgana, con el deseo contenido de volver a tenerla entre mis brazos. Con la herida sangrante que sus palabras me producían porque eran ciertas, tan ciertas como el amor que sentía por ella.

Me sentí pequeño a su lado, como entonces, en Italia, cuando ella me sonreía y me llamaba crío. Ella, que era una niña, una niña vieja, pero niña.

—Siento no haberte buscado. Es algo por lo que estaré arrepentido el resto de mi vida. Si ahora te he incomodado, te ruego me perdones —le dije mirándola fijamente.

—Tú jamás podrás incomodarme, eres especial para mí, siempre lo serás, lo sabes, pero ahora todo es diferente. El tiempo ha pasado y hay otras personas importantes en mi vida.

Hubiera dado cualquier cosa por besarla en aquel instante, por cogerla en brazos y

llevármela conmigo.

La expedición regresó entrado el atardecer. Durante aquel tiempo hablamos de nuestras vidas, de lo diferentes que eran y habían sido. Pero ninguno se atrevió a comentar nada sobre lo que podrían haber sido de haber permanecido juntos. Adiviné en sus ojos, en sus palabras y en sus gestos que a ella también le hacía daño recordar. Sentía la misma añoranza.

—Aún sigo viviendo en Tejina —me dijo mirándome de aquella forma especial, como lo hacía en la Toscana años atrás—. El pueblo de los tres corazones, ¿recuerdas? —Asentí con un movimiento de cabeza sin dejar de mirarla, sin poder dejar de hacerlo ni por un instante—. Espero que vengas a verme alguna vez.

»Como sabes, mi madre perdió la visión por el azúcar. Es una pena que no pueda conocerte, que no pueda verte, pero sé que le gustará escuchar tu voz. Terminé contándole lo nuestro. No le hablé del embarazo; Cósimo se habría enfadado y hubiera ido a buscarte, estoy segura de ello. Ellos habrían sufrido innecesariamente —verbalizó con cierto aire de tristeza.

—Y Cósimo, ¿cómo está? ¿Sigue pintando?

—Falleció. Le echo en falta todos los días. Cada vez que veo una amapola, o escucho el tintineo de los móviles en la terraza del restaurante. Cada vez que le doy el último toque a un lienzo echo en falta su mano sujetando la mía. ¿Sabes? Aquello, el que retuviese mi mano en la última pincelada, el que terminásemos todos los cuadros juntos, los suyos y los míos, se convirtió en un rito, en algo mágico para los dos. Tal vez por ello me cueste tanto terminar las pinturas, porque me falta su mano, su calor. Me falta él. Bastián, le echo tanto en falta, ¡tanto!

—¡Lo siento! —exclamé bastante afectado por ella, porque yo sabía lo que significaba su pérdida. Cósimo era más que su padre adoptivo, mucho más.

—¿Recuerdas que te pedí un trozo de tela de tu vaquero? ¿Que te negabas a dármelo? —Asentí con un gesto afirmativo de cabeza, sonriéndole con ternura—. Era para mi manta. La manta de la familia, mi madre lo cosió a ella.

—¿Para una manta?

—Es una tradición familiar. Mi madre tiene una manta que ha pertenecido a su familia durante generaciones. Está compuesta por retales, trozos de tela que pertenecieron a los miembros de la familia. Mi bisabuela fue la precursora. Comenzó la manta con un trozo del uniforme militar de mi bisabuelo. Mi abuela continuó la tradición y cuando murió se la entregó a mi madre, su única hija. Cada vez que una persona entra a formar parte de la familia se añade un trozo. También se hace con las prendas importantes que se han utilizado en acontecimientos relevantes. Hay un pedazo del traje de mi bautismo, de mi comunión y de los vaqueros que llevaba el día que me licencié. En ella también está lo único que mi madre conserva de mi padre biológico: un trozo de una de sus camisas.

»Cuando era pequeña y me ponía enferma me cubría con ella. Decía que la energía, el alma de nuestros familiares, estaba en cada pedazo de retal y que ellos, a

través de la manta, me protegerían y me pondría bien y... así era. Me recuperaba milagrosamente. Para ella es una forma de que el recuerdo de los seres queridos permanezca vivo, como lo era para mi bisabuela, que sufrió tanto con la muerte de su esposo. Ella buscó una manera de inmortalizarlo en aquellos retales y lo consiguió.

—Es una tradición preciosa y original.

—Lo sé. Aunque no formabas parte de mi familia, mi madre cosió el trozo de tu vaquero a ella porque formas parte de mí —me dijo sonriendo—. Siempre quise tenerte cerca —dijo con voz entrecortada—. ¿Sabes? Aún no hemos sido capaces de coser el trozo de Cósimo, el que él eligió para cuando se fuese. Lo recortó de uno de sus cuadros y nos lo dio dos meses antes de morir.

»Es una sensación extraña la que sentimos las dos. Como si al hacerlo él fuera a alejarse para siempre de nuestras vidas. Creemos que aún está con nosotras en la casa. Escuchamos sus pasos, percibimos su presencia y su olor, incluso algunos de sus utensilios de pintura cambian de sitio sin que nadie los haya movido. Tal vez solo forme parte de nuestra imaginación, no lo sé, pero mi madre y yo tenemos miedo de coser el trozo de lienzo y no volver a sentir su presencia. De que nos abandone del todo...

—Creo que si Cósimo quería que añadierais el pedazo de lienzo, debéis hacerlo, Ayala, aunque os cueste. El recuerdo es lo que hace que nuestros seres queridos no mueran nunca. Cada vez que te arropes con la manta, cada vez que veas el trozo de su lienzo, él estará contigo.

»¡Toma! —le dije sacando la talla de la jirafa blanca de mi mochila y dándosela—. Quiero que la lleves tú. Siempre ha sido tuya. Ella nos unió.

Cuando Anthony entró en la tienda ella estaba llorando y yo la abrazaba:

—Siento interrumpiros —dijo en un tono nada sincero—, pero te buscan fuera los del safari —concluyó, saliendo de la tienda como había entrado. Ahora sin mirar a Ayala.

Su cara me recordó a la de Tommaso cuando nos sorprendió en la furgoneta desnudos, dormidos y ajenos a todo. Miré a Ayala. Ambos sonreímos con nostalgia. Nos sonreímos a los ojos, mirándonos fijamente, sintiéndonos por dentro. Ella apretando la pequeña talla con sus manos, entre ellas. Tal vez no debí hacerlo, pero me acerqué a ella y la besé.

Anthony se había dado la vuelta y nos observaba desde fuera. Sé que lloraba porque sentí su llanto aunque no derramase ni una sola lágrima.

Samantha

Después de la muerte de mi abuela y el enfrentamiento con mi tío estuve varios días caminando ausente por las calles del pueblo. Durante cinco días, todas las mañanas, iba hasta el lugar donde estaba la cruz que mis abuelos pusieron en recuerdo de mis padres, donde ocurrió el accidente. Caminaba varios kilómetros con un ramo de flores en las manos que colocaba en el arcén, al pie de la vieja cruz oxidada y torcida, cansada de permanecer allí, en soledad, tantos años como el estandarte de una desgracia. Llegué a amontonar cinco ramos de flores, uno por día.

La gente me observaba cuando salía del pueblo. Con las flores en la mano, cabizbaja, mirando al suelo, evitando así, en la medida de lo posible, tener que intercambiar saludos o responder a alguna pregunta sobre mi estado anímico. Llegó un momento en que las muestras de condolencia, los pésames, me resultaban insoportables y acrecentaban mi dolor. Muchos se paraban para mirarme con una expresión de pena y angustia en sus ojos. Me saludaban y al ver que no les respondía cuchicheaban entre ellos. Cuando llegaba a casa, justo antes de que mi hermano regresara para el almuerzo, me paseaba por los dormitorios como si hubiese dejado de pertenecer a este mundo. Era la viva imagen de un fantasma perdido, colgado entre lo material y lo inmaterial, entre la vida y la muerte. Iba de un sitio a otro buscando un rastro de ellos, de mis abuelos y mis padres. Un perfume, una ropa, y el recuerdo que ello me traía. Cualquier cosa me servía para cerrar los ojos y pensar que al abrirlos, ellos, los cuatro, estarían allí, que todo era producto de una maldita pesadilla. Creo que el duelo que viví entonces fue el que no hice cuando perdí a mis padres. Entonces, cuando ellos murieron, sentí un dolor inmenso que me desgarró por dentro, que derribó los cimientos de mi vida y mis convicciones morales. Pero la rabia que sentía por su muerte, unida a la preocupación por mi hermano, pudo frente al sufrimiento que me causó su pérdida repentina. Aparqué mis sentimientos, la necesidad de llanto, de mudez y soledad, de luto, y seguí adelante por él.

Perdí varios kilos, me salieron ojeras y mi rostro tomó una expresión cadavérica: de piel cetrina y rasgos perfilados al extremo. Los pantalones me bailaban, las camisas parecían dos tallas por encima de la que me correspondía. Dejé de escuchar música, de leer, de estudiar, abandoné el cuidado de las plantas de mi abuela... Como si fuese una autómatas, un ser sin alma, me limitaba a desarrollar las tareas más básicas e imprescindibles para que mi hermano estuviera bien. No hablé con nadie sobre mi situación, sobre la losa que llevaba a mis espaldas.

Compartir aquello, decir que mi tío prácticamente nos echaba de la casa, me daba vergüenza. Me producía una tristeza infinita e insoportable. Me hacía daño, un daño espantoso que, unido al contenido de los papeles que mi abuela me había entregado

antes de morir, era el dolor más grande e inaguantable que había sentido hasta aquel momento. Al leerlos, todo se deshizo por unos instantes. Mi pasado, mi vida, la de mis padres, se desbarató como un castillo de arena llevado por el oleaje de una tempestad. Nada era lo que yo creía, lo que había vivido, lo que me habían dicho. Todo era una gran mentira. Al leerlos, después de la muerte de mi abuela, sentí odio hacia ella. No entendía por qué no los había quemado, por qué había esperado tantos años para entregármelos. Su único fin debía de ser el odio, un odio que jamás tuvo la valentía de reconocer. Pensé que ella tampoco era la persona que yo había creído, en la que había confiado. Si nos hubiese querido, a mi hermano y a mí, aquellos papeles habrían desaparecido cuando mis padres murieron. Habría sido lo más decente, lo adecuado. Lo más honesto por su parte. Si ella no nos quería, al menos debió tener en cuenta el cariño que nosotros le profesábamos. Su actitud me dolió tanto como su muerte.

«Tu tío no es capaz de haceros eso —dirían todos—. Sois sus sobrinos. Os adora». Eso dirían algunos; otros, estaba segura, especularían sobre los motivos para que él, mi tío: el católico, el buen pastor, el hijo perfecto, nos dejara en la calle. Después se decantarían por él, le excusarían diciendo que el pobre tenía motivos de peso para actuar de aquella forma. Aunque reconocieran que nuestra situación no era justa, le excusarían. Aunque el fin nunca justifica los medios, él terminaría siendo la víctima y su fin, un motivo de peso. Incluso algunos se atreverían a reprocharnos hablar mal de nuestro tío porque eso, la consanguinidad, le daba derecho a ser una mala persona con los suyos y que estos se lo perdonaran. Estábamos obligados a omitir su falta de escrúpulos y humanidad. El credo de siempre, la falsa doctrina familiar.

Se labró una reputación. Desde que tengo uso de razón recuerdo su empeño, su constancia en quedar bien con todas las personas ajenas, con la gente de la calle antes que con los suyos. La sonrisa de su cara con los vecinos, que tras cruzar el umbral de la casa se convertía en una mueca de desprecio hacia nosotros. Fuera éramos sus niños, los hijos de su hermana fallecida, los huérfanos a los que cuidaba y por los que velaba. De puertas adentro, los okupas, como bien nos definió el día del entierro de mi abuela. Su doble personalidad, su falsa moral, me hizo un daño irreparable durante demasiados años, durante toda mi juventud, marcándome y estigmatizándome para siempre. Dios, su Dios, seguía estando de su parte, siempre lo había estado. Su ministro, el párroco, tampoco lo abandonó. Se decantó por él, por su falsa moral y su cara de beato, desde el primer momento. Y, por supuesto, por sus donaciones a la parroquia. Días después del entierro de mi abuela, me visitó para ofrecerme su ayuda:

—Tu tío, querida Samantha, está pasando un mal trago, muy malo. La muerte de tu abuela ha supuesto un duro golpe para él. Tardará en superarlo. Para mayor inri, ahora está la venta de la casa. Se ve obligado a ello. Le hubiera gustado no tener que venderla. Estas paredes significan mucho para él, ha pasado en ellas media vida, pero no le queda más remedio. Me visitó ayer para decirme lo apenado que estaba por

vosotros. Quiere llevaros a su casa, pero dice que tú te has negado. ¿Es eso cierto, hija mía?

Me dirigí a la cómoda, saqué los papeles manuscritos que mi abuela me había entregado días antes de morir, los que guardaba en el cofre con las joyas que mi tío me reclamó, y tendiéndoselos le dije:

—Usted sabe lo que contienen estos papeles; lo sabe, ¿verdad?

Él, ruborizado, no quiso cogerlos y retiró mi mano.

—Lo sé, hija, claro que lo sé, pero no puedo hablar de ello, es secreto de confesión. Tienes que entenderme.

—Pues no, no le entiendo, jamás lo he hecho. Tampoco creo que sea necesario hacerlo, al menos para mí. La actitud de mi tío no es más que el resultado de esto —dije zarandeando los papeles frente a sus narices—. La de mi tío y la de mis abuelos, y creo que la permisividad que usted les da a sus actos también es consecuencia de ello. Pero claro, él es uno de sus fieles, una de sus ovejas, maleducada y de alma sucia como el carbón, pero su oveja y uno de sus benefactores.

»Es una mala persona, siempre lo ha sido. Por mucho que asista al oficio todos los domingos, por muchas confesiones que haga, o por mucho que aporte en donativos, es una mala persona y jamás le perdonaré lo que ha hecho con nosotros, ¡jamás! Usted y su Dios tampoco deberían hacerlo —dije bastante alterada. Llorando de rabia e impotencia.

—Samantha, no digas eso. Hija, entiendo tu dolor, pero es tu tío y debes entender que se ve obligado a tomar una decisión como esta, tan dura para todos. Si no fuese así, si no le urgiese, estoy seguro de que la casa no tendría que venderse. Es un buen momento para hacerlo. La vuestra es una de las pocas que aún quedan sin vender en la zona. Hay muchas constructoras interesadas en el terreno. Sacaréis mucho dinero y seguramente dos pisos, uno para cada uno. No os quedaréis en la calle. Solo será un tiempo hasta que el edificio esté construido; mientras tanto, si no quieres irte a vivir con él, podrás alquilar un piso en la zona. Tranquilízate, todo saldrá bien —dijo abriendo sus brazos y dirigiéndose a mí con la clara intención de abrazarme.

Me aparté de él y volví a colocar los papeles en el cajón de la cómoda.

—En ningún momento nos ha ofrecido vivir con él. Es un mentiroso. Un falso. De todas formas, sepa usted que antes de irme a vivir con él prefiero pasar el resto de mis días debajo de un puente. Usted no sabe lo que nos ha hecho pasar, el desprecio que ha mostrado hacia nosotros durante todos estos años. Usted no sabe absolutamente nada y es el menos indicado para decirme cómo tengo que actuar con él. El menos indicado.

—No, hija mía, no lo sé, pero hablaré con él, no lo dudes. Si te he molestado, te ruego me perdones. No era mi intención. Tienes mi apoyo, mi consuelo.

»Si necesitas asesoría para el tema de la venta de la casa y el reparto de los bienes, no dudes en pasarte por la parroquia. Te recibiré con los brazos abiertos. Sé que no eres creyente, pero eso es lo de menos, Samantha. Dios no hace distinciones

entre sus criaturas y comprende sus penas y sus desaires al igual que su dedicación a las Sagradas Escrituras. Para él todos somos iguales, todos. Creyentes o no, él siempre tiene sus brazos abiertos.

—No, no lo somos. Jamás lo hemos sido. Como en la vida, como pasa con el juicio del resto de los mortales, para Dios también hay distinciones. Somos tan parecidos a su Dios, que hasta cometemos los mismos errores que él. Unos tienen demasiado, se les perdona todo lo que hacen, y otros no tenemos nada y parece que estemos pagando un pecado del que no tenemos conciencia de haber cometido. No sé por qué hay tanto afortunado en sus filas, tanto rico. Creo que no es precisamente por su fe, sino por el miedo a perder sus fortunas. Estoy segura de que pasan el día pidiendo, rezándole a su Dios para no perderlas. Rezan solo por miedo a ello. Dios tendría que tener en cuenta ese detalle, debería hacerles una prueba de acceso a ellos y a ustedes, sus ministros. Ustedes deberían ser los primeros en separar el polvo de la paja. Así debería ser si se atuvieran a sus mandamientos.

—Samantha, Dios no es responsable del mal; lo son los hombres.

—Sí, padre, así es. Y usted no está fuera de esa culpabilidad, al menos en este asunto. Su ayuda llega demasiado tarde, hace años que tendría que haberse preocupado de nuestra situación.

»Mi padre era un cristiano modélico. Usted y su Dios le abandonaron. ¿Qué piensa, padre? ¿Que todo lo que hacen está bien y hay que perdonárselo u omitirlo porque son sacerdotes? ¿Es eso lo que piensa? Pues está muy equivocado. El malo lo es vista lo que vista y practique la religión que practique, sea familiar o no.

»Mi padre no se merecía su rechazo, el rechazo al que fue sometido por su familia y por su Iglesia, de la cual es usted embajador. ¡Qué vergüenza! Si Dios existiera, no se lo habría permitido. Usted sabe que hizo mal, que fue en contra de su propia doctrina. Lo sabe. Se guió por los prejuicios, y por esa falsa moral que oculta bajo su sotana, negra, negra como su conciencia.

El párroco agachó la cabeza, se persignó y, diciéndome adiós, se dirigió a la salida. No volví a verle nunca más.

La ilusión se me fue como la belleza de las flores recién cortadas tras pasar unos días dentro de un jarrón sin agua. Poco a poco y de manera irremediable fui perdiendo parte de mí, de lo que era y lo que había soñado ser. Los acontecimientos me convirtieron en una persona desconfiada, solitaria, falta de fe y de esperanza en la vida y las personas. Me ausenté de las clases. Dejé de asistir a la escuela de enfermería y me sumergí en una tristeza similar a la que sentí cuando mis padres murieron. Mi hermano acudía a sus clases con cierta normalidad, y cuando se marchaba el carácter que mantenía frente a él, más calmado y más vital, desaparecía. Me quitaba la máscara y lloraba, lloraba durante horas, sin descanso, sin tregua. Lo hacía por mis padres, por su pérdida, por mis abuelos, por la soledad que sentía desde siempre, desde que mis padres se fueron. Lloraba por los desagrazos de mi tío, por la falta de cariño, por la injusticia de la vida que nos había tocado vivir a mi hermano y

a mí y por culpa del dolor que me producía aquella gran mentira en la que había estado sumergida tantos años.

Cuando el párroco se marchó abrí el cajón de la cómoda, cogí los papeles y volví a leerlos. Miré la chimenea, dispuse la leña, la encendí y me preparé para quemarlos, para hacerlos desaparecer para siempre. Entonces, cuando estaba dispuesta a echarlos sobre las llamas, pensé en él, en Bastián. Él tenía derecho a conocer el contenido. No podía actuar como mis abuelos, no podía hacerle lo mismo que ellos me hicieron a mí. Cogí los papeles y los introduje en un sobre, lo cerré y lo guardé en un lugar seguro. Me prometí a mí misma que a pesar de lo que ello suponía, cuando estuviese establecido, cuando todo formase parte del recuerdo y el daño que podía provocarle su lectura fuese lo más nimio posible, se lo entregaría. En aquel momento me di cuenta de que mi actitud no era la adecuada; mi hermano se merecía que yo no le fallase en ningún aspecto, yo era lo único que tenía, y reemprendí mi lucha, dejando de lado los recuerdos y asimilando el dolor. Comencé a limpiar la casa. Vacíé los armarios, los cajones. Separé los objetos de valor de mis abuelos para que mi tío pasara a buscar lo que le correspondía. Dispuse todo para que no hubiese problemas al dejar la casa en sus manos.

Aún no sé si podré cumplir la promesa que hice aquel día. No sé si le entregaré los papeles a Bastián o terminaré destruyéndolos. Nuestra vida se complicó demasiado porque Dios, de existir, siguió sin prestarnos atención. Tal vez todo formaba parte de sus planes. No lo sé, lo único que sé es que el destino siguió jugando con nosotros al póquer del mentiroso, que aún sigue haciéndolo. Han sucedido muchas cosas que me han hecho replantearme el cumplir mi promesa. Mi hermano es mi as de corazones, lo que más quiero en este mundo. Por él incumpliría las leyes humanas y divinas si hiciera falta. De su felicidad, solo de ella, depende que me lleve el secreto a la tumba o que le haga partícipe. Me moriría de pena si por mi culpa él derramara una sola lágrima.

Dicen que las verdades a medias son las mayores mentiras: yo las prefiero.

Ayala

Le eché en falta durante muchos días, meses. Vi pasar las estaciones del año una tras otra, como Penélope, la chica de la canción de Joan Manuel Serrat, sentada frente a la estación, la de ella de trenes, la mía de autobuses. Pensaba que tal vez algún día llegaría en uno de ellos, se bajaría y volvería a sonreírme, a besarme... Y hablaríamos de lo mucho que nos habíamos echado en falta, me cantarían otra vez *Alfonsina y el mar*. Pero nunca llegó.

Todas las tardes, después de salir del instituto, me llevaba el bloc de dibujo y los lapiceros y me sentaba en uno de los bancos a pintar. De vez en cuando bajaba mi mano buscando instintivamente a *Piero*, añorándolo también a él. Sus ladridos, sus lametones, los golpes que me daba con el hocico para que le prestase atención. Echaba en falta el olor a vida de la Toscana, el olor que el agua del riego producía al caer sobre los cultivos empapando la tierra seca, el vuelo de los pájaros al atardecer... Entonces, unas lágrimas pesadas y dolorosas, como si en ellas cupiesen todo mi dolor y sus ausencias, resbalaban por mis mejillas. Algunas caían sobre las láminas y dejaban su marca en las pinturas, como si fuesen los estigmas del desamor que sentía.

Durante los primeros días, aparentemente, ni mi madre ni Cósimo le dieron demasiada importancia a mi actitud. Siempre he sido una persona independiente, de pocos amigos: «de escasa compañía», solía decir Cósimo. «Como todos los creadores», remataba siempre que mi madre me recriminaba la falta de amistades. Pero Cósimo adivinó algo más en aquellas escapadas diarias, en aquellos dibujos. Él pertenecía al mismo mundo que yo, era capaz de sentir a través de un gesto o una mirada lo que escondías en tu interior. Entraba en tu alma sin esfuerzo.

Pasé tantas tardes sentada en aquel banco de madera, observando la vida ajena, que podía predecir lo que se escondía tras los gestos de cualquiera de los transeúntes: si iban, venían, o si esperaban a alguien. Si estaban allí porque no tenían un sitio mejor para calmar o engañar su soledad. Y, sobre todo, presentía a los enamorados; todos llevaban prendida en su rostro esa expresión de vida corriendo por sus venas, de deseo, de necesidad de un beso que calmara la angustia de la espera: como yo. Utilicé diez blocs. En todos y cada uno de ellos había un retrato de él, de Bastián, entremezclado con los demás.

Los primeros dibujos eran claros y precisos, pero a medida que el tiempo fue pasando el dolor que sentía por su ausencia fue desdibujando sus facciones hasta convertirlas en una sombra que podía pertenecer a cualquiera. Seguía recordándole a la perfección, pero era incapaz de dibujarle. En el último dibujo su figura estaba de espaldas. Caminaba en otra dirección, alejándose de mí en aquella estación llena de deseos, esperanzas y vidas que iban y venían hacia algún lugar o a ninguna parte.

Aquel día, después de terminar el retrato en el que Bastián estaba de espaldas, lo firmé, amontoné todos los álbumes y los tiré en una de las papeleras. Después de hacerlo no volví a preguntar insistentemente cuando llegaba a casa si había alguna llamada para mí, ni a mirar el teléfono de soslayo, ni a sobresaltarme cuando sonaba.

Cósimo había visto mis dibujos y cómo a medida que pasaba el tiempo se iban perfeccionando, cómo se hacían más realistas y cuidados. Desde que comencé a pintar siguió mis pasos, cuidó cada uno de mis trazos y pinceladas. Levantó mi moral cuando caía al no conseguir un objetivo y me enseñó a pintar campos de amapolas, mis flores preferidas. Le sobrecogía mi destreza en los retratos. Cuando le enseñé el primero de los álbumes se emocionó visiblemente. Dos días antes de que yo tirase los blocs a la papelera en la estación se dio cuenta de que el retrato de Bastián estaba en todos. Preocupado, se lo enseñó a mi madre. Ella, al ver los dibujos, rompió a llorar. Iba pasando las páginas y lloraba, sin poder controlarse, a pesar de que Cósimo le decía que no era tan importante como ella suponía.

—Mi niña del alma, ¡mi pequeña! —exclamaba mirando los dibujos.

Quiso que fuese al psicólogo, pero me negué. Le prometí que terminaría el último álbum y no volvería a la estación. Le juré que pondría todo de mi parte para reanudar mi vida, para relacionarme con mis compañeros de clase y, aunque sabía que iba a ser imposible, le di mi palabra de que le olvidaría. Cósimo me apoyó.

Entonces su disgusto, su llanto, me pareció excesivo. El de una madre soltera que protege a su único vástago con demasiado celo. Que sufre por el desamor de su hija. Ahora, sabiendo lo que sé, entiendo el miedo que sentía, porque lo que sentía no era pena. Era miedo.

El día que me deshice de los dibujos, cuando llegué a casa, saqué de mi armario el trozo de tela del pantalón vaquero de Bastián y le pedí a mi madre la manta de los retales, la manta de la familia:

—Quiero coserlo a ella —le dije con el retal en la mano.

—Es de la familia... ¡Dios mío! Hija de mi vida —dijo sollozando—, no puedes pedirme eso. Me prometiste que le olvidarías.

—Mamá, él siempre formará parte de mí, siempre. Aunque no vuelva a verle. Le siento dentro, siempre le sentiré dentro de mí y eso es algo que no puedo remediar, que yo no controlo. Déjame que lo una a nosotros, ¡por favor! Es lo único que te pido, es el punto y final de todo. ¡Por favor! —le supliqué tendiéndole el trozo de tela azul marino. Llorando.

Ella, muerta de pena, sollozando, pálida y desencajada, lo cogió y se dirigió hacia el sitio donde guardaba el cesto de la costura.

No le olvidé, sabía que jamás podría hacerlo, igual que lo sabía mi madre, pero aprendí a vivir sin él.

Mi vida, a partir de entonces, dio un giro vertiginoso. Mi madre me mandó a estudiar a Barcelona, me licencié en Filología Hispánica y, tras hacerlo, volví a Tejina. Tras mi licenciatura tuve una oferta para trabajar en una editorial, pero

Cósimo estaba muy enfermo y la rechazé. El diagnóstico médico le daba pocos meses de vida y yo quería pasar todo el tiempo que le quedase a su lado, cuidándole. Unas semanas antes de morir me entregó los diez álbumes de dibujo que yo había tirado a la papelera de la estación años atrás.

—Siempre estuve allí. Cuidando tus movimientos —me dijo—, desde el primer día. Eres mi niña y siempre lo serás, no podía dejarte sola, allí, en aquel impersonal banco de madera, esperando a tu primer amor. Jamás te había visto tan triste como te vi entonces, y habría dado lo que fuera por hacer desaparecer ese dolor. Porque él hubiera vuelto, si eso suponía hacerte sonreír de nuevo, volver a sentirte viva. No te sentía, te habías ido, Ayala, no estabas. Era como si te estuviéramos perdiendo poco a poco. Pasamos miedo, Ayala, tu madre y yo pasamos mucho miedo, hija.

—Pero... Cósimo... cómo es posible —acerté a decir con voz ahogada antes de romper a llorar.

—No digas nada —dijo poniendo el dedo índice en mis labios—. Calla, princesa. Las palabras, la mayoría de las veces, son innecesarias... e incómodas —concluyó intentando sonreír.

—¡Gracias! No me creerás, pero me he arrepentido muchas veces de haberlos tirado, muchas —le dije buscando los retratos de Bastián en cada uno de los álbumes.

Él me observaba postrado en el sofá que tanto le gustaba, al que habíamos instalado ruedas para poder desplazarlo por la casa. El viento movía los visillos blancos y los móviles de la terraza sonaban con fuerza, presagiando la tormenta que se acercaba. A él, como a mí, las tormentas le gustaban. Observé cómo contemplaba el movimiento de las cortinas y cómo suspiraba para después inspirar profundamente el aire que olía a lluvia, a tierra mojada. Aquella fue la última tormenta que vio.

—¿Quieres que te saque fuera? Ya hay relámpagos y pronto comenzará a llover con fuerza —le dije sonriendo con pena, con angustia, con una rabia infinita porque presentía que le quedaba muy poco para morir y no quería que eso sucediera.

Asintió con un movimiento de cabeza y una sonrisa en sus labios secos por el efecto de las medicinas, ya casi marchitos de vida.

—Volverás a verle —me dijo cogiendo mi mano.

—No lo creo. Ha pasado demasiado tiempo. Ya no somos los mismos.

—Estáis predestinados —dijo tocando la manta de mi madre. La llevaba en sus rodillas desde que enfermó. Señaló el trozo de tela del vaquero de Bastián con uno de sus dedos—. Le uniste a tu destino. Quiero que me prometas que si vuelves a encontrarte con él, si ambos seguís sintiendo esa atracción tan especial, dejarás correr tus sentimientos y serás feliz a su lado. Que lo harás pase lo que pase y dure el tiempo que dure. Si el destino vuelve a unir vuestros caminos, si cuando lo haga aún le quieres y él te quiere, deja de lado todo y... ¡vive! La vida, Ayala, es saber vivirla, sin normas, sin concesiones absurdas a esta sociedad reprimida y obsoleta. Quiero que me lo prometas.

La lluvia comenzó a caer con fuerza, con una fuerza inusitada, como si el cielo

sufriera la pena que yo sentía en aquel momento y quisiera acompañarme en mi dolor. Me abracé a él y se lo prometí al oído, en un susurro lleno de amor, aunque con cierto recelo. Con una sensación de miedo extraña. Una sensación que, ahora lo sé, era premonitoria de lo que acontecería años más tarde.

—Tráeme el lienzo de los corazones y el cúter —me dijo—. Tengo que pedirte un favor, un último favor.

Entré en la habitación y le dejé en la terraza mirando cómo las gotas de agua golpeaban con fuerza los tejados. Cómo los relámpagos iluminaban el horizonte tinerfeño.

Cuando se lo di recortó la parte central del lienzo; en ella había dibujado un as de corazones.

—Quiero que lo cosas a la manta cuando me haya ido. Es mi corazón, siempre estará con vosotras, sois lo único que me ha mantenido vivo estos años...

El verano siguiente fue el primero que viajé a África con Anthony. Tal vez engañándome a mí misma, buscando a Bastián inconscientemente. Quizá queriendo, deseando con toda mi alma, cumplir la promesa que le hice a Cósimo: volver a vivir aquel amor, aquella pasión única. Quería aprender a vivir la vida, como él decía: solo hay que saber vivirla. Yo, hasta aquel momento, a excepción de los días que pasé en la Toscana, aún no había conseguido hacerlo.

Quizá, de haber sabido lo que hoy sé, aunque mi alma se hubiera roto en mil pedazos, habría hecho lo posible por que nuestros caminos no volvieran a encontrarse.

Nuestro amor está estigmatizado. Es una condena.

Bastián

La dejé allí, junto a Anthony. El polvo que levantaba el todoterreno fue desdibujando su figura y la de él, que tenía uno de sus brazos sobre los hombros de ella, apretándola contra sí mientras me miraba con desconfianza.

—Vente conmigo —le dije en un susurro, mientras nos levantábamos, antes de salir fuera de la tienda—. Sé que aún me quieres. Déjalo todo y emprendamos una nueva vida juntos. Dame otra oportunidad.

—No puedes aparecer y desaparecer de mi vida como lo haces —me respondió—. Esto es la realidad, Bastián, no tiene nada que ver con lo que vivimos en la Toscana. Esto es el presente y nuestras vidas son muy diferentes a entonces. No somos los mismos...

Pensé demasiadas veces en llamarla, en ir a Tenerife, a Tejina, pero me contuve. No estaba seguro de su reacción, de lo que podía suponer mi visita sin su consentimiento. Ella tenía razón. Lo nuestro había sido un amor de adolescentes, pasional, fuerte y profundo, pero que pertenecía al pasado, y yo no tenía derecho a interrumpir el curso de su vida, de su tranquilidad, de su futuro.

Los días que me quedaban de expedición se convirtieron en lo más parecido a una recopilación de sentimientos perdidos, a una antología de instantáneas del pasado. Comencé a tomar notas en una pequeña libreta. Aquellos textos fueron el comienzo de mi segunda novela.

Retomé mi trabajo en el bróker y volví a verme con Amelia, una de mis compañeras, casada desde hacía tres años y con la que mantenía una relación. Nos veíamos en un apartamento céntrico de la capital, a la hora del almuerzo. Era un bloque de varios pisos que se alquilaban por horas. Algunos eran clientes asiduos, como Amelia y yo. Otros solo iban de vez en cuando y con parejas diferentes. La discreción era el cimiento que sustentaba aquel negocio de citas. La mayoría de las parejas estaban casadas. El ascensor era como una línea de autobús regular en hora punta, terminabas coincidiendo y saludándote. Las primeras veces con recato y apuro; pasados los meses, con una sonrisa de circunstancias y, añadido a ella, un gesto de complicidad.

Amelia fue, en los inicios de nuestra relación, como un bálsamo frente a la mentira, a la falsa realidad que me rodeaba. En el bróker todo se reducía a hacer la mejor operación, a pagar la Fanta del jefe. Había muchos «pagafantas», la mayoría ocupando puestos de atrezo. Cargos que nadie sabía qué función desempeñaban dentro de la empresa, pero cuya nómina triplicaba la nuestra, la de los soldados rasos, los que se jugaban el tipo en primera línea de batalla por un mísero sueldo que jamás nos sacaría de pobres. Había que reír las gracias del jefe o callarse; no quedaba otra si

no querías formar parte de las listas del paro. Soportábamos las estúpidas bromas de los tesoreros, algunos de mala sangre e instintos demasiado básicos, subidos en una torre que años más tarde se desplomó bajo sus pies. Muchos días, las grabadoras que registraban las conversaciones telefónicas de las operaciones echaban humo buscando la confirmación de un cierre en el que el tesorero decía haber cerrado una cosa y tú afirmabas otra. De esa confirmación dependían tu puesto, tu salario y tu estado anímico, pero a él le importaba un carajo tu situación, el estrés generado. Tú y todos los que eran como tú, simples operadores, le importabais una mierda. Él tenía por alma el símbolo del dólar tatuado en su brazo junto a una mujer de pechos operados y culo prieto que le sonreía como algunos fieles sonríen a sus santos.

Se pasan tantas horas conviviendo con los compañeros de trabajo que terminas formando parte de sus vidas, incluso ellos saben más de ti que tu propia familia. Cuando la relación de amistad traspasa la línea de la confianza o el desahogo, que suele ser la mayoría de las veces cuando se trata de un hombre y una mujer, la relación se comporta como una amante pasional y hambrienta. Es entonces cuando comienzas a pensar que su mirada es más profunda y melancólica y te das cuenta de que, aunque no quieras, aunque intentes evitarlo, el roce de su mano al coger el bolígrafo que te prestó te excita. Cuando su voz al pasarte una llamada ha dejado de ser algo cotidiano para convertirse en un sentimiento que recorre tu corazón y tus vísceras, comprendes que ya no es lo de siempre, que lo último que quieres es ser su amigo. Prefieres que te ignore a ser su amigo. Así sucedió con ella.

La primera vez que la llevé a aquellos apartamentos, después de hacer el amor me sentí como un cabrón. Conocía a su marido. Un tío estupendo que la adoraba. Él no tenía nada que ver con nuestro círculo, el financiero. Era profesor de matemáticas en un instituto y ganaba, comparado con el sueldo de ella, una miseria. Pero su trabajo le permitía hacerse cargo de los dos hijos que tenían en común, mientras ella trabajaba y viajaba. También mientras se acostaba conmigo los días laborables, a la hora del almuerzo. Aquella práctica, la de los amantes, era algo común en nuestro círculo, tal vez demasiado común en aquellos años en los que el dinero bullía como las burbujas en un *jacuzzi*, sin esfuerzo. Si muchas de las mujeres de mis compañeros o mis jefes hubieran tenido conocimiento de las aventuras habidas, de que la mayoría de las mujeres que compartían mesa de trabajo con sus esposos también compartían cama, creo que el *boom* inmobiliario habría sido una memez comparado con el de los casos de divorcio que se hubiesen originado. Algunas de aquellas esposas lo sabían y otras lo presentían. Las primeras se acomodaban y las segundas lo sufrían al no poder demostrarlo. A más de una de aquellas amantes las vi regalando ramos de rosas en plena calle como si el hombre casado con el que se acostaban, con el que mantenían una relación sexual a la espera de algo más serio que jamás llegaría a ser, fuese la última Coca-Cola del desierto. Pero él era la última meada, como lo era yo. Como me sentía cada vez que me acostaba con Amelia, sabiendo que horas después lo haría con su marido y que él me consideraba el gran amigo de su mujer, su gran apoyo en el

bróker.

Lo nuestro fue como una involución. Primero fui su amigo, luego su amante y más tarde, después de regresar de África, intenté volver a ser solo su amigo. Para ella, a pesar de lo que sucedió después, seguía siendo el mismo, el hombre con el que siempre quiso compartir su futuro.

Los hombres somos diferentes. Considero un absurdo el término de la igualdad aplicado a todo en conjunto. Somos iguales pero diferentes a la hora de enfrentar la vida y las circunstancias. Nosotros somos más pragmáticos, más desprendidos y menos sentimentales en la mayoría de las circunstancias. En una relación extramatrimonial, la mujer termina enamorándose y queriendo romper con su vida. Nosotros difícilmente nos planteamos siquiera el hecho de dejar a nuestra mujer por nuestra amante, a no ser que sea ella, nuestra esposa, la que nos deje.

—Amelia, tenemos que hablar. ¿Podemos quedar el lunes para el almuerzo? —le dije dos meses después de regresar de África.

Era un viernes de octubre y llovía, llovía como si nunca antes lo hubiera hecho. Salíamos de una cena con clientes e íbamos los dos bajo su paraguas camino de la parada de taxis donde la dejaría para regresar a su casa. Le retiré el pelo que cubría su frente.

—¡Deja! —exclamó apartando mi mano.

A mí no me gustaba que el pelo le tapase los ojos, la frente, pero ella no podía vivir sin aquel flequillo liso sobre sus cejas.

—Entonces, ¿nos vemos el lunes? —volví a preguntar.

—Sí. Sabes que siempre te voy a responder que sí. Acércate —me dijo en un tono bajito—. Voy a pedirle a Marco el divorcio este fin de semana. Ya no puedo más —concluyó sonriente, aunque en sus ojos juraría que vi más de una lágrima retenida. Ella le quería, pero no estaba enamorada de él.

Nunca lo estuvo, pero lo ignoró hasta que nos acostamos la primera vez. Entonces supo que no estaba enamorada de su marido y yo creí que me había enamorado de ella. Y allí, en aquel apartamento de citas, el destino tejió una estúpida tela de araña sobre nosotros. Quebradiza, falsa y tan hiriente como los pedazos rotos del cristal de una bombilla.

Entró en el taxi sin esperar un gesto mío, una palabra, segura de sí misma y de la decisión que había tomado. No me dio tiempo a decir nada, ni tan siquiera a emitir sonido alguno. Cerró la puerta y, llevándose la mano a los labios, me despidió con un beso. Me quedé en la acera inmóvil, empapándome con unas palabras en mis labios, encajadas, sin poder ser pronunciadas, que me costó tragar, que volviesen dentro de mí: ¡No lo hagas!, grité hacia dentro. Tardé varios minutos en reaccionar. Después caminé sin dirección alguna hasta que me decidí a coger un taxi.

Mientras el vehículo circulaba camino de casa pensaba en ella, en Amelia, en el drama que iba a suponer nuestro próximo encuentro. En su llanto, en su dolor, y le pedía a Dios que se arrepintiera, que surgiese algo que le impidiese llevar a cabo sus

planes de separación. Pensaba en ella y, al tiempo, en el paquete que Ayala me había enviado desde Tenerife. Me llegó el jueves, el día anterior. Pensaba en los dibujos de los blocs y en sus palabras tras mi llamada telefónica a Tejina, en su voz trémula a través del auricular:

—Son unos álbumes preciosos. Unos dibujos que creo que deberías conservar. ¡Quién sabe! Tal vez cuando tengas hijos disfrutarán mucho viéndolos y tú contándoles nuestra maravillosa historia en la Toscana —le dije con nostalgia y un nudo en la garganta que hizo que mis palabras salieran un poco entrecortadas—. ¿Sabe Anthony que me lo has mandado? ¿Ha visto él mis retratos? Ayala, no quiero que tengas problemas por mi culpa, no me lo perdonaría...

—No me he casado, Bastián. La boda se suspendió.

—¿Estás bien? ¿Qué ha sucedido?

—No, bien no estoy.

—¿Puedo ir a verte? ¡Dime que sí! ¡Por favor! ¡Necesito verte!

—El tiempo no es muy bueno para volar —dijo el taxista sacándome de mi ensimismamiento.

—Cierto, pero hay veces que el tiempo es lo de menos. Tardaré unos minutos. Lo suficiente para cambiarme de ropa y coger los billetes —le respondí.

Él sonrió mirándome a través del espejo retrovisor con una expresión que me pareció extraña, como si supiera o adivinase adónde me dirigía, como si leyera mis pensamientos. En el espejo llevaba colgada una pequeña amapola confeccionada en tela. Cuando regresé, la flor ya no estaba.

Samantha

Es difícil dejar de lado los sentimientos, aunque estos sean contradictorios, confusos. Ellos se imponen siempre a la razón. Es arduo volver a comenzar una y otra vez, sola. Pero la vida te empuja a sobrevivir, a seguir adelante, aunque a veces sea por inercia, como lo es el movimiento de las agujas al tejer, una del derecho y dos del revés. Y luego la sisa, y después el escote, hasta que sin darte cuenta has formado un delantero con el que proteger tu corazón y tu alma.

Mi padre no tenía familia, se crio en un orfanato, esperando día tras día que alguna familia lo acogiese. Nunca sucedió. Tenía cinco años cuando lo dejaron allí, confuso, acobardado y solo. Era demasiado mayor para que una familia lo adoptase. Ya tenía carácter, personalidad propia y recuerdos. Había que reeducarlo. Las parejas querían cachorros recién nacidos, criaturas sin hábitos, pero sobre todo sin recuerdos. De aquella forma eran más suyos, fáciles de reprogramar, más moldeables entre sus dedos fríos y cruelmente selectivos.

Pocas veces habló de ello. Jamás lo hizo conmigo, pero sí con mi madre mientras yo, llevada por mi curiosidad de niña, agazapada detrás de la puerta del salón, escuchaba su relato. Las veces que le oí hablar sobre ello sentí cómo el alma se me rompía por dentro. Me costaba levantarme de mi escondite, abandonarlo, porque su dolor, la soledad que decía haber sentido, me hacía añicos y era difícil recomponer los pedazos rotos.

Dicen que la historia se repite. Que nuestro mundo es como un tiovivo dando vueltas, llevado por un compás errado. Acompañado por un bis incesante que no para de sonar hasta que un hecho concreto lo silencia. Entonces el tiovivo cambia sus giros en el sentido opuesto y la música varía su letra ya manida. Da origen a una nueva historia, a otras oportunidades. Dicen que nosotros, criaturas insignificantes, no lo percibimos. Que nuestros sentidos son ciegos a muchas de las cosas que suceden a nuestro alrededor. Cuentan que caminamos por la vida, por el tiempo, sin apreciar siquiera el transcurso del mismo, sin ser conscientes de que envejecemos hasta que ya lo hemos hecho. Y que, llegado ese momento, ya no estamos capacitados para correr, para hacer que las vueltas del tiovivo cesen o cambien el sentido del giro. Sabemos, percibimos los errores, pero ya somos mayores, hemos envejecido y nos falta fuerza. Y el carrusel sigue girando incesante mientras nosotros, dentro de él, vamos muriendo poco a poco. Envueltos en una nebulosa de recuerdos, remordimientos y anhelos. De deseos por cumplir, de palabras por pronunciar, de rotos a los que poner un remiendo.

En cierto modo, a nosotros, a mi hermano y a mí, nos sucedió lo mismo que a mi padre. El carrusel nos arrastró y nos convirtió en huérfanos: como a él. Creo que tenía

miedo de que nos sucediera lo mismo. Tal vez lo presentía. Sabía que estábamos en el mismo tiovivo, por eso fue cambiando los caballitos por coches y trenes donde pudiéramos sentarnos más seguros cuando el carrusel comenzase a girar, pero se olvidó de lo más importante: cambiar la dirección del giro. Solo él podía haber hecho que nuestro tiovivo tuviese otro compás, otra melodía, otro giro, pero no lo hizo. Aunque entiendo que pudiera sentir miedo, nada le exime de definirle como un cobarde. El miedo no es el escudo de la cobardía, no es la excusa, porque los valientes también lo sienten.

Se labró parte de su futuro a golpe de paleta, cemento y ladrillos. Subido, sin arnés, en lo más alto de los bloques de pisos que, por aquel entonces, iban construyéndose a marchas forzadas. De pensión en pensión, buscando el lugar más cercano a la obra. Por las tardes estudiaba hasta entrada la noche. Derrotado por aquel trabajo, cuando consiguió hacerse con algunos ingresos que le permitieran un tiempo de descanso para buscar una nueva ocupación, lo dejó y buscó un empleo alejado de peonadas y jornadas maratonianas que no le permitían seguir estudiando. Finalmente se estableció en la hostelería. En un prestigioso restaurante frecuentado por gente del parqué. Uno de los corredores de bolsa que frecuentaba el local, un solterón viejo y solitario, le tomó cariño cuando supo que mi padre había hecho la mili en el mismo cuerpo que él: el Ejército del Aire. Le apadrinó la carrera y se lo llevó a vivir a su casa hasta que murió. Después de su deceso los familiares se quedaron con todo, incluso con algunas pertenencias de mi padre que tenía en la casa de su benefactor. Pero él, mi padre, cuando el viejo murió, ya se había convertido en un agente de bolsa con muy buena reputación y una cartera de clientes relevante. Jamás quiso nada de la herencia, ni tan siquiera reclamó sus pertenencias; el viejo le había dado casi la vida, qué más podía pedir.

Mi abuelo nunca lo quiso en su familia. Para él, mi padre, aunque tuviese apellidos propios, era como un expósito y su hija se merecía algo más que un huérfano que le diese a sus nietos aquel apellido con una denominación de origen sin solera ni alcurnia, con un pasado sin raíces familiares. Daba igual que el futuro de mi padre fuese prometedor, que quisiera a mi madre; mi abuelo no le aceptaba entre los suyos. Mi madre se quedó embarazada y él no tuvo más remedio que consentir. La vergüenza que sentía de cara a los demás, más que las normas de su doctrina, le obligaron a permitir el matrimonio y a aceptar a mi padre, aunque fuese únicamente para guardar las apariencias.

Mientras recogía los objetos que conservaba de mis padres, antes de que llegase la furgoneta que había alquilado para trasladar nuestros enseres al nuevo domicilio, un piso pequeño que había arrendado con el dinero que me había correspondido por la venta de la casa de mis abuelos, iba recordando pasajes de mi vida con ellos. De mi vida, de la de mi hermano y de la suya, de lo poco que ellos, mis padres, me habían contado. De lo que les dio tiempo a contarme, porque mis abuelos solo hablaban de mi madre, de su infancia y sus años de adolescencia. Omitían siempre a mi padre y

aquellos años maravillosos, aquel matrimonio del que surgieron sus nietos.

—Con el esfuerzo que nos supuso pagarle los estudios... Y la ilusión que tenía tu madre. Estaba dotada para ello, siempre lo estuvo. Habría sido una comadrona estupenda —decía mi abuelo con resentimiento, apretando el gesto y la voz—. Si no hubiese cometido el error que cometió, ahora tendría un gran futuro. Estoy seguro de que el accidente no habría sucedido y estaría viva...

Mi abuela, sollozando, le mandaba callar y se persignaba. Yo escuchaba sin saber bien de qué hablaba. Solo tenía diez años. Entonces, lo único que sabía era que mi madre había dejado los estudios para casarse porque estaba embarazada de mí. Mi abuelo no dejó de repetir aquella frase hasta el día que yo, ya cumplidos los diecisiete años, le respondí con rabia. Aquel día le había preguntado a mi abuela a qué se refería mi abuelo con el error que mi madre había cometido:

—Verás, hija mía. Tu madre cometió un pecado mortal. Tuvo relaciones con tu padre antes de casarse. Se casó embarazada de ti. Gracias a Dios, nuestro párroco la perdonó y pudimos celebrar el enlace aquí. Tuvo que dejar los estudios, todo por lo que habían luchado tu abuelo y ella. Abandonó el sueño de su vida por tenerte a ti, para casarse con tu padre. Todo se echó a perder por culpa de ese desliz que no debería haber cometido nunca. Tu abuelo solo quería lo mejor para ella y se llevó un gran disgusto que aún no ha superado. Luego, desgraciadamente, el Señor se la llevó.

—Creo, abuela, que lo mejor para mi madre era mi padre —le respondí—. Si tu Dios no aprueba el amor, ¡vaya Dios que tienes!

El bofetón resonó en toda la casa.

Cuando mi abuelo regresó y preguntó qué había sucedido, no me retracté en nada; muy al contrario, llena de furia le respondí:

—Si el error que decís que cometió mi madre he sido yo, no sé qué hacéis cuidando de mi hermano y de mí —le espeté seca, sin soltar ni una sola lágrima, rabiosa—. Lo único malo que hicieron fue quererse, como vosotros. Si no nos queréis, dejadnos en un orfanato. Saldremos adelante, mi padre también fue huérfano, jamás le hizo falta nada, y mucho menos rencor.

—Nosotros no tuvimos relaciones antes de casarnos y nos queríamos con locura —dijo mi abuela.

—No creo que a Dios le ofenda ningún nacimiento, sea cual sea y se produzca en las circunstancias que se produzca —dije mirando a mi abuelo fijamente, desafiante—. Vuestra religión condena el aborto y al tiempo dice que un embarazo fuera del matrimonio es un pecado mortal. No es racional, y menos coherente.

—Dios no ha sido responsable de los actos de tu padre y de la irresponsabilidad de mi hija. No puedo evitar tu ateísmo, pero sí establecer unas normas en mi casa mientras yo viva —dijo sin mirarme, introduciendo el tabaco en la pipa; luego la encendió, templó su voz y dictaminó seco y frío—: ¡No vuelvas a blasfemar en mi casa! Eso es lo único que te exijo. ¿Me oyes? —añadió alzando el tono de voz.

»Nunca se me ha pasado por la cabeza dejaros en un orfanato. Os quiero a los dos

con toda mi alma, aunque no siempre haya sido así, lo reconozco, pero ahora os adoro. Siento haberte hecho daño con mi comentario, tal vez algún día lo entiendas, estoy seguro de ello. Ahora... vete a tu cuarto. Tu hermano está al llegar y no quiero que presencie esta escena; él aún es muy joven y no sabría interpretar correctamente lo sucedido...

Aún no lo he entendido, creo que jamás entenderé su comportamiento, su manera de pensar, su radicalismo irracional. Le perdoné en cierto modo, solo en parte, y lo hice porque con los años se volcó con mi hermano; le adoraba. Creo que a mí fue incapaz de quererme, tal vez porque yo no le dejaba hacerlo.

Cuando la furgoneta terminó de cargar todo, me quedé sola en el porche y le di un último vistazo a la casa, ya vacía. No podía imaginarla derruida, convertida en un solar. Su terreno herido por los cimientos de hormigón armado. Toda una vida de recuerdos sepultada que pisarían los pies de unos desconocidos. Las flores de mi abuela, el pequeño huerto de mi abuelo, los grillos y las ranas que habitaban la pequeña charca, que mi abuelo jamás quiso desecar, que año tras año hacían con su canto que las noches de verano fuesen algo especial, algo nuestro, muy nuestro. Era como si me arrancasen una parte de mí misma, una parte más.

Perder aquella casa fue un duelo, un nuevo duelo que tardé en superar encerrada en aquel piso de pasillo estrecho y largo donde no entraba el sol. En aquellas habitaciones sin vistas, interiores y frías donde los gritos de los vecinos sepultaban la música que ponía en mi radiocasete. Donde las estaciones del año parecían pasar sin ser, sin existir, como fantasmas de un recuerdo lejano. Todo eran paredes: puertas, paredes y ventanas sin vistas al exterior, una cárcel para mi alma libre y viva gracias a la luz del sol, a los pájaros, al cielo gris o azul; pero cielo.

Podía haber comprado o alquilado un apartamento mejor situado, mejor orientado, pero el dinero que recibí por la venta, el que nos correspondía por parte de mi madre, quería dedicarlo a pagarle a mi hermano la carrera fuera de España. Para ello renuncié también al piso que nos correspondía en el nuevo edificio a cambio de dinero. En aquellos años, en España, igual que ahora, tampoco se valoraba a los nacidos en el país. No había oportunidades. Estudiaban unos pocos, no porque el resto no quisiera o no tuviese sobradas aptitudes para ello, sino porque no podían: había que trabajar. Eso, el trabajo, al menos abundaba, aunque los sueldos también eran escuetos y las jornadas, maratonianas. Sin derecho a nada. Para conseguir cualquier tipo de beneficio tenías que estar en la más absoluta miseria y si lo estabas no tenías medios para solicitarlo. Las ventajas sociales se las llevaban los de siempre, generalmente los que menos las necesitaban. Éramos, como ahora, parias en nuestra propia tierra. Lo mejor era salir del país. Sabía que en España Bastián no tendría oportunidades, el futuro que yo había soñado para él. El futuro que todos nos merecemos. Busqué una universidad en Italia que le permitiese aprender dos idiomas: italiano e inglés. Allí cursó la carrera completa. Mientras él estudiaba fuera, yo terminé mis estudios de Enfermería y conseguí un puesto en una residencia privada;

después, tras opositar, tomé posesión de una plaza en un hospital público.

Ahora, después de los años transcurridos, de su amor, de la obsesión por Ayala, por volver a encontrarla, sé que aquella visión que tuve en el aeropuerto, al despedirlo la primera vez, cuando iba a cursar su primer año de carrera, era un aviso de lo que acontecería años más tarde:

Levantó su mano al entrar en la terminal, despidiéndose con aquella sonrisa ancha, clara y seductora. Llevaba una única maleta. Vestía unos vaqueros Levi's de segunda mano comprados en el Rastro, decolorados como el negro de sus ojos, que a veces parecían de carboncillo. El pelo revuelto, despeinado rozándole los hombros. Negro y liso. Tenía, desde hacía unos años, un aire de bohemio intelectual que me fascinaba. Me guiñó un ojo, con el gesto de misterio que poseía James Dean y el atractivo de Sean Connery. Lanzó un beso al aire. En aquel momento, todo desapareció a su alrededor. El suelo se cubrió de amapolas y, sobre él, cientos de lapiceros comenzaron a rodar hasta mis pies, cubriéndolos. Le miré. Ya no tenía la maleta en las manos. Sostenía un molinillo rojo, un molinillo como el que vi el día que mis padres fallecieron. Sopló sobre él e hizo que girara, después me miró y me lo ofreció al tiempo que decía: «Ni lo pienses, Samantha, nadie ha sido capaz de burlar el destino». Cuando fui a cogerlo, el molinillo se transformó en los documentos que mi abuela había guardado durante tantos años.

Se alejó camino de su vuelo sin ser consciente de mi miedo, del miedo que sentí en aquellos momentos, tras la premonición. Tuve que contenerme para no gritarle, para no impedir que se marchase, que cogiese aquel avión. No supe interpretar la visión, entonces no supe hacerlo. Ahora sé lo que significaba y que el destino, a veces, es ineludible, como la muerte.

SEGUNDA PARTE

Ayala

Retomé mi vida poco a poco sin Cósimo, añorando su ausencia, sufriendo con sus recuerdos. Con la reminiscencia siempre presente de la promesa que le hice, pero sin fuerzas para cumplirla. Soy cobarde. Aún, después de los años que han transcurrido desde su muerte, el pedazo de su óleo, el as de corazones, sigue sin coserse a la manta de la familia. Mi madre no pudo hacerlo. Yo tampoco. Ahora que ella también me falta, me es más difícil añadir los dos al mismo tiempo. Dejar que se vayan, que ambos me dejen del todo.

Comencé mi tesis sobre literatura latinoamericana. Su epicentro sería Gabriel García Márquez. Volví a leer a Gabo, a perderme en sus letras mágicas, a transitar las calles de Macondo, a suplicarle a Melquíades que me diera los folios donde estaba escrito mi futuro para descifrarlo. Imaginé a Gabo en Venezuela escribiendo en la revista *Momento* junto a su amigo Plinio Apuleyo Mendoza, periodista y escritor. Busqué documentación sobre ellos, sobre sus viajes. Hice mil conjeturas sobre su vida, sus penurias cuando ambos aún no eran reconocidos, cuando su magnífico trabajo, como ha sucedido con tantos genios, no era valorado. Supe que Márquez había presentado su mejor cuento, «La siesta del martes», a un certamen en aquellos años y que este no apareció en la lista de los finalistas, ni tan siquiera muchos puestos detrás de estos, igual que le sucedió a Plinio con uno de sus mejores trabajos de investigación. Y comprendí que mi mundo, el mundo de la literatura y la edición, era más difícil y subjetivo de lo que había supuesto. Y, parafraseando al maestro, me dije a mí misma: Menuda vaina en la que te has metido, Ayala.

Mi biblioteca se llenó de clásicos, de contemporáneos y de los manuscritos que iban llegando a mi editorial para ser sometidos a dictamen de publicación. Estos últimos los iba apilando en un rincón aparte. Tenía la malsana costumbre de guardar los que me gustaban, fuesen publicados o no. Algunos estaban dedicados por los autores a los que había querido conocer en persona.

Ser editora es como batear en un río en busca de una pepita de oro. A veces es pequeña, otras diminuta, y las menos apenas pesan unos gramos. Yo conservaba todas, me daba igual su tamaño. Las buenas historias muchas veces crecen con el tiempo y se convierten en grandes o inmensas y profundas como un océano. Todo depende de las manos del autor, de su querer seguir adelante, de aceptar las críticas, de aprender de los errores pasados; como en la vida.

Cuando una historia de un escritor novel es buena, la emoción que sientes es comparable con pocas cosas. Si finalmente el dictamen del comité editorial da su visto bueno y la obra se compra y se publica, te sientes parte de ella. Eres como la comadrona que ayuda al parto, que gira la cabeza del neonato, que le pinza el cordón

umbilical y lo presenta al mundo. Esa es la parte por la que realmente merece la pena este trabajo. Lo más duro llega cuando una obra te gusta, cuando sabes que vale y apostarías por ella sin dudarlo. Sin embargo, tu criterio, finalmente, no es suficiente porque hay otros factores que priman más. Las editoriales son empresas, negocios que dan de comer a mucha gente, y como tales también deben gestionar las apuestas que hacen, sobre todo las que corresponden a escritores noveles, porque el riesgo de fracaso es mayor y la inversión, más alta. Explicarle esto a un escritor es difícil, incluso penoso en muchas ocasiones. La mayoría de ellos no te creen. Otros, sencilla y llanamente, no te entienden. Muchos desconocen lo que sucede entre las bambalinas literarias, los vericuetos de este sector, y cometen el error de confundir editora o editor con editorial; con la dirección de la empresa en sí. Ni los escritores se alimentan del aire por muy artistas que sean, ni las editoriales se financian y viven de la nada. Desgraciadamente, todos tenemos la malsana costumbre de comer todos los días. Por todo ello mi trabajo fue perdiendo encanto poco a poco, sobre todo en esos momentos en que me convertía en la representación más cercana de un jurado literario. Cuando daba la cara por mi decisión y por la de los demás. Cuando tenía que cargar con lo mío y con lo del vecino. Yo era quien hacía el trabajo sucio, aunque fuese la figura más idolatrada para los escritores que quieren llegar a ti desesperadamente, que piensan que tú y solo tú tienes la última palabra. En mi trabajo se pasa de ser la más deseada a la más odiada cuando las cosas se tuercen: cuando la publicidad en los medios no sale, los librereros no compran, el libro no se vende... Entonces algunos escritores la emprenden contigo y la dirección de la editorial te hace, en cierto modo, responsable del dictamen que presentaste en la reunión defendiendo la obra a tumba abierta. Eres el peón más débil del tablero si las cosas salen mal.

El espacio de mi dormitorio dedicado a los libros poco a poco fue mermando y se extendió al pasillo, el salón y la habitación que tiempo atrás ocupaban mi madre y Cósimo. En aquellos momentos estaba vacía. Desde que Cósimo murió, mi madre no volvió a dormir en su cama. La desmontó y la guardó en la bohardilla. Hizo lo mismo con el resto del mobiliario. Por las noches dormía en el salón, en el sofá que él utilizó en sus últimos meses de vida. Allí, recostada, con el trozo de lienzo de Cósimo entre sus manos, ella también murió. En la terraza, arrullada por el sonido incesante de los móviles que, como un reclamo del cielo, parecían con su ruido ayudarla a marchar. Como si él hubiese venido a buscarla aquel día, una tormenta estalló en el mismo instante en que ella cerró los ojos para siempre. Alumbrada por los farolillos chinos que después, llorando en silencio, sin un quejido, como ella me hizo prometer, dejé volar tras su último aliento. Con *Let It Be*, sonando, bajito, como a ella le gustaba, en el tocadiscos, dentro del salón: «*Déjalo estar, déjalo estar. Habrá una respuesta, déjalo estar... No habrá más desconsuelo, déjalo estar...*».

Tardé seis meses en aceptar el trabajo en la editorial catalana, el tiempo suficiente para que mi madre se repusiera de la muerte de Cósimo. En aquellos meses desarrollé

mis trabajos desde casa. Me enviaban los textos, yo los valoraba y les remitía el informe. Mi trabajo se reducía a hablar con los escritores, a responderles con una negativa escrita en carta tipo o llamarles para una propuesta de edición, y a la valoración de los manuscritos que llegaban sin control a la editorial. Entonces la editorial, sin los avances de la informática que hay en la actualidad, tenía, como yo, serios problemas de espacio.

En aquellos días, tras la muerte de Cósimo, mi madre ya había perdido el brillo que siempre caracterizó su mirada, también la melancolía. En aquellos días era tristeza, soledad y anhelo lo que poseían sus gestos, cada uno de ellos. A pesar de todo lo que perdió durante su paso por la vida aún conservaba sus arrestos, y aunque su pérdida de visión iba irremediablemente en aumento, Décima y ella seguían llevando la batuta del restaurante y este mantenía su clientela fija e itinerante. Por ello me decidí a dejarla en manos de Décima y tomar posesión de mi puesto de trabajo a pleno rendimiento, tal y como me solicitaban en la editorial. Me trasladé a un pequeño apartamento situado en una de las calles cercanas a la Sagrada Familia. Desde mi terraza podía ver un pedacito de mar, similar a un recorte de papel azul charol los días de sol y azul grisáceo los días nublados o brumosos. Un fin de semana al mes viajaba a Tenerife, lo que suponía una fiesta para mi madre y Décima.

El regreso a Barcelona fue para mí la oportunidad de empezar una vida diferente: mi vida. De trazar una nueva senda dejando el contenido de mis maletas a un lado del camino. No es una metáfora: viajé sin equipaje. Dejé allí, en Tejina, mis lienzos, mi óleo, mi paleta y los recuerdos del que fue mi padre, Cósimo. También de Bastián, el hombre, el único hombre al que había amado. Me perdí en sus calles llenas de turistas, con ese aire de fiesta casi permanente que invadía los fines de semana el paseo marítimo, los restaurantes, los monumentos y la playa. Con sus gentes en bicicleta, con las parejas de argentinos bailando tangos en el paseo marítimo, cerca de los restaurantes... y el mar. Ese Mediterráneo que siempre corrió por mis venas empapándome la piel y el alma. Allí conocí a Anthony. En un cóctel que dio mi editorial el día de Sant Jordi en la maravillosa Casa Fuster. Él, curiosamente, residía en Santa Cruz.

Llevaba unos pantalones de algodón arrugados color tabaco, una camisa blanca de lino suelta y calzaba unos zapatos de tafilete, sin calcetines. Semidespeinado, apoyado en la barandilla de la azotea, tenía la apariencia del clásico rico que quiere ir de bohemio, pero que no lo consigue ni haciendo un cursillo intensivo. Me cayó mal antes de que me lo presentasen. Aunque su físico me gustó bastante.

—Ayala, quiero presentarte a alguien muy especial —me dijo Clara, la directora de comunicación de la editorial—. Es uno de nuestros autores de tendencias. Ha escrito una recopilación basada en los mitos y las verdades de los remedios caseros y la relación de ellos con la medicina convencional. Se está vendiendo muy bien.

—Tiene aspecto de niño bien, del típico tonto sobre una moto de gran cilindrada helado de frío pero enseñando sus brazos. Creo que voy a pasar de tu superventas.

¿Es necesario que le conozca? —le pregunté haciendo un gesto de indiferencia y fastidio.

—Le he hablado del problema de visión de tu madre, de su diabetes, y me ha dicho que se podría sopesar un nuevo tratamiento. Es de Tenerife, vive en Santa Cruz...

Bastián

Cuando bajé del autobús en la estación de Tejina, ella estaba sentada esperándome en uno de los bancos. Dibujaba. A su alrededor se arremolinaban algunos viajeros que miraban su trabajo con curiosidad y asombro. Llevaba unos vaqueros rotos, una camisa que dejaba ver parte de su ombligo, moreno y perfecto, rodeado por un tatuaje de un as de corazones. Tenía el pelo recogido en un moño alto. Como única sujeción de sus cabellos, un lápiz rojo de carpintero. Los pies descalzos, las alpargatas blancas bajo la maleta de madera que, abierta, mostraba un puñado de lapiceros, carboncillos y varias tiras de tela y algodón. Algunas personas habían ido echando monedas en ella.

Al verme dejó de deslizar el lápiz sobre la lámina, me sonrió, miró mis manos, volvió su vista al trabajo y lo firmó. Después la levantó y me la enseñó. El dibujo era exacto a mí. Incluso el ramo de amapolas que traía estaba en mi mano izquierda en el retrato. Solté la bolsa de viaje y tomé el bloc sorprendido. Ella cogió las monedas de la maleta, la cerró, se calzó, tomó una gran bolsa de rafia que había debajo del banco y dijo:

—Espera un segundo aquí, vuelvo rápido.

Caminó unos pocos metros y, dirigiéndose a un indigente que mendigaba extendiendo su mano sucia y curtida, le dio las monedas.

—¡Qué pena no saber pintar como tú! —exclamó el hombre metiendo las monedas en el bolsillo de su chaqueta roída y sucia—. O que vinieses todos los días. Aunque con lo que recaudas bastaría con uno a la semana. Cuando te marchaste fuera casi me muero de hambre y sed.

—Debes acudir a la asistencia social. No sé cómo decírtelo. ¡Dame! —le ordenó extendiendo su mano en una señal firme y resolutoria. El hombre obedeció y le dio la botella de vino que llevaba dentro de uno de sus bolsillos—. Te he pagado un mes en la pensión. Puedes volver a instalarte en la habitación. Y ¡por Dios!, haz el favor de lavarte. Estás espantoso y hueles a pescado podrido.

—Lo haré, te lo prometo —le respondió el hombre con los ojos llenos de lágrimas reprimidas.

—Aquí tienes muda limpia, unos pantalones nuevos, unas chanclas y una camisa. Y, por supuesto, jabón para que laves la ropa y para que te asees. —Hizo una pausa, le miró a los ojos fijamente, como si buscara a otra persona dentro de ellos, y dijo—: Rodrigo, mira las chanclas, son manufacturadas, nada que ver con las que tú hacías. Cada día hay más turistas, podrías volver a ser el de antes, volver a ganarte la vida con tus manos. —Tomándose las y poniéndole las palmas hacia arriba, las miró con cariño y dijo—: ¡Están irreconocibles!

—Jamás podré volver a ser el de antes, Ayala. Es imposible. Ella no está, me dejó. ¿No lo entiendes? Se llevó esa parte de mí, se la llevó —dijo echando su mano al bolsillo de la chaqueta donde antes estaba la botella de vino. Palpándolo con desasosiego.

—Sí, Rodrigo, yo lo entiendo. El que no entiende nada eres tú —dijo Ayala cogiéndole la mano y retirándola del bolsillo—. Tienes que volver a la asociación y pedir ayuda a los servicios sociales. Si no lo haces dejaré de ayudarte, esta vez lo haré. Lo haré por ti y porque mi ayuda creo que no te está beneficiando, muy al contrario. Mi ayuda solo te permite seguir con tu adicción y tu paranoia. En cierto modo me estoy empezando a sentir culpable de ello, de darte la oportunidad de seguir manteniendo tu adicción al alcohol.

El hombre agachó la cabeza con un gesto en su cara de dolor, pena e impotencia que me sobrecogió. Tomó la bolsa y caminó cabizbajo alejándose de Ayala, que volvió junto a mí.

—¡Estás preciosa! —le dije—. Lo que has hecho con ese hombre es encomiable.

—Preciosas las amapolas. Sabía que las traerías —dijo volviendo la vista atrás, mirando cómo el hombre se alejaba de la estación.

Cogió la maleta de madera, introdujo en ella el pequeño ramo de amapolas y, poniéndose de puntillas, me dio un beso en los labios que fue como una ráfaga de aire fresco en pleno mes de agosto.

—Uno tiene sus contactos —le respondí mirando las flores—. Naturales era imposible, son demasiado frágiles. Es fácil conseguir estas excentricidades en mi trabajo, sobre todo cuando tienes amistades «peligrosas» —apostillé con chanza.

Mentí. Le había encargado las flores a Amelia. Ella vivía en el extrarradio. En una casita alejada de la capital que su marido y ella habían adquirido por un precio muy asequible en aquellos años. Rodeada de campo, de ganado y de una calidad de vida que buscaba pero que llegó a agobiarla después de conocerme a mí. Era el lugar más adecuado para criar a sus hijos y se convirtió en su cárcel.

—¡Amapolas! —exclamó sorprendida cuando le pedí que me consiguiera las flores—. ¿Para qué quieres un ramo de amapolas? Son unas flores horrendas, manchan y se secan en un suspiro. Mi madre siempre las comparaba con los cerdos, decía que eran comida para ellos. Dime, ¿no estarás engañándome con alguna de esas estúpidas pijas de turno? —inquirió mientras se daba la vuelta y me pedía que le abrochase el sujetador.

No podía decirle que eran un encargo para alguno de nuestros clientes. Se habría enterado. Aunque no hubiera sido un despropósito, ya que la mayoría de ellos eran tan excéntricos como ricos y poderosos. Un ramo de amapolas secas o frescas habría sido, sin lugar a dudas, una extravagancia que les daría un caché falso, pero caché de cara a sus amistades, tan estúpidas como ellos. Sonreí pensando en varios nombres. Estaba seguro de que si alguno de ellos se lo proponía sería capaz de ponerlas de moda. Así de estúpido era el círculo en el que me desenvolvía a diario, igual que la

mayoría de la sociedad actual.

—Son para Samantha. Le recuerdan a nuestra casa, a la casa de mis abuelos. Desde que tuvimos que dejarla le hago el mismo regalo en estas fechas, el mes en que nos fuimos.

—¡Pobre! —exclamó compungida, tirándome un beso mientras se abrochaba los botones de la camisa y un rayo de sol le rozaba la frente recorriendo sus ojos, su nariz y sus labios, haciendo que su belleza fuese más campesina, más arrebatadora—. ¿Para cuándo las necesitas?

—Para el viernes —le dije siguiendo con uno de mis dedos el rayo de sol sobre su piel, hasta pararme en su escote, en sus pechos.

Agaché la cabeza y la besé. Ella acarició mi pelo y dijo, mientras me dejaba hacer:

—Bien, entonces te las daré durante nuestra cita. Frescas va a ser imposible y, secas, el ramo se rompería en un suspiro. Te haré un ramo de papel de seda, verás qué maravilla, le van a encantar y podrá conservarlo siempre. ¿Te parece?

No le respondí, andaba una vez más en celo. Tras su piel blanca, en cada uno de los lunares de sus pechos, en su vientre y en la calidez y el placer que su pubis, su cuerpo entero me proporcionaba cada vez que practicábamos el sexo. No estaba enamorado de ella, pero la atracción que sentía, la química que producían nuestros cuerpos al juntarse, me volvía loco de deseo.

—¡Ey! ¿Dónde andas? —dijo Ayala sacándome de mi ensimismamiento.

—Perdona, estaba pensando en cómo has sido capaz de hacer un dibujo tan exacto, con tantos detalles y tan preciso de mí.

—Tal vez porque te soñé demasiadas veces en el mismo lugar —dijo mirándome de una forma extraña, como si quisiera entrar en mis pensamientos, como si hubiese adivinado por un momento que la estaba engañando, que mis pensamientos se habían ido con otra mujer—. Bastián, gracias por venir.

—Iría al fin del mundo si tú me lo pidieras. Lo sabes.

—Tengo que contarte muchas cosas. No sé si mi decisión es acertada, lo único que tengo claro es que he hecho lo que debería haber hecho mucho tiempo atrás. Pero hablaremos de ello más tarde. ¿Cuántos días vas a quedarte en Tejina?

—El fin de semana. Tengo que volver al trabajo el lunes.

—Nos alojaremos en mi casa, con mi madre. Ella no lleva bien mi decisión. Adora a Anthony. Pero, para tu tranquilidad, te diré que tiene ganas de conocerte —dijo abriendo la puerta del Citroën 2CV amarillo descapotable.

Un cachorro de perro, de pelo dorado semicorto, saltó sobre mí.

—¡Hola, guapo! —acerté a decir mientras él ponía sus patas delanteras sobre mis piernas y me ladraba para que jugase.

—Se llama *Danko*. Es un cruce de labrador y setter irlandés. El tercero de una camada de seis. La dueña se dedica a la crianza y venta de labradores, pero un setter vecino preñó a su perra y tuvo que colocarlos; no podía quedarse con ellos. Fue mi

madre quien lo cogió durante mi estancia en África. Dice que era como un paquete de arroz. ¡Nano!, vamos dentro —le ordenó y Danko subió al asiento trasero del vehículo y se sentó en el suelo.

—Pero ¿no se llama Danko?

—Bueno, es que, aparte de ser políglota, le gustan los apodos —respondió riéndose.

Tardamos apenas unos quince minutos en llegar a la casa. La madre de Ayala estaba sentada en la terraza, esperándonos. Se levantó y se dirigió a la barandilla, apoyó sus brazos en ella, se puso las gafas y nos miró con atención.

—Apenas ve más que bultos —me dijo Ayala con evidente tristeza.

—Tal vez le incomode mi presencia —dije apurado.

—A mi madre le incomodan pocas cosas ya —me respondió al tiempo que abría la puerta trasera para que Danko saliese del vehículo. Este corrió ladrando hasta la terraza donde estaba su dueña, moviendo el rabo de un lado a otro y girando la cabeza para ver si le seguíamos.

Cuando estuvimos a su lado, ella, Ana, la madre de Ayala, pareció cambiar la expresión de paz que tenía su rostro.

—Deja que te vea más de cerca —me dijo.

Me acerqué a ella.

Fue pasando sus manos por mi cara despacio, después cogió las mías. Las dejó unos segundos entre las suyas y dijo:

—Espero que hagas entrar en razón a Ayala. Debe casarse con Anthony. Si la quieres, tienes que hacer que rectifique. Todos cometemos errores. Sé que ella te quiere y que tú la quieres, pero Anthony es el hombre de su vida. Tú no lo eres. Lo vuestro fue un amor de verano, una extraña coincidencia.

—¡Mamá! —exclamó Ayala en un tono recriminatorio—. Por favor, mamá.

—No pasa nada, Ayala, es tu madre, solo quiere lo mejor para ti —dije disculpándola, aunque sus palabras me hicieron sentir muy incómodo.

Danko había cogido la manta familiar y la había arrastrado hasta mis pies. Sentado sobre ella ladraba insistentemente, mirándome.

—¿Qué le pasa? —inquirí.

—Nano, quieres a Bastián, ¿verdad? Por eso le traes nuestra manta —dijo Ayala.

—¡Dame la manta! —ordenó Ana—. Tiene un sexto sentido, no es un perro normal, no, no lo es. Ahora, si me disculpas, Bastián, voy a preparar el almuerzo. Imagino que tendrás hambre...

Vi cómo se alejaba y cómo las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Está llorando —dije dirigiéndome a Ayala—. ¿Qué le pasa? ¿Por qué llora?

—No te preocupes, desde que murió Cósimo llora por cualquier cosa. Debe de haberse emocionado al ver a Danko cuando te traía la manta...

Se fue a casa de Décima y se llevó con ella la manta, como si fuese una reliquia que yo no debería siquiera tocar. Como si ella y sus pedazos de tela de colores

escondieran un secreto del que yo no podía ser partícipe; al menos esa fue la impresión que me causó su comportamiento. No la vi en todo el fin de semana. El domingo por la tarde, cuando me marchaba, se acercó a despedirse de mí antes de que saliese camino de la estación de autobuses.

—Espero volver a verte pronto. ¡Que tengas un buen viaje!

Le sonreí y ella me abrazó, volviendo a llorar. Mientras, Ayala me indicaba con un gesto cómplice que no le diera importancia a su llanto.

Samantha

A veces la vida pesa como un yunque sobre la espalda. Te lesiona. Hay días en los que todo es claroscuro y tú estás situada en la penumbra, acurrucada en una esquina al lado de un puñado de sentimientos. De recuerdos y anhelos. Días en los que los tenues rayos de sol que entran por los ventanales solo muestran la suciedad de los cristales. En los que te gustaría tener la facultad de reescribir el pasado y el presente, de volver a comenzar de nuevo. En los que te preguntas por qué motivo tu vida no es tan fácil como lo es la de otros. ¿Qué pecado has cometido? ¿Qué karma tienes que limpiar?

Pasé muchos meses sumida en la añoranza. Echaba de menos a Bastián, que continuaba sus estudios en Italia ajeno a mi tristeza, a mi soledad. Sin darme cuenta me había convertido en su madre. Había dejado de ser su hermana. Le quería tanto, le protegía de tal forma que me había olvidado de mí misma, de quién era y de que, como todos, tenía necesidades propias.

Cuando mis padres murieron sufrí tanto que me juré que jamás tendría hijos. No podría vivir con el desasosiego, con el miedo de que a ellos les sucediera lo mismo que a nosotros. A medida que fueron pasando los años, los acontecimientos hicieron que mi decisión se afianzase: jamás sería madre.

Me costó reencontrarme. Dejar que Bastián viviera por sí mismo, cortar el cordón umbilical que le unía a mí, que yo había cosido a mi vida. Tenía que contenerme para no llamarle todos los días, para no sufrir pensando que tal vez hiciese alguna gamberrada con consecuencias terribles o que se enamorase y le hiciesen sufrir. Seguía pensando que era un bebé, el bebé que se acurrucaba a mi lado llorando porque mamá y papá ya no estaban y para él era incomprensible. Él era mi niño, el niño al que juré que jamás le faltaría de nada.

Fue difícil saber qué quería hacer con mi vida, separar a Bastián de mi camino, alejarlo lo suficiente como para que él viviera y poder hacerlo yo. Intentar ser como las demás personas, sociable. Tener un grupo de amigos con los que conversar, tomar copas o compartir los acontecimientos cotidianos. Emparejarme, amar y que me amasen. Dejar atrás el miedo. Olvidar el pasado para poder vivir un presente que se me escapaba día tras día y que estaba comenzando a necesitar que entrase en aquella casa vacía. En mi corazón incompleto de sentimientos.

Después de vender la casa no volvimos a saber de mis tíos. La herencia se repartió y los lazos de sangre, ya desdibujados, se disolvieron del todo. Conseguí trabajo en una residencia privada, un geriátrico. El párroco supo de mis problemas para encontrar un empleo. Le informaron de que el saldo de mi cuenta corriente iba mermando considerablemente a consecuencia de los gastos de los estudios de Bastián

y de mi falta de entradas monetarias. El director del banco le pasó la información. Nada es privado en esta sociedad. Ni lo era antes, ni lo es ahora. No hay ley que proteja a nadie frente a los poderosos, y el párroco lo era. La justicia sigue siendo una utopía para los de siempre, los que ocupamos la escala más baja de la pirámide. Estamos a su merced. Si en algún momento subimos de nivel es porque ellos quieren, solo por eso. Somos sus peones. Todos y cada uno de sus movimientos están medidos al milímetro. Todos esconden una intención directa y clara que siempre les reportará beneficios. El párroco estaba en deuda con su conciencia, sabía que no había actuado bien con mi hermano y conmigo y además le debía un favor a un amigo. Quiso matar dos pájaros de un tiro, pero no acertó en ninguna de las dos dianas.

Cuando los actos que realizamos no están libres de intereses, la vida se encarga de deshacerlos. Los vuelve en tu contra.

El director del banco me pasó la oferta de empleo y me informó de que el párroco había intercedido por mí. Me dio el nombre del contacto y el teléfono:

—Samantha, eres muy inteligente. La mejor de tu promoción. Sé que no te llevas bien con el cura, pero es un buen hombre y a ti lo que te interesa es encontrar trabajo. Deja tu soberbia a un lado y llama. Podría haber intercedido por otra persona; sin embargo, aun no siendo católica, después de todo lo mal que te has portado con él, ha pensado en ti. Llama, hazlo por Bastián...

Estuve a punto de no llamar, pero el horario me permitía seguir preparándome la oposición para entrar en la sanidad pública y los ingresos que me reportaba harían que la cuenta corriente no siguiera mermando. Necesitaba el trabajo, por Bastián, por mí y porque ello me permitiría salir de casa, relacionarme y estar activa.

Nada más entrar me asignaron el cuidado de un militar. Debía atenderle a él en exclusiva. Era el dueño. Pasé seis meses aguantando sus impertinencias. Sus quejas, sus críticas a todo lo que no era de su agrado. Le aguantaba yo y también la enfermera de noche. Una mujer separada a la que su marido había dejado por una chica veinte años más joven que ella. Justina tenía tres hijos a los que mantener y se pasaba en la residencia todas las noches de la semana sin descanso, sin un solo descanso, porque no podía permitirse perder el trabajo. Los sábados y domingos en los que yo faltaba ella me suplía durante el día. Aún no sé cómo pudo resistir tanto tiempo, de dónde sacaba las fuerzas, los arrestos para trabajar tantas horas y aguantar a aquel hombre.

No se es madre, padre, hijo o abuelo por los lazos de sangre. Primero se es persona. Lo que realmente te da derecho a llamarte madre, padre, hijo o abuelo es el comportamiento con los tuyos.

—Estoy aquí solo, con tres hijos que he criado, a los que he mantenido. Ellos se han llevado mi juventud y la de mi esposa, mi santa esposa que Dios la tenga en su gloria. Y ahora, señorita, ¡míreme!, ninguno viene a verme —repitió la misma letanía de todos los días, con la misma soberbia y el mismo odio contenido—. Si llego a saber que me iba a suceder esto les habría dejado en la puerta de un hospicio.

—A ver... estire el brazo. Tengo que cambiarle la vía —le dije sin responder a su perorata.

—Solo le pido a Dios que sea justo y les dé el castigo que se merecen. Que se vean solos, como lo estoy yo. Solos y enfermos. He dejado todo atado y bien atado. Las monjitas del Santo Sagrario se llevarán toda mi herencia, ellas y esta residencia que lleva mi nombre.

Terminé de regular el gotero con la medicación. Me senté a su lado, en la cama. Tomé su mano y, mirándole fijamente a los ojos, harta de escuchar durante seis meses diariamente lo mismo, le dije en tono severo, sabiendo a lo que me exponía:

—Si yo estuviera en su lugar no hablaría así de mis hijos. No lo haría porque de tener hijos los querría con locura. Me hiciesen lo que me hiciesen. Me moriría de pena pero en silencio, precisamente por eso, por la pena de no verlos y quererlos tanto. Y por nada del mundo les desearía que se vieran solos o enfermos. Creo que el amor y el perdón son connaturales al hecho de ser padre.

Retiró su mano de la mía con energía y rabia. Me miró con aquellos ojos glaucos, llenos de odio, y me dijo:

—Usted, usted... Pero ¡quién se cree que es para hablarme así! Yo le pago el salario. Si está aquí es por mí. ¡Aquí mando yo! ¿O es que no sabe para quién está trabajando? Si es así debería informarse, debería haberlo hecho antes de entrar a mi servicio.

—Esto, coronel, no es el ejército —le respondí señalando las condecoraciones militares que tenía sobre la mesilla y que mostraba a todo el mundo—. Trabajo para la residencia y usted es el dueño de ella, pero no de mis pensamientos y mi opinión. Creo que está muy equivocado, demasiado equivocado. En esa mesita —dije señalando las condecoraciones— deberían estar las fotos de sus nietos y sus hijos, no sus medallas.

Me despidieron al día siguiente. Tuve que volver a reestructurar mi presupuesto, pero no me importó. Mi satisfacción al recoger el finiquito era patente, igual que la de mis compañeras y la de Justina:

—Bien sabe Dios —me dijo limpiándose las lágrimas que le corrían por las mejillas— que, si yo no tuviese que alimentar a mis hijos, si tuviese tu situación, ya le había mandado lejos.

—Pero Justina, no llores, seguiremos viéndonos —le dije limpiando sus lágrimas—, vivimos muy cerca. No me voy fuera del país, mujer.

—No lo creo, Samantha. Ahora tendré que suplirte, como antes de que estuvieras. El horario será de interna. Ya he hablado con mi vecina. Me cuidará a los críos hasta que encuentren sustituta.

—Tal vez el viejo coronel dure poco. Su maldad e infelicidad le están comiendo por dentro...

No me equivoqué. El coronel falleció dos semanas después de mi marcha. Lo hizo solo, como había estado, por decisión propia, toda su vida. Tras su fallecimiento,

a las dos semanas, me llamó su administrador. Decía tener un paquete para mí que el coronel le había encargado que me entregase cuando él falleciese. En él había una copia exacta de los documentos que mi abuela tenía en el cofre. Junto a ellos, un sobre que contenía una carta del coronel:

Estimada Samantha:

Las apariencias, la mayoría de las veces, nos engañan. No soy como usted piensa. Su abuelo y su padre, si estuvieran vivos, darían fe de ello. Así lo atestiguan estos documentos y mi declaración escrita y firmada de puño y letra adjunta a la de ellos. Favor por favor, fue lo que hicimos, como buenos cristianos nos ayudamos mutuamente.

Cuando el párroco me habló de usted, pensé que al ser nieta de quien era y con su expediente académico, uno de los mejores de su promoción, sería, sin lugar a dudas, la persona idónea para atenderme. Me equivoqué, usted no se parece en nada a su abuelo. Es evidente que ha sacado los genes de su padre, ¡qué lástima! Espero que Dios la perdone.

—¡Hijo de puta! —exclamé tras terminar la lectura de la declaración manuscrita que se adjuntaba con los documentos.

Ayala

Quedé con Anthony en que nos veríamos dos fines de semana más tarde, en Tenerife. Me ofreció revisar el diagnóstico de mi madre. Él tenía prisa porque su vuelo salía en tres horas y yo unas ganas locas de marcharme de allí, por lo que aproveché para irme al mismo tiempo con la excusa de acompañar al superventas de moda. Era una disculpa a la altura de las circunstancias. Él era nuestra estrella; una de ellas en aquel momento. Sabía que Clara estaría encantada de que hiciese de cicerone de su superventas. Incluso celebraría que nos tomásemos una copa juntos e intimásemos. Estaba empeñada en que encontrase pareja estable.

—Genial, a ver si le convences de que se ponga con la escritura del próximo —me dijo sonriente y, bajito, mirando de soslayo a Anthony que me esperaba al lado del ascensor, añadió—: Que no se nos escape. ¡Que no se te escape! Está de toma pan y moja —concluyó guiñándome un ojo y sonriendo mientras caminaba hacia él para despedirse...

Anthony se encaminó a su hotel y yo a mi casa. En aquellos momentos no me importaba lo más mínimo si me llamaba o no, lo único que tenía claro era que yo no lo iba a hacer. Sabía que el diagnóstico de mi madre era bueno. No necesitaba otro y ella, mi madre, tampoco quería someterse a más pruebas. Confiaba en su médico de siempre, el de toda la vida. Sugerirle que visitase a otro especialista sería una labor más que ardua, incómoda y conflictiva.

Mientras caminábamos en dirección a mi coche, porque insistió en acompañarme, comentó que estaba llevando a cabo una campaña para recoger medicamentos y gafas a través de una asociación no gubernamental. Me pareció interesante y digno de admiración, pero mientras lo escuchaba no podía dejar de observar sus zapatos italianos de piel —de tafilete, para más señas—, y sus palabras desentonaban de manera brusca con su apariencia. Chirriaban. No le imaginaba recogiendo nada para nadie con aquel aspecto de rico espontáneo, de hijo acomodado en el clásico y carísimo sofá inglés Chesterfield de piel marrón, mientras su padre leía el periódico y tomaba un *whisky* escocés con hielo. Y él, relajado, bien peinado, demasiado peinado. Oliendo a perfume de marca, leyendo la sección de economía en el periódico; de editorial conservadora, por supuesto. Por más que intentaba desvincularlo de su apariencia, su imagen me evocaba el ambiente rancio, egoísta, falso y ególatra de los ricos. Cuando hacía un pequeño inciso y me miraba le sonreía irónica, con expresión de incredulidad, pensando que lo único que le faltaba para completar su imagen era la raqueta de tenis y la muñequera con la banderita de España al lado del reloj. Solo que no llevaba reloj. Estaba convencida de que aquello, lo de la ONG, era una estrategia más para llamar mi atención. Tenía las manos demasiado cuidadas como para ir

empaquetando medicamentos y gafas. Era demasiado perfecto para estar vivo, para identificarse con la vida y empaparse de ella, que es lo que hacen los miembros de una ONG. Solo con parte de su ropa podían pagarse muchos medicamentos, no hacía falta recoger nada. Yo, sencillamente, le habría subastado a él con su ropa en medio de la Rambla, en plena Feria del Libro, para más señas.

—Mi tarjeta —dijo extendiéndola hacia mí cuando llegamos al lugar donde estaba estacionado mi coche—. Me gustaría volver a verte. Por supuesto, también sopesar un nuevo diagnóstico para tu madre.

Le entregué la mía. No podía hacerle un desaire al superventas de Clara, no me lo perdonaría.

—No creo que mi madre se preste a un nuevo diagnóstico, pero te lo agradezco. Se lo comentaré cuando vuelva. La veré dentro de dos semanas. ¡Gracias!

—No me las des, lo hago encantado. Te llamo o me llamas, si te parece bien. Me encantan tus zapatos —apostilló mirando mis pies maltrechos por los tacones.

—Pues son de un muestrario, baratísimos, de saldo —le dije irónica, mirando los suyos.

—Son preciosos. ¿Tienes hora? —me preguntó con expresión incómoda—. No sé si con las prisas me dejé el reloj en casa o lo he perdido.

—¡Ya decía yo! —exclamé en un susurro espontáneo.

—¿Cómo dices? —me preguntó confuso.

—Las dos y cuarto...

Tomó un taxi mientras yo hacía tiempo para arrancar mi coche. Quería asegurarme de que se marchaba. Deseaba que no me llamase, no volver a verle. Recé por que mi tarjeta quedase olvidada en su bolsillo junto al montón que debía de llevar en él, como una más de las que sueles juntar en las reuniones de este tipo. Esas que luego no sabes identificar y que pasan, por ambas partes, a engrosar el tarjetero; sin más. No era mi tipo de hombre, no pertenecía a mi clase social. Le había cogido una especie de tirria estúpida y sin sentido, sin sentido pero tan fuerte que me incomodaba lo suficiente como para no querer entablar ningún tipo de relación.

Cuando llegué a mi apartamento me quité los inútiles tacones, el sujetador, inútil también, me restregué los ojos sin miedo a que la máscara de pestañas o el corrector y la sombra de ojos se extendieran sin control y conecté la radio en el dial de música clásica. Abrí el ventanal del ático y contemplé el pedacito de mar, pensando en el tiempo que había perdido en el cóctel. Jamás me habían gustado ese tipo de eventos. En cierto modo eran necesarios, pero me incomodaban, desencajaban mis biorritmos, no pertenecían a mi hábitat.

Camino de la ducha miré los manuscritos. Cinco estaban sobre la mesa. Dentro de ellos, en la primera página, permanecían los informes y las cartas para los autores indicándoles que no se ajustaban a nuestra línea editorial. Los dos que había sobre el sofá aún estaban por valorar. Más de ochocientas páginas esperaban mi lectura. Una semana, pensé sentada en el sofá, hojeándolos. Solo una semana para leerlos. Una

semana en la que también tenía reuniones, puestas a punto de estrategias de mercado y llamadas telefónicas que había pospuesto, más las ferias que se preveían. Aquello era la guerra, sería la guerra, pensé masajeando mis dedos maltrechos por la horma de aquellos zapatos de tacón de aguja que estilizaban mis pies y piernas, pero que de usarlos con asiduidad me convertirían en la paciente número uno del podólogo y el cirujano para los juanetes que empezaban a asomar amenazantes.

Cuando iba a introducirme en la ducha, el telefonillo del portal sonó con insistencia.

—¿Ayala?

—Sí, ¿quién es?

—Traigo una entrega para usted, ¿puede abrirme? Si es tan amable...

Corrí a ponerme el albornoz y recogí el ramo de rosas rojas que me enviaban. La nota manuscrita que acompañaba al ramo era de Anthony:

Clara me ha dicho que tus flores son las amapolas, pero es imposible encontrarlas tan rápido y en Barcelona. Espero que las rosas te gusten igual y que me des la oportunidad de conocerte más a fondo. Creo que tienes una idea equivocada de mí. Nos vemos en Santa Cruz. Te llamo en dos semanas, cuando te desplazas a ver a tu madre. Tus zapatos de saldo me encantan.

ANTHONY

Pues a mí no, pensé dando un puntapié a los zapatos. Puse las rosas sobre la mesa, al lado de los manuscritos valorados. Me metí en la ducha con la nota en la mano y dejé que el agua desdibujara las letras mientras pensaba en la charla que le iba a dar a Clara.

Pasé las semanas, como de costumbre, sin apenas tiempo para mí. El trabajo, mi trabajo, no se reducía a la oficina, iba conmigo en el coche, en la cesta de la compra, durante el desayuno, el almuerzo y la cena. Mi labor de editora tenía una duración de veinticuatro horas. Leía, tenía que leer todo lo posible, cumplir objetivos. Y era curioso porque, aun leyendo diariamente, me moría por hacerlo por ocio, no por trabajo. Seguía comprando publicaciones nuevas para perderme entre sus letras cuando tuviese tiempo libre. En cada uno de mis viajes a Tenerife llevaba varias novelas que había ido comprando con el iluso propósito de leer en mi tiempo libre. Nunca lo hacía. El tiempo del que disponía siempre era menor que el necesario y lo dedicaba a mi madre, a pasear y a pintar, sobre todo a pintar.

La casa de Tejina dejó de estar llena de manuscritos por valorar o estimados y se atestó con las novedades del mercado, incluidas las que yo no evaluaba en mi editorial: sobre todo las históricas y de intriga. Géneros que pertenecían a mis compañeros Javier y Germán, respectivamente.

Y así, con mi *trolley* cargado de libros, despeinada y con cara de estrés

existencial, como siempre, llegué aquel día a Santa Cruz, al restaurante de mi madre.

—No sé muy bien por qué no te dedicas a la pintura —dijo señalando uno de los cuadros del restaurante—. Eres muy buena, bastante.

Anthony conversaba con mi madre como si se conociesen de toda la vida. Esperaban mi llegada para el almuerzo. Solté el *trolley*, que se desniveló y cayó al suelo de lado. Él se levantó como si tuviese un resorte y se hubiese activado al caer la maleta.

—Porque la pintura no da dinero. Cósimo era pintor. Un gran pintor, pero jamás pudo vivir de ello —respondió mi madre—. El restaurante es sacrificado; la hostelería es uno de los trabajos más sacrificados y a ella no le ha gustado nunca, claro que a mí, para ella, tampoco...

Levantamos la maleta casi al tiempo y nuestras manos se rozaron. Noté cómo él se alteró levemente. Tenía una apariencia diferente a cuando le conocí. Calzaba unas alpargatas blancas de esparto, unos vaqueros desteñidos y camisa que parecía tener bastantes lavados. Incluso su pelo rubio lucía desgredado.

—¿Dónde están tus tacones de aguja? —preguntó mirándome los pies y sonriendo con cierta ironía.

—Y tú, ¿dónde has dejado tu ropa de marca? Hoy pareces un proletario y en Barcelona parecías un superventas de clase alta lleno de cocodrilos y caballitos. Podrías haber montado un zoo sin problemas —dije en un tono nada amable.

Mi madre parecía disfrutar con nuestro encuentro, por muy irascible que pareciera, y sonreía con un aire infantil. Le había invitado a comer. Cuando Anthony se marchó, me comentó que él había llegado preguntando por mí y que tras charlar un rato, le había invitado a quedarse a comer y esperarme. Que él se había sentido incómodo por lo que yo pudiera pensar al verlo allí, pero que se quedó por la insistencia de ella.

Nos vimos los tres días que permanecí en Tejina. También los fines de semana siguientes que fui a ver a mi madre. Llegado el momento de las vacaciones estivales, me comentó que se marchaba a África. Permanecería allí hasta septiembre. Formaba parte de una ONG que recogía a niños que se habían quedado huérfanos por culpa de la malaria y el sida. Fue entonces cuando me propuso viajar con él, formar parte de la organización. Ser la profesora de pintura y lengua de los niños.

Aquel verano fue el primero en el que viajé a África, el continente de mis sueños. La tierra de las jirafas de Bastián, nuestra tierra prometida. Y allí, bajo su luna, Anthony y yo hicimos el amor por primera vez. Él feliz, planificando nuestro futuro juntos, locamente enamorado de mí. Yo, añorando las manos de Bastián: su risa, sus susurros, su duermevela después del orgasmo, sus brazos rodeando mi cintura y su forma de mirarme cuando el agua de la manguera del riego mojaba mis pies descalzos en la Toscana. Echando en falta los ladridos de *Piero* corriendo tras él. Recordando las prisas por volver a casa antes de que anoheciera y la soledad que me producía su ausencia a mi lado, en la cama. Extrañándole más que antes, más que

nunca. Llorando por no poder amar a Anthony como se merecía, como debía hacerlo, como quería hacerlo y no podía.

Anthony había robado parte de mi corazón, solo una parte porque el resto pertenecía desde siempre, desde el momento en que vine a este mundo, a él, a Bastián. Desde la primera vez que me besó supe que jamás querría a otro hombre como le quería a él. Pero Bastián no estaba. Lo más probable era que jamás volviéramos a encontrarnos y yo tenía que seguir viviendo, no podía negarme la felicidad a la que tenía derecho, y... me dejé llevar. Pensé que con el tiempo su recuerdo, el daño que me hacía su ausencia desaparecería, dejando de formar parte de mi presente, y podría llegar a querer a Anthony como se merecía.

Dicen que el amor es pura química y que este, a través de la convivencia, puede surgir con el tiempo entre dos personas que no tienen entre sí ni la más mínima atracción. Que el cariño de uno por el otro es suficiente, que termina siendo correspondido en su totalidad.

Mentira.

Si fuese así, jamás habría dejado a Anthony y tampoco habría vuelto con Bastián sabiendo lo que sabía. El amor..., el amor puede hacerte el ser más desgraciado o convertirte en el más afortunado, incluso las dos cosas al mismo tiempo. El amor es una putada maravillosa, pero una putada a fin de cuentas.

Bastián

La atracción que sentía por Ayala traspasaba los límites de mi raciocinio. Me moría por acostarme con ella, pero al mismo tiempo disfrutaba mirándola, sin más. Escuchando sus vivencias. Dejando caer mi mirada melancólica sobre sus hombros desnudos. Contemplando, embaucado, el brillo de sus ojos grises, su pelo lacio y oscuro como el carbón.

—Estoy seguro de que tu casa tiene más libros que la biblioteca de Tenerife —le dije observando la ingente cantidad de libros y manuscritos encuadernados que se apilaban en la entrada y el salón—. Con todo esto y los lienzos podríamos montar un negocio cultural.

—Te equivocas —respondió riendo—, la habitación donde vas a dormir tú es la que realmente tiene más ejemplares, lo que ves aquí es solo una muestra.

—Pensé que dormiríamos juntos —respondí sonriéndole.

Por su gesto al volverse y mirarme me pareció que no le hicieron gracia mis palabras. Me acerqué y le di un beso en la mejilla a modo de disculpa, que entendió y aceptó.

Mientras almorzábamos fue contándome parte de su vida. De los años en los que no habíamos estado juntos. Me habló de Anthony, de cómo le había conocido, de su primera y errónea impresión sobre él. Me dijo que le quería, que él se merecía que le quisiera más de lo que ella podía. Sus planes eran dejar la editorial, establecerse fuera de Tejina, en la casa de Anthony en Santa Cruz, tener hijos y pintar. Dedicarse de lleno a su pasión por la pintura. Pero no estaba enamorada de él. Le quería, pero eso no era suficiente:

—Le quiero, Bastián, le quiero muchísimo. Es un gran hombre. Sus metas son similares a las mías, su mundo es como el mío. He pasado tres años de mi vida a su lado, viajando a África, luchando por los niños, dejándonos la piel en ello. Pero no estoy enamorada de él y no se merece vivir engañado. No puedo seguir engañándole, engañándome...

Me preguntó por mi vida, por mis relaciones, pero no fui sincero con ella, no podía, no tenía valor para contarle que mantenía una relación con una mujer casada, compañera de trabajo. Que no estaba enamorado de ella pero que me atraía profundamente y que, como le había sucedido a ella con Anthony, también la quería. Que ella se merecía que lo hiciese porque la culpa de aquello, de su infelicidad matrimonial, la había tenido yo al conquistarla.

—Mi vida sigue siendo la de siempre. En cuanto a mi trabajo, no me gusta, pero me aporta ingresos importantes. He conseguido que Samantha, mi hermana, duerma tranquila, creo que eso es suficiente. Aunque ahora, teniendo contacto con una

editora, estando enamorado de ella —apostillé mirándola fijamente; ella agachó la cabeza—, estoy pensando pedirle un favor cuando termine mi próxima obra que me permita dejar el trabajo en el bróker —concluí levantando su barbilla con mi mano y mirándola.

Debí besarla, pero me contuve. Ella sonrió y tomó mi mano entre las suyas.

—Te sigo echando en falta a mi lado. Sé que esto es estúpido, demasiado repentino, fuera de toda lógica, pero cuando te vi en África supe que jamás podría dejar de quererte. Lo estoy pasando mal, Bastián, muy mal. Anthony está destrozado y sufro por él...

Intento recordar quién de los dos fue el primero que se aproximó al otro, pero no lo consigo. Recuerdo que comenzó a llorar, sin ruido, sin un solo quejido, y cómo sus lágrimas empaparon mi cara cuando nos besamos. Que nuestras manos se unieron y que hicimos el amor en el gran sofá del salón. Que dormimos toda la tarde abrazados, desnudos, y que *Danko* permaneció a nuestros pies inmóvil, con los ojos abiertos, alerta, mirando la puerta de entrada. Como si protegiese nuestro amor de una amenaza que solo él veía y nosotros presentíamos desde siempre.

Aquel día, el primero de nuestro encuentro, no salimos de la casa. Me enseñó todos sus lienzos, incluso los que almacenaba en el trastero. Hizo un boceto de mí, desnudo, sentado de espaldas a ella, acurrucado como si estuviera preso de mí mismo. Esas fueron sus palabras cuando me indicó cómo debía sentarme y la postura que necesitaba que tomase para dibujarme tal y como me había imaginado. Horneamos pan y guisó una caldereta de marisco que aún perdura en mis sentidos. Cenamos en la terraza, sin más luz que la de las velas que ella había colocado en el suelo y la mesa. Descalzos y con una sola camiseta que cubría nuestros cuerpos desnudos. Ansiosos por volver a sentir el deseo que nos quemaba por dentro.

Se durmió con su cabeza sobre mi regazo, mientras yo deslizaba mis dedos por su melena. Su respiración parecía mecida, velada por el sonido de los móviles que sonaban de forma extraña. No se percibía viento o brisa alguna, pero las piezas que componían los móviles se zarandeaban despacio, al compás de su respiración. Como si alguien los estuviera soplando. Me levanté con cuidado y la dejé sobre el sofá. La arropé. Conecté el reproductor de música y los Beatles comenzaron a sonar. Pasé la mayor parte de la noche observándola, mirando sus pinturas, sus blocs de dibujo, su firma sobre ellos y la jirafa blanca de mi visión que acompañaba a todas las rúbricas. Sus fotos, las imágenes de una parte de su vida que yo no había compartido. Disfrutando con alguna de las expresiones de alegría que mostraba en las instantáneas. Sintiendo dolor al ver aquellas en las que aparecía con Anthony. Muchas eran de África, junto a los niños. En otras estaba abrazada a él, tumbados al sol, en la terraza, riendo con sus manos unidas. La misma terraza en la que nosotros habíamos hecho el amor al anochecer, bajo la luz tenue de las velas, acompañados de la dulce melodía de los móviles que atenuaban el sonido de nuestros jadeos. Cuando terminé de hojear todos los álbumes la miré, le coloqué el pelo que le tapaba la cara y

me senté en el suelo, a su lado, pegado a *Danko*, que dormitaba también junto a ella. Estuve toda la noche en un duermevela, lleno, como nunca antes lo había estado, de ella, de Ayala.

Cuando me desperté, *Danko* lamía mi cara llevado por una especie de pasión inusitada. Ayala estaba de pie frente a mí, dejándole hacer.

—¡Le gustas! —exclamó divertida—. Diría que mucho, porque eso solo lo hace con sus huesos, los huesos de caña del cocido de mi madre. Los chupa con el mismo ahínco. Ten cuidado, mi niño, no sea que te vaya a comer.

»He preparado unas tostadas de jamón y tomate —dijo agachada. Retiró a *Danko* y me dio un beso—. ¡Buenos días! Hacía mucho tiempo que no dormía como anoche, creo que se lo debo a usted. —Sonrió y volvió a besarme—. ¿Sabes? Tuve un sueño extraño pero entrañable.

La miré; la miré como si no la hubiera visto jamás porque me parecía mentira que estuviera allí, a mi lado, desnuda, acurrucada en mi costado. Como Eva, como Dios tuvo que crear a la primera mujer: hermosa, demasiado hermosa, demasiado perfecta, tanto que el solo hecho de contemplarla hacía daño, dolía como si fuese un castigo.

Giré mi cuello, hice unos movimientos de izquierda a derecha intentando recolocar mis vértebras, doloridas por la postura que había adoptado: la cabeza apoyada en el sofá y sentado en el suelo. Le acaricié los labios con mis dedos y me incorporé, trayéndola a mi regazo. Sentí cómo mi cuerpo desnudo y el suyo volvían a ser uno, a querer ser uno solo.

—Dime, ¿cuál ha sido ese sueño?

—He soñado con Cósimo. Sonreía, nos sonreía. Nosotros hacíamos el amor y él soplaba los móviles de la terraza. Él quiso que te buscara. Fue su último deseo, que estuviéramos juntos, que fuese feliz...

Aquel día asistí a la Fiesta de los Corazones de Tejina con ella. Cada uno de los tres corazones representaba uno de los núcleos poblacionales del municipio —El Pico, Calle Arriba y Calle Abajo—, e iba acompañado de sus parrandas, transportado por ellas hasta la plaza de la iglesia del pueblo. Cada corazón pesaba, según ella me contó, unos ochocientos kilos y era llevado por unos veinticinco hombres. Contemplé cómo los hombres subían por las escaleras apoyadas en cada corazón e iban cortando los hilos con los que estaban cosidas las frutas y las tortas al corazón para después tirarlas a la gente que observaba el festejo. Cogí una de las tortas y ella, sonriente, me dijo:

—Ya puedes alardear de que has conseguido una torta de los corazones de Tejina, y no es cualquier cosa, créeme. Lo que el pueblo cultiva, al pueblo vuelve, esa es la tradición. Ahora eres parte de nosotros, de Tejina y de mí. Me perteneces —apostilló abrazándome.

»Tengo algo para ti —dijo sacando de su bolsillo una cinta de color rojo en la que había dibujado una jirafa blanca—. En 1909, según reza la tradición popular, durante esta fiesta, las jóvenes regalaban a los hombres una cinta de color que ellos colgaban

en sus bicicletas o en los caballos para la carrera de las sortijas. No hay carrera ni caballo donde puedas colgarla, pero quiero que la lleves en tu muñeca, eres mi hombre, siempre lo serás...

No quiso acompañarme a la estación, prefirió ver desde la terraza cómo se alejaba el taxi. Quedamos en vernos en Madrid el fin de semana siguiente. Quería que conociese a mi hermana, y a ella le era más fácil viajar a Madrid los fines de semana que a mí a Tenerife. Decidimos organizar nuestra vida para estar uno con el otro la mayor parte del tiempo hasta que nuestros trabajos nos permitieran vivir juntos. Pero antes yo tenía que poner muchas cosas en orden: hacerle saber a Samantha que me iría a vivir con Ayala, algo que temía porque bajo ningún concepto quería hacerle daño, que se sintiese sola. Y la más complicada: dejar mi relación con Amelia. No quería dañar a Amelia, la quería. Me resistía a dejarla, sentía, al pensarlo, al imaginarme dándole el último beso en los labios, una especie de angustia que recorría mi cuerpo desde el estómago hasta los dedos de los pies. Algo de ella se había hecho con una parte de mí. No sabía lo que era, cómo identificarlo, pero estaba ahí, como un susurro, como el sonido del viento en la lejanía, como el humo de una hoguera que en lontananza parece calentar tus manos sin que ellas estén próximas a las llamas sino todo lo contrario.

Cuando el taxi salía de la casa nos cruzamos con el coche de Anthony. Miró, desaceleró para hacerlo, y paró en el arcén. Me giré dentro del asiento y contemplé cómo se bajaba y seguía el recorrido del taxi con la mirada. Tal vez debí bajarme, pero fui incapaz de hacerlo. Miré mi muñeca y acaricié la cinta que Ayala me había regalado. La imaginé sufriendo al decirle a Anthony que le quería pero que estaba enamorada de mí.

Samantha

Pensar en el contenido de aquella carta manuscrita me daba vergüenza. El solo hecho de leerla me destrozaba por dentro. Ángel, el administrador del coronel, tuvo que sujetarme porque sentí un breve pero intenso desvanecimiento. Había permanecido a mi lado mientras la leía. Sentí tal apremio por hacerlo cuando me la entregó que no me percaté de que él continuaba a mi lado, en el descansillo de mi puerta, inmóvil, en silencio, esperando. Me ayudó a pasar dentro y a sentarme. Con el folio en mi mano derecha, con los documentos apretados en la izquierda, arrugados por la fuerza que ejercí al ir leyendo las palabras que el viejo militar se había tomado la molestia de escribir para mí antes de morir, con aquella letra de trazo irregular producto de su pulso inconstante pero lleno de una maldad firme y viva, demasiado viva, me dejé caer en el sofá.

Si el infierno existe, él tiene que estar en sus profundidades, pensé. ¡Hijo de puta! Es un hijo de puta.

—Cómo puede permitir Dios que un ser semejante haya vivido tantos años. ¿Cómo puede haber permitido que ejerza tanta maldad hasta su último aliento? ¿Cómo? —grité llorando—. ¡Maldito! ¡Maldito seas!

—Tranquilícese —me dijo Ángel, que permanecía a mi lado en el sofá—, debe tranquilizarse. El coronel era un hombre difícil, pero buena persona.

—Es mi hermano, ¿entiende? Mi hermano y mi padre —le grité tendiéndole la carta manuscrita—. ¿Buena persona? ¿Cómo puede decir que era buena persona? ¿Cómo? Era el mismísimo Diablo, solo eso puede dar una explicación lógica a su actuación.

Su cara se demudó a medida que iba leyendo. Me entregó el papel y dijo:

—Si puedo hacer algo por usted, lo que sea, dígamelo. Tenemos buenos investigadores.

Tal vez lo más lógico habría sido dejar las cosas como estaban, como habían permanecido durante años, pero no lo hice. En cierto modo me alegro, pero por otra parte, tal vez, si pudiera retroceder en el tiempo no indagaría. El desconocimiento, muchas veces, es una tabla de salvación. En este caso habría sido como una gasa que protege la herida, sin curarla pero evitando que el roce te haga más daño.

—Sí, me gustaría llegar hasta el final. Estoy segura de que no será tan difícil, porque él lo tenía todo controlado. No le imagino sin hacerlo, sin alzar su espada de Damocles sobre ellos todos estos años...

Tardé un año en conseguir mi puesto de enfermera en un hospital público. Me destinaron a la planta de pediatría. No quería tener hijos, pero los niños eran mi pasión. Tenía un sexto sentido para tratar con ellos, quizá porque mi vida había

girado en torno a la protección de mi hermano desde mi infancia. Porque había sido una niña vieja, una madre prematura y al tiempo una niña. Aquello, estoy segura, me dio un punto de vista diferente en cuanto al trato con ellos y me convirtió en enfermera jefe.

Mi vida dio un giro. Comencé a quedar con los compañeros de trabajo, a alternar, a asistir a cenas y almuerzos los fines de semana que no teníamos guardia. Ángel, el administrador del coronel, me visitaba de forma asidua. Iba desgranando las noticias, la información que los investigadores del bufete conseguían. Lo hacía poco a poco, demasiado despacio, pero esa lentitud, entonces, yo la consideraba normal. Con el tiempo nos hicimos amigos, y más tarde iniciamos una relación de pareja. Él se adaptó a mis horarios y a mis guardias imprevistas sin problemas, sin una sola queja, también a mi decisión de no ser madre. Tampoco quería tener hijos. Y yo me dejé llevar.

En los comienzos de nuestra relación no estaba enamorada, pero su compañía me hacía bien, me sentía segura. Hizo que la soledad que abrigaba mi casa se fuera con sus risas, con sus bromas y anécdotas del despacho. Algunos de los casos que llevaban parecían sacados de una novela, tocaban todos los géneros: humor, suspense, historia y política, con sus malversaciones y tráfico de influencias incluidos.

Me habitué a tenerle a mi lado, a ver su cepillo de dientes en mi baño, a que hubiese alguna muda de él en mis cajones, a pensar en el menú que iba a poner cuando venía, a llenar la nevera de cervezas y, sobre todo, a preocuparme de que el congelador y el armario del dulce no estuvieran vacíos. Algo que era habitual desde que Bastián se había marchado a la universidad. Se hizo un hueco en mi vida. Sin querer me di cuenta de que formaba parte de ella, tanto que me había olvidado de la investigación; hacía más de un año y medio que ni tan siquiera le preguntaba y él tampoco me daba noticias al respecto.

—Creo que deberíamos plantearnos vivir juntos —le dije un domingo durante el almuerzo.

Sonrió, me dio un beso y respondió:

—Ya sabes que tengo que estar un mes en Londres, a mi regreso lo hablaremos con calma. Además, Bastián está a punto de regresar y tal vez no le haga gracia encontrarse conmigo viviendo aquí. Debes sopesarlo.

—Bastián no es un impedimento. Estará encantado, estoy segura de ello.

—Tal vez él esté cómodo, pero a mí me resultará violento. Ya sabes que durante sus vacaciones he procurado no estar. No sé, quizá sea conveniente que antes sigamos un tiempo igual, hasta ver qué tal nos va a los tres, porque no será lo mismo...

Le llamé varias veces a Londres, pero nunca cogía el teléfono. Llamé al bufete y pregunté por él:

—¿Ángel? No está —me respondieron.

—Soy Samantha, necesito hablar con él —dije un tanto confusa—, debería haber regresado hace una semana, según me dijo, pero no he recibido noticias tuyas y no

contesta al móvil.

—¿Regresar? —inquirió su secretaria un tanto irónica—. Veo que no le ha dicho que se establecía en Londres, en la oficina que tenemos allí. Con su esposa y sus hijos —puntualizó con fuerza, enfatizando los sustantivos.

Creo que durante unos segundos dejé de respirar.

—Estaba esperando unos documentos sobre una investigación de un caso — conseguí articular.

Preguntar por los documentos de la investigación del coronel fue lo único que se me vino a la cabeza en aquellos momentos para disimular mi vergüenza.

—¡Ah, sí! Los dejó antes de marcharse. Me dijo que solo en el caso de que usted los reclamase se los hiciese llegar. ¿Qué prefiere? ¿Se los mando a su domicilio o al trabajo?

Había hablado con ella cientos de veces, pero aquel día el tono de su voz era diferente. Distante, recriminatorio.

—A mi domicilio, por favor.

—Bien, se los haré llegar enseguida, lo antes posible. Don Ángel dejó varios encargos, no solo el suyo —apostilló irónica—. Es la segunda «cliente» que llama, aún queda una por hacerlo —concluyó con ironía manifiesta.

Colgué.

Me costó meses reponerme. Y durante todos y cada uno de los días me juré a mí misma que jamás volvería a tener una relación similar. No le conté a Bastián nada de lo sucedido.

—¿Cómo que lo has dejado con Ángel? ¿Qué ha pasado, Samantha? Es un tío estupendo, no te entiendo. Tienes que abrirte, olvidar el miedo que tienes a que te hagan daño, a perder a las personas que quieres. No sé qué habrá sucedido, pero estoy seguro de que no será para tanto. Dame su teléfono y le llamo, verás como le tienes esta noche tocando el timbre con las cervezas en la mano y un ramo de rosas blancas, como a ti te gustan.

Lloraba, ahogada, intentando que él no se percatara de mi tristeza, de lo frustrada y ridícula que me sentía.

—Ya te contaré cuando regreses. Estoy bien, tú céntrate en tus estudios, estás a un paso de terminar la carrera, eso es lo más importante. Si me quieres, y sé que es así, debes centrarte en eso y en nada más. Yo estoy bien...

Mentí.

Dos días antes de llamarle había recibido el sobre con toda la documentación sobre la investigación. Nada más abrirla, lo primero que comprobé fue que Ángel tenía todos los datos desde hacía un año y medio. Un mes después de que nuestra relación se convirtiese en una de sus tres infidelidades ya disponía de todo, pero me lo ocultó. Los motivos podían ser solo dos: evitar que yo siguiera haciéndome daño al descubrir más detalles de lo sucedido o darse tiempo para intimar conmigo. Durante un tiempo pensé que fue el primero el que le llevó a ocultármelo; me era más

llevadero pensar que en el fondo me quería, que le importaba lo suficiente y que nuestra relación no fue simplemente un escarceo sexual que le sacaba de la rutina y le aliviaba en sus responsabilidades maritales. Pero transcurridos los meses, cuando el tiempo aminoró mi pena, pasé a ese período en que el sentirte utilizada no te hace daño y comprendes que el verdugo es el verdadero culpable y la incomprensible empatía pierde fuerza. Dejas de sentirte una víctima, dejas de compadecerte y aprendes que el mundo, la vida, pertenece a los fuertes.

Tardé mucho tiempo en tomar la decisión de qué hacer con la información. Guardé todo con los documentos que tenía de mi abuela. Meses después de que Bastián, estando ya establecido en su trabajo, me presentara a Ayala, y me dijese que habían tomado la decisión de vivir juntos, decidí desenterrar el pasado, utilizar la información que me había proporcionado Ángel. Era el momento más propicio. Bastián viajaba a Tenerife, la madre de Ayala había fallecido y dispondría de unos días para investigar sin que él estuviese a mi lado, sin que pudiese sospechar nada.

—¿No quieres que vaya contigo? —le pregunté mientras metía con precipitación la ropa en la maleta.

—No. Ayala está bien, dentro de lo que supone, pero era algo esperado. No te preocupes, ella sabe que para ti es más difícil faltar al trabajo. Es una pena que no hayáis podido conoceros. Pero la traeré en cuanto esté recuperada. Te llamo cuando llegue...

Aquella tarde, durante mi descanso, desde una de las cabinas del hospital, llamé al número de teléfono que había subrayado en rojo en la documentación que me había proporcionado Ángel. No sabía cómo iba a presentarme o qué decir exactamente, pero estaba segura de que debía hacerlo, tenía que llamar y hablar con ella. Necesitaba saber qué había ocurrido realmente. Preguntarle por qué había hecho aquello, qué motivos tenía para ello. Si estaba arrepentida, si algún día lo estuvo. Los hechos eran tan dolorosos, tan inhumanos, que necesitaba una explicación. Necesitaba que ella me diera una explicación convincente a todo aquello:

—¿Sí?

—Buenas tardes, quería hablar con Ana Estuardo —dije con la voz entrecortada.

—Ana falleció de madrugada —me respondió una voz que me pareció conocida—. Soy su hija, Ayala. ¿En qué puedo ayudarla?... ¿Oiga? ¡Oiga!

Permanecí unos segundos escuchando su voz, identificándola a la perfección, la de ella y la de Bastián, que le preguntaba quién llamaba.

Llorando, dejé caer el auricular, que golpeó contra los laterales de la cabina, mientras la gente que pasaba me miraba con expresión de extrañeza. Caminé durante horas por las calles, con la bata, perdida entre los viandantes. Maldiciendo mi suerte. Sin saber adónde iba ni qué iba a hacer, hasta que un policía me paró y me llevó al hospital.

Dios, de existir, había vuelto a olvidarse de nosotros, una vez más.

Ayala

La salud de mi madre fue empeorando desde que Bastián nos visitó, desde que le comuniqué que había decidido vivir con él. El rechazo que sentía hacia mi relación era manifiesto, más que evidente. Sin embargo, por más que le insistía en que me explicase qué era lo que no aceptaba de Bastián, qué era lo que no le gustaba, ella guardaba silencio. Lo único que repetía era que Bastián no era mi hombre, que nunca lo había sido y que nunca lo sería.

—Anthony te quiere, aún sigue enamorado de ti. ¿Por qué no hablas con él? Aún estás a tiempo de volver, de reemprender la relación. Es un buen hombre, tiene una buena posición y te adora, te quiere con locura...

La enterramos en Tejina. No quería ser incinerada. Decía que yo necesitaría un lugar de referencia, un sitio donde quedase algo material de ella, aunque con el tiempo solo fuese el nombre en la lápida. Un lugar donde yo pudiese ir a contarle mis penas o alegrías, porque el ser humano vive sumergido en lo material. Aunque ella creía firmemente en la existencia de Dios y en la vida después de la muerte, en la existencia de la misma sin necesidad de materia, decía que en esta vida nos aferramos solo a lo que vemos o podemos tocar. Afirmaba que el poder visitar su tumba sería un consuelo para mí en muchos momentos. Siempre tendría adónde ir, alguien con quien hablar y un sitio donde cobijar mis sentimientos.

No se equivocó.

Al funeral asistió Anthony. Creo que jamás podré agradecerle lo suficiente su comprensión y el comportamiento impecable que tuvo con Bastián. Su ayuda y sus palabras:

—No hace falta que te diga lo mucho que la quería, lo mucho que te quiero y que, hagas lo que hagas, siempre te querré y te apoyaré. Solo deseo que seas feliz.

»¡Cuidala! Hazlo como si te fuese la vida en ello —dijo dirigiéndose a Bastián.

Él asintió moviendo la cabeza con un gesto afirmativo y una expresión de incomodidad.

Dos años más tarde, Anthony se casó con una de las voluntarias de la ONG y se instalaron definitivamente en África. Clara, de vez en cuando, me cuenta algo sobre sus andanzas. Me manda a Canadá, entusiasmada, sus publicaciones, que siempre están en puestos destacados de ventas. Parte de los *royalties* son destinados a la ONG, aunque imagino que el resto, las cantidades que percibe después de descontar su donación, también las utiliza en beneficio de los niños.

Hace años que no hablo con él. Que no sé nada de Bastián ni de él. Mi vida dio un giro de ciento ochenta grados a los pocos meses de fallecer mi madre. Hui lo más lejos posible. Me marché a un lugar en donde el pasado no pudiera dar conmigo,

donde intentar burlar al maldito destino. Donde el amor que sentía por Bastián pudiera, al menos, perder un poco de fuerza, de esa fuerza que me abrasaba por dentro y no me permitía vivir como lo hace el resto de los mortales, en paz conmigo misma: con mis sentimientos.

Eso creí entonces, que marchándome escaparía.

Cuando finalizaron las exequias por mi madre dejé todo en manos de Décima: el restaurante, la casa de Tejina, y regresé a mi casa en Barcelona. A veces, entrado el anochecer, cuando me sentaba para iniciar la lectura de algún texto, levantaba por inercia el teléfono y llamaba a la casa de Tejina, como solía hacer cuando aún vivía mi madre. Esperaba durante unos minutos hasta que la línea se interrumpía. A pesar de que sabía que nadie iba a contestar al otro lado, mantenía la inocente e infantil esperanza de escuchar su voz a través de la línea telefónica. Deseaba con todas mis fuerzas que su pérdida fuese un maldito sueño del que no conseguía despertarme.

Bastián y yo aplazamos nuestra convivencia por un tiempo; la muerte de mi madre y algunos cambios en su trabajo nos obligaron a ello. Nos veíamos los fines de semana. Él viajaba a mi casa, en Barcelona. Preferí esperar para conocer a su hermana unos meses, cuando mi estado anímico no fuese un condicionante. Cuando tuve decidido qué hacer con el restaurante y la casa de Tejina, viajé a Tenerife. Vendí el restaurante al hijo de Décima.

—Siempre será tuyo, siempre —me dijo Décima cuando firmábamos la compraventa, gimoteando como una niña pequeña—. Tienes que prometerme que cuando vengas a Santa Cruz lo harás del mismo modo en que lo hacías cuando vivía tu madre. Aquí, mi niña, eres un tesoro...

Guardé el sofá de Cósimo en el trastero, era incapaz de deshacerme de él. A pesar de que estaba para tirarlo, no podía. Organicé los armarios. Trasladé toda su ropa, la de ella y parte que conservaba de Cósimo, al armario del pasillo y lo cerré con llave. Redecoré toda la casa, la pinté y cambié parte del mobiliario. A excepción de los móviles que se quedaron en la terraza meciéndose todas las noches, aun sin viento, no dejé nada que pudiera recordarme el pasado.

Bastián quiso acompañarme durante aquella semana de vacaciones. Ayudarme en la difícil tarea de amontonar recuerdos y añoranzas, pasajes de una vida entera con mi madre, pero no quise. Mi duelo era privativo en el sentido más literal de la palabra. Si no lo hacía en soledad, si no tenía el valor de enfrentarme a su ausencia sin un hombro en el que llorar, no sería duelo. No el que yo necesitaba. Y lloré, y reí, y grité al recordar. Primero llena de ira, enfadada con la vida, después por impotencia y al final llena de dolor, del enorme daño que me producía su ausencia. Lloré sintiendo cómo la melancolía inundaba todo mi ser y mi existencia. Olí sus prendas, acaricié sus blusas largas y finas con las que decía sentirse más delgada y joven. Besé sus anillos y, como cuando era una niña, me puse algunos de su camiones para dormir. Y así, acurrucada entre sus cosas, con los ojos hinchados, descansé los dos primeros días. Después, cuando había vaciado parte de mi dolor, guardé todo en el armario.

Llamé a los pintores, que me ayudaron a deshacerme de los muebles que no quería, y me marché con Décima hasta que concluyeron su trabajo.

Durante aquella semana fui todos los días al cementerio, a dejarle un ramo de margaritas blancas, las flores que más le gustaban. Junto a ellas también deposité, menos el último día, un pequeño manojito de amapolas mientras susurraba: son de Bastián. Al día siguiente, cuando regresaba, las amapolas estaban retiradas de la lápida, fuera de ella, como si las hubieran empujado al suelo. Las margaritas permanecían en la misma posición y lugar que las había dejado. El último día solo dejé las margaritas.

En aquellos dos meses que precedieron a la muerte de mi madre, la relación con Bastián se afianzó. Cada día que pasaba nos echábamos más en falta. Los fines de semana ya no eran suficientes, necesitábamos estar juntos todos los días. Vernos al despertar: apagar la luz de la mesilla al tiempo, dormir abrazados, compartir baño, sueños, frustraciones diarias, risas y silencios frente al televisor o cada uno en una habitación. Ambos queríamos vivir juntos, pero uno de los dos tendría que renunciar a su puesto de trabajo. Planteé en la editorial la posibilidad de trasladarme a Madrid, a la sucursal que tenía allí la casa. No hubo problemas. Antes de hacer efectivo el traslado, Bastián quiso que conociese a su hermana. Habían pasado dos meses desde la muerte de mi madre, desde que pospusimos nuestro encuentro.

Me recibió con los brazos abiertos. Pasé con ellos el fin de semana completo, con ella y con el que en aquel momento era su pareja. Supe que después, cuando él le planteó tener hijos, la relación se terminó. Su amabilidad y cariño, su interés por mi vida y la de mi madre me llamó mucho la atención. Durante aquel fin de semana no paró de hacerme preguntas sobre nosotras y nuestra vida. Y aunque a Bastián le parecía algo normal, una muestra de cariño, a mí me resultaba un tanto obsesivo.

El domingo, Bastián salió tras una llamada de una de sus compañeras del bróker, con la que mantenía una relación de amistad estrecha, Amelia. Dijo que tenía problemas, su marido no estaba en casa y uno de los hijos tenía fiebre alta que ella no conseguía bajar. Se ausentó por la mañana, antes del almuerzo, para acompañarla al hospital. Me dijo que volvería sobre las cuatro. Mi AVE salía a las ocho de la tarde, pero podía cambiar el billete. No me gustó tener que quedarme con Samantha sola, pero ella pareció cambiar su actitud hacia mí. Se mostró entusiasmada por que pasáramos unas horas solas y juntas. Vi que habló con su pareja, y este se disculpó y salió del piso. Me pareció una actitud extraña, pero no podía hacer nada, sería un desagravio, sobre todo para Bastián.

En aquellos momentos me sentí perdida, más que nunca. No sabía qué pasaba. La llamada de teléfono de Amelia me resultó extraña, fuera de lugar:

—No te enfades, Bastián, pero... ¿tu compañera no tiene familiares a los que llamar? —le dije molesta cuando colgó el teléfono.

—No. Está sola, no seas niña. ¿Quieres venir conmigo? Si así te sientes mejor, vente —me dijo mientras cogía las llaves del coche.

—Deja que se vaya, así tendremos la oportunidad de comer juntas fuera. Me dijiste que te gusta la comida coreana: pues voy a llevarte a un sitio que te va a fascinar —dijo Samantha sonriendo al tiempo que ponía su mano sobre uno de mis hombros.

Desayunamos juntas. Tras unos minutos banales en los que hablamos del restaurante coreano, ella pareció coger fuerzas, me miró fijamente y dijo:

—Necesitaba quedarme a solas contigo. Iba a decirle a Bastián que saldríamos de compras, a proponértelo a ti, para quedarnos solas. Que Amelia haya llamado ha sido un descanso para mí. He esperado para hablar contigo hasta que estuvieses recuperada de la pérdida de tu madre...

Tras sus palabras, mientras me pasaba una carpeta con documentos, pensé que Bastián tenía una doble vida, que me estaba engañando con Amelia. Habría preferido que fuese eso, una simple y vulgar infidelidad.

Jamás hubiera imaginado aquello. ¡Jamás! Si no me hubiese mostrado los documentos, la declaración manuscrita del coronel, no habría dado por válidas sus palabras. Habría pensado que estaba loca, loca de celos, que era una hermana enferma, posesiva, y que hacía todo lo posible por separarme de su hermano, por destruir nuestra relación y así mantenerle a su lado para siempre.

Samantha me dio la opción de quedarme, de hablar con Bastián si así yo lo decidía, pero no pude. Aquello me superaba, superaba todo lo inimaginable. Debía marcharme, huir.

Recogí mis cosas llorando, destrozada como nunca antes lo había estado, y salí hacia el aeropuerto antes de que Bastián regresara. Había conseguido plaza en el puente aéreo. El AVE no tenía ninguna vacante a media mañana, y quería marcharme lo antes posible.

Él intentó localizarme al día siguiente en la editorial, pero yo había dejado órdenes expresas de que no me pasaran ninguna llamada de él. De que le dijese que me había ausentado por unos días. Aquella misma semana me despedí de la editorial y me marché a Tejina. Nada más llegar abrí el armario donde guardaba la ropa y los objetos de mi madre. Bajé la maleta en donde ella transportó el dinero cuando huimos de la península, cuando yo apenas era una niña, y la revisé con calma. En apariencia estaba vacía, no contenía nada, pero al pasar la mano por su superficie comprobé que tenía un doble fondo. Levanté la tela y allí, en su interior, estaba la camisa de mi padre, de la que ella había recortado un pedazo de tela para su manta. Miré la foto que me había dado Samantha y me eché a llorar. Creo que permanecí dos horas llorando, sentada en el suelo, con la camisa entre mis manos. Hasta que la puerta de la casa sonó. Era Décima. Me abracé a ella, histérica y desconsolada, con la camisa en la mano.

—Hija de mi vida, cómo te han hecho esto..., ¿por qué te lo han dicho? ¿Por qué? No era necesario. Vuelve con él. El amor es lo único importante, olvida lo que sabes, olvídalo.

»Si su hermana no hubiera vivido, jamás os habríais enterado de nada, vuestra vida habría sido como la de cualquiera. ¿Por qué? ¿Por qué ha tenido que decírtelo? Ni tu madre, sabiéndolo, dijo nada. Para ella, hacerte daño era lo último, antes prefería morir. Esa estúpida, por qué ha tenido que decirte nada, ¿qué gana? Solo destruir vuestras vidas, solo eso. No dejes que lo haga, vuelve con él.

—No puedo, Décima, no puedo seguir con él después de lo que sé, no puedo hacerlo. Samantha y yo lo hablamos. Ella me dio la opción de callar, me dejó elegir. Podría haber continuado con la relación, pero no puedo, no puedo.

—De sobra sabía lo que iba a suceder. Ella sabía lo que sucedería, no creas que lo ha hecho sin saber las consecuencias que traería todo esto. ¿Se lo ha dicho a él? —inquirió.

—No. Le haría mucho daño, demasiado, y eso es lo último que queríamos. Él jamás sabrá nada de esto, ¡jamás!

—Y tú... En ti no ha pensado, ¿verdad? Es una egoísta, una maldita egoísta. Vuestro amor es especial, siempre lo fue. Os queréis desde que erais adolescentes. El destino os ha vuelto a unir. ¿No entiendes que eso es algo que no sucede siempre, que tiene un motivo?

—Décima, lo sé, pero tú también sabes que tal vez en su situación habrías hecho lo mismo, ¿o no?

—No —respondió tajante—, pero respeto profundamente lo que decidas tú, como lo hacía con tu madre. Sois mi familia.

»Aquí tienes la dirección de mi hermana en Mondoñedo. Es un pueblecito precioso de Galicia. Allí podrás perderte durante el tiempo que quieras, reflexionar, volver a encontrarte y pensar con calma en todo esto. Ya he hablado con ella, y tiene todo preparado para que pases allí el tiempo que necesites...

Tardé un año en encontrar trabajo fuera de España, en Canadá. En una editorial de reciente creación. No dejé señas de mi destino a nadie. Décima se encargó del mantenimiento de la casa de Tejina. Me llevé a *Danko*. Supe por ella y por Clara que Bastián no paró durante meses de buscarme, de intentar encontrar mi rastro hasta que, imagino que abatido, dejó de hacerlo.

En Canadá, después de un año, conocí a Víctor y nos enamoramos. Él se enamoró de mí y yo le quería. Los acontecimientos parecieron tomar un rumbo más pragmático, más cotidiano, más al uso del común de los mortales.

Aparentaron hacerlo.

Entonces, la aparente normalidad con la que se desarrollaba mi vida me hizo creer que todo había pasado. Sin embargo, el destino todavía no había jugado su última baza, aún le quedaban cartuchos por quemar. Por mucho que me alejase, que intentase alejarme de él, de Bastián, nuestros destinos estaban entrelazados desde siempre, desde antes de ser concebidos, y nada podía interponerse a él, al destino, a nuestro destino.

Bastián

Aún recuerdo con claridad milimétrica, casi fotográfica, a mi hermana apoyada en el mirador del salón. Sus brazos sobre la barandilla negra, rozando las plantas y cómo el colorido de las flores asomaba entre el verde de las hojas. Las gotas de agua que caían de los tejados, lentas, grandes y sonoras, formando charcos aleatorios sobre las aceras. A la gente esquivándolos. Los coches con los limpiaparabrisas aún activados y el sonido estridente que producía el contacto de la goma con el cristal semiseco. Había llovido desde el mediodía, sin apenas tregua, hasta las cinco de la tarde, cuando regresé.

Sabía que algo sucedía; Samantha no solía estar en el mirador y Ayala no estaba con ella. Hacía horas que se había marchado.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté desorientado.

—Se ha ido.

—¿¡Cómo que se ha ido!?! Que se ha ido, ¿adónde? —le inquirí violento, alzando el tono de voz más de lo necesario.

—No lo sé, Bastián, no lo sé. Te siguió hasta la casa de Amelia, os vio. Bastián, os vio juntos. Ya te dije que tenías que haber aclarado tu situación con Amelia, que tarde o temprano, si no lo hacías, se enteraría. Temblé cuando le ofreciste ir contigo, temblé. Siempre estás jugando al límite y eso trae consecuencias, siempre las trae.

—Podrías haberlo evitado. Podrías haberlo hecho. ¡Eres una egoísta! Hubiera bastado con una llamada a mi móvil cuando ella salió de casa, con una sola llamada, Samantha. ¿Por qué no lo hiciste? ¡Dime! —le grité.

—Te llamé, pero me daba fuera de cobertura. La culpa de lo que ha sucedido no es mía, es solo tuya, Bastián, solo tuya. No sé a qué juegas manteniendo las dos relaciones, no lo sé. Pero creo que es lo mejor que podía suceder, porque en el fondo estás enamorado de Amelia.

—¡Qué sabrás tú! Tú no tienes ni idea de nada, ¡de nada! No mantengo dos relaciones. Amelia no se merece que la deje tirada sin más, tengo que intentar hacerle el menor daño posible. La quiero, Samantha, mucho, pero estoy enamorado de Ayala. Solo necesito tiempo, un poco de tiempo.

—Espero que Ayala te lo dé —dijo cabizbaja, con una expresión extraña que no había visto antes. Me pareció que evitaba mi mirada.

—¿No me estarás ocultando algo? —Ella calló—. Se lo has dicho tú, ¿verdad? —Siguió sin responder—. Si no la recupero no te lo perdonaré jamás, ¡jamás! ¿Me entiendes?

Se levantó del sofá pálida, temblorosa, y se encerró en su cuarto llorando. Llamé al número de móvil de Ayala incesantemente. La voz de la operadora de la compañía

telefónica me indicaba que estaba desconectado y no me daba opción de dejar mensaje.

Salí a la calle y comencé a andar, sin rumbo, sin receso, hasta bien entrada la noche. Sin darme cuenta terminé en casa de Amelia. Desde que se separó de su marido vivía en un pequeño apartamento cerca del bróker. Él se había quedado con la casa familiar y con la custodia provisional de los niños, hasta que terminasen el curso escolar, pero ella sabía que los críos querrían seguir siempre con su padre, era con quien más horas pasaban. A ella, en los últimos años, entre las fiestas de la empresa, las comidas y cenas y nuestros escarceos, que cada vez fueron más asiduos, prácticamente no la veían.

Cuando Ayala y yo volvimos a estar juntos, al regresar de mi viaje a Tejina intenté hablar con Amelia, pero no fui capaz de decirle lo que en realidad pasaba. Quería que no arruinase su vida, que siguiera con su matrimonio:

—Amelia, no creo que debas separarte. Sobre todo por tus hijos, piensa muy bien lo que vas a hacer.

—Te quiero, Bastián. ¿Tú me quieres? —dijo acurrucándose a mi lado como un bebé.

—Claro que te quiero, Amelia, muchísimo, por eso precisamente te digo que no te divorcies. Sería un error.

—¡Ah! ¿Le gustaron las amapolas a tu hermana? —preguntó al tiempo que me mordisqueaba la mejilla.

—Mucho —dije intentando sonreír, acariciando su cabeza despacio, con la mirada perdida, pensando en Ayala, en cómo iba a salir de aquello haciendo el menor daño posible a Amelia.

Desde que mi relación con Ayala se afianzó nos veíamos todos los fines de semana. Cuando Amelia se separó y se trasladó a vivir a la capital, al pequeño apartamento, no entendió por qué motivo no podíamos vernos los fines de semana en los que ella no tenía a los niños. Fui inventando excusas, parecidas a las que ella le ponía a su marido algunos sábados cuando aún estaban juntos. Esquivé los obstáculos hasta aquel domingo en el que Ayala vino a conocer a mi hermana. Aquel día, Amelia sufrió un ataque de ansiedad y me llamó dispuesta a visitarme en la casa de mi hermana. Lloraba, gritaba y amenazaba con comprobar por ella misma si mi hermana, tal y como le había asegurado, estaba enferma y yo no podía dejarla sola. No me quedó otra opción que ir a su apartamento. No podía permitir que ambas se encontrasen sin haberles dado una explicación.

Cuando por la noche toqué el telefonillo, empapado tras horas caminando bajo la lluvia, sin saber qué hacer, Amelia no dijo nada. Creo que siempre supo lo que sucedía, que lo presintió desde el primer momento. Me abrazó y sin preguntar me preparó un café caliente. Cuando percibió que estaba más tranquilo dijo:

—Pondré la ropa en la secadora, al menos así mañana tendrás algo que ponerte para el trabajo, porque imagino que no regresarás a casa. —Asentí con un

movimiento de cabeza—. Espero que me cuentes lo que sucede, que por fin te sinceres conmigo. Te quiero, Bastián, como nunca he querido a nadie. Creo que merezco que me digas la verdad...

Le conté todo, y como única respuesta a mi confesión dijo llorando:

—Es el karma, Bastián. Estoy pagando lo que he hecho yo, exactamente lo mismo que le hice a mi marido. Si no vuelves con ella, si no te perdona, estaré esperándote. Siempre te esperaré...

Aquella semana la pasé intentando localizar a Ayala. Quise ausentarme del bróker, pero estábamos en cuadro y no podía. Llegado el sábado tomé un vuelo hacia Barcelona; su apartamento estaba vacío. Llamé a Tenerife, a Santa Cruz, pero Décima no me dio detalles, ni uno solo, de su paradero.

—Mi niño, no se moleste en viajar, ella no está en la isla. Cuando mi Ayala toma una decisión, no da marcha atrás. A mí me hubiera gustado que ustedes estuvieran juntos, pero ella tenía las ideas muy claras. Lo siento mucho, Bastián, muchísimo, pero no puedo darle ninguna explicación porque no sé dónde está...

Sabía que Décima mentía. Ayala no desaparecería sin decirle adónde iba. Bajo ningún concepto dejaría de mantener contacto con ella, era su segunda madre. Y, como madre, Décima ocultaría su paradero si Ayala así lo quería.

Me distancié de mi hermana. Samantha sufría por mi actitud, por mi falta de confianza hacia ella, pero jamás volvió a mencionar nada sobre Ayala. Ni tan siquiera escuché una disculpa... Me equivoqué. Su actitud, extraña, impropia de ella, me hizo plantearme muchas veces la posibilidad de que en la huida de Ayala hubiese algo más que no me había contado, que todos me ocultaban. Pero, por más vueltas que le daba, jamás encontré otra explicación que la que mi hermana me dio.

Seguí con la búsqueda del piso en el que Ayala y yo íbamos a vivir juntos, ahora sin ella. Sin sus risas, sus planes. Sin esa capacidad espacial para saber las dimensiones de los apartamentos y lo que entraba en cada rincón sin necesidad de planos, de mediciones, con un simple vistazo. Sin sus exigencias: la casa tenía que tener una terraza grande donde ella pintase y yo tallara. Su techos debían ser altos. Estaría lleno de estanterías donde colocar sus libros y mis tallas de madera. Quería que fuese una casa antigua, porque eran las únicas construcciones de techos de más de tres metros de altura. Y yo buscaba la casa sin ella pero siguiendo sus parámetros al pie de la letra, con la esperanza de algún día poder compartirla con ella, como habíamos soñado. Miraba los pisos y los locales cercanos. Lo hacía aun sabiendo que aquello era hurgar en mi herida, hacerme daño a mí mismo, porque cada vez que entraba en uno recordaba sus palabras:

—Tus tallas en el centro y mis cuadros en las paredes. Será un éxito. Cuando nos hayamos establecido dejaremos nuestros trabajos. Estoy segura de que nos dará para vivir, aunque sea en camiseta y alpargatas... ¡Qué más necesitamos! —exclamaba, y de puntillas me daba un beso en los labios—. Solo hacer el amor, tallar y pintar e..., imprescindible, de vez en cuando viajar a África. Ella nos volvió a reunir y le

debemos fidelidad...

Intenté retomar mi primera novela, pero fui incapaz de hacerlo. Su texto ya no decía nada de mí, no me identificaba con ninguna de sus palabras, con sus personajes, con aquella historia de adolescentes que comencé siendo uno de ellos. Guardé los folios y comencé la escritura de otra obra. Cuando la tuve terminada la registré, la corregí varias veces y busqué las editoriales en las que su género encajara. La mandé a todas ellas al mismo tiempo. Recibí la misma respuesta: no encaja en nuestra línea editorial. Cada vez que comenzaba la lectura de una de las cartas de rechazo me acordaba de ella, de Ayala, y eso hacía que no me enfadase, que pensara que tal vez tenían razón, o que no era lo suficientemente bueno y debía dejarlo, o que el texto tenía que madurar.

El mercado financiero comenzaba ya a dar sus primeros tumbos. La burbuja inmobiliaria estaba en sus inicios, y era evidente que aquello reventaría más pronto que tarde. Sabía que ganarme la vida escribiendo era muy difícil; pocos lo conseguían. Los *royalties*, en el caso de publicar, eran escuetos, no superaban el diez por ciento del precio de venta sin IVA, y a eso había que descontarle los impuestos. Debías ser un superventas para tener unos ingresos decentes. Pero había decidido dedicarme a ello, hacer caso a Ayala y no traicionarme a mí mismo, me costara lo que me costase. Fui haciendo acopio de ahorros. Dejé de salir, de tomar copas, solo las estrictamente necesarias, y durante todas las horas que tenía libres me encerré en aquella casa, en aquel ático que debería haber compartido con ella, para escribir. Lo hice sin receso hasta que encontré aquel manuscrito. Al ver su firma, al hojearlo, supe lo que tenía entre mis manos. Lo que no sabía era que el destino, una vez más, había jugado su baza con la misma precisión. Aquello no era una simple coincidencia.

Samantha

Ayala me llamó antes de marcharse de Mondoñedo. Había encontrado trabajo en una editorial canadiense. Quería verme. Hablar.

Viajé un fin de semana a Galicia para despedirme de ella. Yo también necesitaba, antes de que saliese de España y emprendiese un nuevo rumbo, pedirle perdón por haber irrumpido en su vida de aquella forma, por no haber guardado silencio, por haber hablado a destiempo. Necesitaba explicarle con más detalle todo lo relacionado con nuestro padre.

Todo lo sucedido podía haberse evitado. Tal vez yo tendría que haber quemado los documentos de mi abuela y los del coronel, toda la información de la que disponía. Ellos no lo hicieron, cada uno por unos motivos diferentes. Yo también tenía los míos. Necesitaba conocer a la madre de Bastián, a su madre biológica. Lo que jamás podría haber imaginado es que ella, Ana Estuardo, era la madre de Ayala, la prometida de mi hermano. Que Ayala y Bastián eran hermanos.

Cuando supe que mi hermano solo lo era por parte de padre, debí contárselo a Bastián o destruir aquellos malditos papeles. Pero no hice ninguna de las dos cosas. Los guardé e indagué en el pasado. A Bastián aquello le afectaba directamente y yo debí decírselo, hacerle sabedor de sus verdaderas raíces, pero no pude. Creí que le haría sufrir. Sin embargo, me pudo el odio, la curiosidad, buscar una explicación a la actitud de mi padre.

En mis manos tuve la posibilidad de que su relación continuase como una más, como cualquiera, pero mi conciencia no me dejó y tuve que mostrarle a ella todo lo que sabía. Sus orígenes. Ayala y Bastián eran hermanos: hermanos de la misma madre y el mismo padre, mi padre.

Antes del accidente, un mes antes, nuestro padre iba a dejar a mi madre para irse con la madre de Ayala. Ella estaba embarazada de su segundo hijo, una niña: Ayala. Bastián fue el primero que ambos tuvieron. El día del accidente iban discutiendo sobre ello en el coche. Ya en el hospital, cuando recogieron a mis abuelos, tuvieron un desencuentro. El coche de nuestro padre se salió de la carretera invadiendo la calzada contraria, tal y como dijo nuestro tío. Posiblemente provocado por la discusión que no cesó, según mi abuela relataba en la carta que me entregó con los documentos.

Cuando llegué al pueblo, Ayala me esperaba en la entrada de la casa donde se alojaba, sentada en una especie de poyete. Al verla desde el interior del taxi, mirando hacia el camino, la imagen de su madre me vino a la memoria. Se parecía demasiado a su madre y yo no me había dado cuenta hasta aquel momento. Tal vez fuera la ropa, el peinado que aquel día era diferente: llevaba el pelo recogido en un moño a la nuca

y un pañuelo de color verde hoja le cubría la cabeza; lloviznaba y hacía viento. La postura de sus brazos cruzados y el gesto de tristeza de su rostro, unidos a su mirada llena de desamparo, me estremecieron. Se levantó en el momento en que el taxi paró y la imagen de la mujer del cementerio, aquella mujer que desde lejos estuvo en el entierro de mis padres, se clavó como una daga en mis pensamientos. En ese mismo instante supe que era su madre. Aquella mujer triste que me miraba, apartada del resto, apoyada en una de las lápidas, despeinada y confusa, era la madre de Ayala y de mi hermano.

Nos abrazamos. Ella cogió mi maleta, aunque yo me negaba a que lo hiciese. Había adelgazado varios kilos y su expresión, aquella expresión de alegría casi continua que tenía cuando la conocí, de la que Bastián siempre hablaba, había sido sustituida por un rictus de amargura y tristeza.

—Has adelgazado mucho. ¿Te encuentras bien? —le dije mirándola como lo haría una madre.

Era mi hermana, la hija de mi padre, su tercer hijo. Aquello me estremeció y la abracé llevada por un impulso espontáneo. Ella se echó a llorar y me dio un beso en la mejilla.

—¡Me alegro mucho de verte! No sabes cuánto —dijo mirándome a los ojos.

—Yo también. Pero me preocupas, estás muy delgada —volví a insistir.

—Estoy bien. He pasado unos meses terribles, Samantha. Terribles. Todo esto ha supuesto un duro golpe para mí, por muchas cosas, no solo es el tema del parentesco con Bastián... —Hizo una pausa—. Estuve a punto de tener un hijo suyo. —La abracé.

»Mi madre también lo sabía y calló. Ella lo supo desde que vio los dibujos, los retratos que hice de él cuando volvimos de la Toscana. Es idéntico a nuestro padre, idéntico. Cuando mi madre lloró pensé que lo hacía por mí, porque amaba a Bastián con toda mi alma y él no había hecho nada por encontrarme. Creí que sufría por mi desamor, pero lloraba porque los retratos eran de su hijo y yo, su hermana, me había enamorado de él. Es terrible, Samantha, terrible...

Durante los meses que estuvo viviendo allí, en Mondoñedo, lo único que hizo fue pintar, como si ello le sirviera de catarsis. Uno de los lienzos era para Bastián. En él había una mujer sentada frente a un mar de tierra: era África. Tenía el pelo recogido en un moño bajo y algunos mechones le caían sobre sus hombros desnudos. Miraba la puesta de sol. Un único árbol, una acacia al fondo. A su lado, una jirafa blanca. La mujer estaba de espaldas y desnuda, cubierta con una manta hecha de trozos de tela de diferentes colores. El pedazo más grande era un dibujo de un as de corazones. Este ocupaba la mayor parte de la manta, su centro y el de la espalda de la mujer del cuadro. Parecía un pedazo de lienzo sobre el mismo lienzo en el que estaba dibujada la manta. En el suelo, junto a ella, un ramo de amapolas.

—Son los cuadros que he pintado durante estos meses —dijo detrás de mí.

Yo me había detenido extasiada frente al cuadro de la mujer.

—El título es *As de corazones* —me dijo—. Este —dijo señalando el retal del as— es un pedazo del lienzo de Cósimo. Este es de unos vaqueros de Bastián. Los llevaba en la Toscana, cuando nos conocimos —puntualizó con la voz entrecortada. Las lágrimas comenzaron a resbalar por mis mejillas—. ¿Has traído el pedazo de tela que te pedí? —preguntó.

Tuve que sentarme. Lloramos, durante unos minutos permanecimos llorando y abrazadas. Después ella se secó las lágrimas con el dorso de su mano derecha, respiró profundamente y dijo:

—Voy a por la manta, quiero que seas tú quien lo cosa a ella. ¡Vamos, Samantha, sácalo de la maleta!

Creo que jamás podré dejar de querer a Ayala como la quiero, jamás. No encontraré descanso para mi alma, para mi corazón por haber guardado silencio tanto tiempo, por no haberla buscado antes, por el daño que les hice a los dos.

Pasamos la mayor parte del día hablando sobre nuestras vidas. Entrada la noche, después de la cena, le conté todo lo referente a su madre y nuestro padre:

—Tu abuelo, el padre de tu madre, era un coronel de reputación impoluta, rancio y severo. Educó a sus dos hijos varones en una escuela militar y ella, Ana, tu madre, fue la única que permaneció en el hogar familiar. Cuando se enteró de que nuestro padre, un hombre casado, había dejado embarazada a su única hija, una menor, montó en cólera. Amenazó a mi abuelo y a nuestro padre con arruinarles la vida si no aceptaban sus condiciones. Les exigió hacerse cargo de la criatura para no manchar el honor de la familia. Tu madre pasó todo el embarazo de Bastián recluida en casa de mis abuelos, en el pueblo. Creo que alguna vez tuve que verla porque el día del entierro de mis padres ella estaba allí, oculta, distanciada del cortejo fúnebre. Su cara me resultó familiar.

»Mi madre adoptó a Bastián como hijo suyo forzada por la situación. Tu abuelo tenía mucho poder y arreglaron todo para que el embarazo constara como de mi madre. El coronel pensó que allí terminaría todo. Internó a tu madre en un colegio religioso hasta que fue mayor de edad. Cuando tu madre salió del internado, volvieron a verse, a escondidas, como siempre. Estaban enamorados.

»Tu madre volvió a quedarse embarazada. Entonces mi padre tomó la decisión de separarse de mi madre. Luego sufrieron el accidente de tráfico. Tu madre se vio sola, soltera y con una criatura a la que cuidar.

»Parió sola, y sola continuó cuidándote durante tres años, hasta que ya no tuvo recursos suficientes para hacerse cargo de ti. Recurrió a su padre, pero este le negó ayuda, cualquier ayuda. Ella, desesperada, decidió hacer pública su situación y reclamar la maternidad de Bastián, al que le habían robado. El coronel le dio el dinero suficiente para que desapareciera. Para él, las apariencias eran más importantes que su hija y su nieta. Había dicho que su hija residía en el extranjero, que estaba bien casada y disfrutaba de una buena posición social y económica. El que tu madre volviese al pueblo y descubriese su mentira, el que amenazase con reclamar la

custodia de Bastián hizo que el coronel y mis abuelos se pusieran de acuerdo en solventar aquel infortunado y desagradable asunto. El coronel se quitaba de encima la deshonra y mis abuelos mantendrían a Bastián con ellos. Tu madre prácticamente huyó con lo puesto a Tenerife, fuera de la península, solo con la maleta y el dinero. Su padre, tu abuelo, la amenazó con denunciarla si volvía. Previamente le había hecho firmar estos papeles de renuncia en los que reconocía cobrar por dar en adopción a su hijo —concluí tendiéndole los documentos.

—¿Y los hermanos de mi madre? No entiendo por qué no la buscaron, por qué consintieron semejante aberración.

—No lo sé. El coronel falleció. El muy cretino me entregó la información a través de su administrador. Una carta manuscrita por él. Creo que fue por pura venganza. Porque le dije que él era el único responsable de su soledad. No quise enseñártela para no hacerte más daño. No he investigado nada más sobre él, pero si tú lo consideras necesario, si quieres, puedo darte la información de la que dispongo para que intentes localizar a tus tíos, a vuestros tíos —puntualicé.

—No, Samantha. Ellos deberían haber buscado a mi madre y no lo hicieron, por mí pueden pudrirse —dijo con un dolor implícito en sus palabras que me hizo temblar de pena.

—Dios ha sido injusto con nosotros, o no existe —le dije acariciando su espalda.

—Dios no, Samantha, han sido los hombres. Como siempre.

Hablamos sobre Bastián, sobre sus planes. Le conté que se había independizado, pero que aún seguía buscándola, preguntando por ella. Que había decidido dejar el mercado financiero y dedicarse a la escritura. Que no le importaba servir copas o desempeñar cualquier otro oficio mientras conseguía su sueño. Había cambiado mucho y estaba resentido conmigo.

—¿Piensas decírselo algún día? —me preguntó mirándome fijamente a los ojos.

—No lo sé. Creo que no tengo el valor suficiente para hacerlo, al menos por el momento. Sé que he actuado mal y que me odiaría si se enterase. Si eso sucede, si él llega a odiarme, Ayala, me muero, te lo juro. Soy una mala persona, lo sé. He sido demasiado egoísta, demasiado, y no me lo perdonaré jamás. —Ella agachó la cabeza pensativa—. Y tú, ¿piensas volver a verle? Si vuelves a hacerlo, ¿se lo contarás?

Rompió a llorar.

Al despedirme me entregó el cuadro, el *As de corazones*, para que se lo hiciera llegar a Bastián. Me pidió que se lo enviara desde una mensajería cuando estuviera en Madrid. Así él no podría localizar su rastro.

—Pero no puedo hacer eso, ahora piden los datos del remitente —le dije apurada.

—Pones la dirección de Clara, de la editorial, ya he hablado con ella. Y esto es para ti —me dijo tendiéndome un pedazo de tela formado por tres retales.

Uno era de la camiseta de Bastián que ella utilizaba para pintar —«aunque le falte un pedazo, sigue siendo la mejor para ello», dijo sonriendo—. El segundo era un pedazo de uno de sus lienzos: un as de corazones con nuestras iniciales —S, B, A—

en su centro. El tercero era parte de la camisa de nuestro padre, la misma de la que su madre había cortado un pedazo para su manta.

—Ahora tienes que coser el tuyo, y espero que sean muchos los que añadas a ella.

Lloramos como dos tontas, desconsoladas, abrazadas mientras el taxi esperaba fuera, en la calle.

Es posible que Ayala tuviera razón y que Dios no haya sido el culpable de nada de lo que ha sucedido. Tal vez él, Dios, no pudo con la maldad que cobijaba el corazón de todas las personas que pasaron por mi vida, la de mi hermano y la de ella. Tal vez Dios solo quiso ir poniendo las cosas en su lugar y nosotros fuimos torciendo sus renglones, garabateando sobre su nombre. Tal vez el ser humano sea el instrumento del Diablo y Dios, una pobre víctima de nuestro egoísmo e ignorancia.

Es posible que yo haya estado equivocada siempre. Que él haya intentado poner las cosas en su lugar desde el primer momento, y yo no le haya dejado hacer.

Tal vez él, Dios, solo intentaba unirnos porque para ello fuimos concebidos.

Ayala

Cuando salí de España, me sentía como si la vida hubiera jugado conmigo al póquer del mentiroso. Todas las personas a las que había idolatrado me habían mentido. Mi madre me ocultó una parte de mi historia, de mis raíces, la más importante. No tenía derecho a hacerlo, ninguno. Nada ni nadie le facultaba a ello. El amor, querer a alguien, no te permite engañarle, tomar decisiones por la otra persona, calificar lo que es bueno o malo para su vida, y menos reescribir su pasado y condicionar por ello su presente y futuro.

Los recuerdos de mi infancia comenzaron a moverse como si formasen parte de un puzle donde las piezas están mal encajadas. Cayeron al suelo uno por uno, formando una montaña de imágenes y palabras sueltas que empecé a ubicar y a dar sentido:

«Queríamos casarnos en Italia y allí también haríamos el viaje de novios recorriendo la Toscana, contigo. Pero tuvo aquel accidente que le quitó la vida... No quiero hablar de ello. Sí, era muy guapo, como tú. No. No tenía familia, era huérfano. Antes de que hubieras nacido ya te quería, con locura. Si te hubiese conocido, habría sido el hombre más feliz de la tierra. No está, Ayala. No puede volver y lo único que te pido es que no me hagas recordar, me hace daño, mucho daño. Mi familia... no existe. Me dejaron sola contigo. Para ellos era una adúltera, una madre soltera y aquello, entonces, era pecado...».

Durante muchos meses seguí haciendo acopio de recuerdos, encajando las piezas una por una hasta tener el puzle completo. Intenté entenderla, comprender por qué después de tantos años, cuando ya estaba establecida, casada con Cósimo, no me contó todo lo sucedido. Por qué no me dijo que Bastián era mi hermano, su hijo. ¿Por qué no me lo contó? ¿Acaso no quería a Bastián? La única respuesta fue: miedo. Mi madre debió de vivir toda su vida con un miedo profundo e incontrolable hacia su padre, mi abuelo. También hacia los abuelos de Samantha. Había firmado la renuncia expresa a la tutela de su hijo, Bastián, y se había comprometido a no hablar del padre de su hijo a nadie. A guardar silencio sobre el acuerdo por el que recibió mucho dinero, el dinero que nos permitió emprender una nueva vida fuera de la península. Un acuerdo al margen de la ley que podía llevarla a la cárcel de por vida. Había vendido a su hijo, presionada, pero lo había hecho. Cuando se lo arrebataron era menor, pero cuando mi padre murió, yo ya había nacido, él aún era casi un bebé. Entonces ella podía haber puesto fin a todo aquello y no lo hizo. Se limitó a salir adelante con los medios que pudo, chantajeando, utilizando a Bastián, a su hijo, para ello, dejándolo en manos de sus abuelos, olvidándose de él para siempre. El fin, para mí, jamás justifica los medios. Me educó con unos valores muy altos, fuera de

normas sociales, en la libertad y la lucha de tus metas e ideales, al margen del egoísmo y propugnando siempre el respeto a los demás, pero ella se saltó todas y cada una de las pautas de mi educación. Fue egoísta, aunque lo fuese por amor; su actuación era, para mí en aquellos momentos, imperdonable.

El destino truncó sus planes, los de ella, los del coronel y los de los abuelos de Samantha. Bastián volvió a su vida y a la mía en el mismo lugar en el que ellos, nuestros padres, habían decidido casarse y vivir su luna de miel: en la Toscana. Tal vez fue una venganza, un jaque mate que le devolvió la vida por haber actuado de aquella forma tan impropia para una madre.

El destino jamás se da por vencido, tarde o temprano coloca las piezas del rompecabezas donde él quiere. Mi hermano y yo, Bastián y yo, estábamos condenados a amarnos desde antes de ser concebidos, a estar juntos. Daba igual de qué manera. Por encima de las leyes humanas.

Por más que lo intentaba, cuando pensaba en él era incapaz de verle como mi hermano. Bastián era mi amor, mi primer amor, el hombre al que más había querido y quería. No podía dejar de amarle, era imposible. Mi alma se hacía añicos cuando pensaba que era mi hermano. Y, durante un tiempo, odié con toda mi alma a mi madre. Tardé en perdonarla, en perdonar lo que había hecho conmigo. Me había robado el pasado. Había desvirtuado mi presente y condicionado mi futuro. Pero el tiempo, poco a poco, sin que apenas nos demos cuenta, desdibuja las huellas del pasado. Los sentimientos dolorosos, a fuerza de revivirlos, de desgranarlos, van perdiendo intensidad. La vida, el paso del tiempo, nos enseña que no todo es tan grave, tan funesto como lo vemos y sentimos en primera instancia. Que hay cosas con las que tenemos que cargar, que debemos asimilar y perdonar, hechos y situaciones que no se pueden volver a vivir, que no tienen una reescritura posible.

Poner tierra de por medio supuso elegir la opción más fácil, pero era la única con la que podía en aquellos momentos. Apenas tenía fuerzas para respirar, para continuar con mi vida. Una vida que había perdido su eje de rotación, que daba vueltas sin sentido, sin un punto en el que gravitar porque hasta aquellos momentos este había sido Bastián, y él ya no estaba. El solo hecho de pensar en volver a verle sabiendo que era mi hermano, que intentase besarme, que yo deseara hacerlo y no pudiese, me destrozaba el alma y el corazón. Me llenaba de un vacío tan grande como el que sentí cuando perdí a Cósimo y a mi madre. No sabía cómo podía reaccionar. O tal vez lo tenía claro, demasiado claro, y ello me daba miedo, miedo a olvidar que era mi hermano, a hacer lo que los demás habían hecho con nosotros: obviar la realidad. ¿Acaso yo no tenía derecho a hacer lo mismo que ellos?

Enfermé de ira y soledad, de impotencia y amor. Le quería con toda mi alma, pero no como a mi hermano; le quería como uno quiere a la persona con la que ha decidido compartir su vida, tener hijos, ser parte de ella. Cada vez que miraba algunas de nuestras fotos juntos rompía a llorar, y a punto estaba de descolgar el teléfono y llamarle. De tomar un vuelo y desplazarme a Madrid, de ir a su casa y hacer el amor

con él sin tiempo, sin medida. Incluso pensé que el destino nos había vuelto a unir porque nuestro amor debía ser el que era. Nos conocimos en la Toscana. Su hermana le mandó a cursar sus estudios a Italia porque recordaba que su padre siempre quiso visitar el país y alquilar una casa en el mismo lugar en el que ella le buscó la residencia de estudiantes, en el mismo pueblo donde mi madre iba a pasar su luna de miel con él, con nuestro padre. Nos volvimos a encontrar en África, cuando yo estaba a punto de casarme con Anthony, y ello hizo que mi presente y mi futuro volviesen a estar unidos a él. El maldito destino jugó con nosotros como si fuese un demonio.

Tardé poco en habituarme a los usos y costumbres de Canadá. La editorial de nueva creación tenía un capital social importante. Estaba formada por varios grupos que no tenían relación directa con la edición pero que financiaban el nuevo proyecto. La base de ella era la traducción de autores extranjeros, sobre todo latinoamericanos y españoles. Ser el referente para las traducciones al inglés y apostar por el nuevo formato: el electrónico. Mi cometido era crear un sello de literatura contemporánea con ligeros toques de intimismo en el que las historias de amor fuesen el hilo conductor. Una literatura de calidad en la que los sentimientos, unidos a un buen léxico y una gramática de primera línea, hicieran que los lectores se sintieran identificados, al tiempo que disfrutaban con el nivel literario, y encontraran un camino que recorrer a través de las historias. Este último punto era, para mí, fundamental. No quería publicar simples historias de ficción, quería dar a los lectores un pedazo de alma, un puñado de ilusión, cobijo y ganas de seguir adelante. Historias en las que sus personajes estuvieran llenos de vida.

Los tiempos eran difíciles, media Europa comenzaba a sumergirse en una crisis que según se preveía causaría estragos en todos los sectores. Mi situación era privilegiada; tenía un buen sueldo, no debía cumplir objetivos a corto plazo, y gozaba de libertad absoluta para ir haciendo una buena cantera de nuevos escritores a los que traducir, algo que no era frecuente en el mercado extranjero, contrariamente a lo que sucedía en España. En España, los autores extranjeros eran traducidos con una facilidad pasmosa porque sus ventas solían alcanzar los primeros puestos de las listas de libros más vendidos. Un apellido extranjero, al igual que una marca de cualquier producto, siempre había sido sinónimo de grandes ventas. El lector español, el consumidor español, en su mayoría, se dejaba llevar por la creencia popular e inculta de que todo lo de fuera de su país era mejor que lo suyo. Sin lugar a dudas, esa tendencia a despreciar lo propio, a considerarlo peor que lo foráneo, es herencia de la carestía sufrida tras años de represión, de dictadura, y del desprecio inculcado hacia nuestros creadores, muchos de ellos desterrados o fusilados por sus ideas. Del odio que muchos tuvieron a lo suyo, a su país y a sus raíces porque el régimen les hizo perder sus señas de identidad, que no se sintieran parte de él, de su tierra, porque se la habían arrebatado. Los años de dictadura marcaron unas diferencias tan grandes entre clases sociales que la envidia se instauró con tanta fuerza que, a pesar de que los tiempos han cambiado, aún sigue viva. Es, para nuestra vergüenza, una seña de

identidad propia.

Me propuse dar prioridad a la literatura española, a los nuevos autores. Después comenzaría con los latinoamericanos. A mi lado estaba Víctor, un ingeniero agrónomo, que nada tenía que ver con la literatura, pero que poseía una intuición espléndida para localizar nuevas promesas en las redes sociales, tan de moda en aquellos momentos en los que la publicación independiente comenzaba a generar muchas y grandes expectativas.

—No podía rechazar la oportunidad —me dijo sonriendo—. Lo único que sé de todo este mercado se basa en mi experiencia como lector. Estoy aquí por recomendación de una de las empresas asociadas, para qué voy a negártelo. Eso sí, tengo una visión muy especial para identificar las buenas obras. Me basta un vistazo a la lista de los libros para saber cuál de ellos tiene más posibilidades. Una pequeña lectura de las primeras páginas y puedo decirte si hay madera o es serrín.

»Mi profesión no tiene nada que ver con esto, pero la literatura me apasiona y me siento un privilegiado, aunque haya tenido que abandonar España obligado por mi carestía económica... Ya no tenía ni para pagar el alquiler. He pasado carencias que mejor no voy a contarte, me avergüenza...

Nuestra relación fue poco a poco traspasando los límites de lo profesional. Terminamos viviendo juntos y viajando a Tenerife, a la casa de Tejina, una vez al año, durante las vacaciones estivales. En ningún momento me propuso casarnos o formalizar de algún modo nuestro amor. Nuestra relación era una válvula de escape. Nos queríamos, nos respetábamos y no nos exigíamos nada a cambio de ello. Él conocía mi pasado con Bastián, sin pormenores. Le conté que había dejado la relación porque él me había sido infiel, no entré en detalles. También mi pasión por África y mi frustración por no haber dedicado mi vida a la pintura. Yo conocía la suya, dedicarse de lleno a la producción agronómica y vegetal, pasando por las ciencias hídricas. Le entusiasmaba pensar que podía ejercer en África, afirmaba que el continente africano era el lugar idóneo para ello. Había ido ahorrando parte de la nómina para invertir en sus investigaciones y en la puesta en marcha de un proyecto humanitario de lo más ambicioso en el continente de mis sueños, que también se convirtió en el suyo.

Aquel verano, en Tejina, Víctor consiguió convencerme. Vendería la casa de mi madre, el coche y la casa que teníamos en Canadá y nos estableceríamos definitivamente en África. Incluso llamé a Anthony, que me ofreció toda la ayuda que necesitábamos para establecernos. Nunca perdí el contacto con él.

—Con una única condición —me dijo—. Tienes que volver a dar clase de lengua y pintura a los niños.

Seguía siendo un ser excepcional.

Pero el destino, una vez más, jugó sus cartas. Bastián y yo volvimos a encontrarnos después de muchos años. Cuando vi su foto en la prensa, estuve a punto de no acudir a la cita. Sin embargo se lo debía, le debía la verdad.

Me marché a África, donde ahora resido con Víctor. Preparo una exposición de óleos para Barcelona. Los ingresos que recaudemos irán íntegros a la ONG de Anthony. Mi vida es sencilla, tengo lo necesario para vivir. Doy clases a los niños, me dedico a pintar y vivo en el continente de mis sueños, al lado de un hombre que me adora, pero me falta lo más importante, él, Bastián.

Bastián

Intenté olvidarla, pasar por alto aquellos recuerdos que me asaltaban como ladrones al doblar las esquinas, que me traían su imagen una y otra vez. Que, como bandidos, noche tras noche, me seguían robando la razón. Que hacían que me acurrucase en la terraza del ático, del que hubiera sido nuestro hogar, sentado en el suelo, sujetando mis piernas con las manos, con mi cabeza apoyada en las rodillas.

Todas las noches durante meses miraba la luna pensando que, tal vez, en alguna parte, en algún lugar ella estaría contemplándola, y si lo hacía estaba seguro de que tendría que pensar en mí. La pena me asaltaba cuando contemplaba su óleo presidiendo el salón del ático. Al ver la imagen de ella de espaldas, arropada con su manta, la manta familiar en la que el retal de Cósimo y el mío estaban unidos por las puntadas que ella, finalmente, les había dado. Lo hizo con un hilo de algodón grueso y rojo, de un rojo tan vivo como nuestro amor. Un amor diferente al resto. Un amor fuera de todo criterio racional, pero amor. Estaba seguro de que aquello, el color del hilo con el que dio las puntadas, tenía un significado concreto, tenía que simbolizar algo, como lo expresaban la jirafa y el ramo de amapolas al lado de la imagen de ella, pero ya no podía preguntárselo. Solo me quedaban su cuadro, los recuerdos, el dolor y aquella extraña sensación de vacío que me acompañaba como un estigma.

Después de recibir el rechazo de las editoriales a las que mandé el texto, decidí tomarme un descanso, plantearme si seguir escribiendo, si realmente servía para ello o no. Aún me quedaban ingresos suficientes para seguir intentándolo y algunos meses más de subsidio de desempleo. Mantenía buenas relaciones con algunas personas del mercado financiero, y mi buena reputación como intermediario era conocida. Si quería volver, me bastaría con levantar un teléfono. Pero quería quemar algunos cartuchos más antes de volver a ejercer una profesión en la que nunca había estado cómodo.

Hice una remodelación del ático. Había conseguido un alquiler con derecho a compra, la inversión era interesante, no arriesgaba mucho. Aquel año adelanté mis vacaciones para estar presente en la obra. Tiraría todas las paredes y lo dejaría como un *loft*. A excepción de uno de los tabiques, que era un muro de carga, y el baño, todo sería diáfano. En aquel tabique colgaría el cuadro de Ayala. Cuando los albañiles tiraron el armario empotrado del dormitorio, en una especie de altillo oculto apareció un manuscrito.

—¡Jefe! —gritó uno de ellos—. Creo que se le olvidó recoger su biblia —dijo tendiéndome un bloque enorme de folios cosidos unos a otros—. Casi nos lo cargamos todo...

Yo estaba sentado en la terraza. Consultaba, en mi ordenador, la caída de la Bolsa

y la prima de riesgo, que ya empezaba a dar muestras de lo que se nos venía encima. Al ver los folios que el hombre sujetaba enmudecí, pero reaccioné rápido y cauto. Me levanté como un resorte, se los quité de las manos y me acerqué al armario. Me subí en la escalera y retiré el resto de los documentos que se amontonaban en aquel agujero.

—Se me olvidó decirles lo del doble tabique —dije disimulando mi sorpresa.

—Pues hemos estado a un *na* de cargarnos todo —apostilló limpiándose el sudor con la mano—. ¿Le acerco una bolsa para que pueda meterlo? —me preguntó.

Asentí con un movimiento de cabeza y conseguí articular con dificultad un «gracias» que casi pareció un grito ahogado. Ya había visto la firma, sabía a quién pertenecían aquellos textos.

Hasta que los albañiles no terminaron su jornada no hojeé más papeles; los mantuve dentro de la bolsa, a mi lado, junto a mis pies. Sabía lo que aquello podía valer, el precio que podía alcanzar en el mercado. Mi resentimiento, mi falta de empatía con el mercado editorial me hizo urdir una estrategia que, estaba seguro, me abocaría a tomar una decisión sobre si seguir escribiendo o abandonar mi sueño.

Leí todos y cada uno de los folios manuscritos, primero los sueltos y al final el texto grande, una novela de setecientas páginas. Una obra que me emocionó desde su comienzo hasta su final. Todo pertenecía a un escritor consolidado, muy valorado en el sector y por los lectores. El texto era inédito, todos y cada uno de los escritos lo eran. Pertenecían a la época en la que él había vivido allí con su amante.

Copié palabra por palabra, tecleé la novela al completo en mi ordenador y la mandé a todas las editoriales, a las mismas a las que había enviado mi manuscrito y en las que había sido rechazado. Curiosamente recibí la misma respuesta: no encajaba en la línea editorial. Creo que ni tan siquiera se habían molestado en leerlas, ni esta ni la mía que les había mandado meses atrás. Una de las editoriales había publicado todas sus obras, y aún seguía manteniendo los derechos de explotación de varias con unos resultados de ventas espectaculares cada vez que había una nueva reedición.

Durante un tiempo pensé en registrarla como mía, pero fui incapaz de hacerlo; también estuve a punto de pasarle a la prensa la documentación, junto con las cartas de rechazo, pero lo pensé y finalmente decidí hacérselo llegar a sus familiares. Si no lo hacía me traicionaría a mí mismo, a mis principios:

—Muchas gracias —dijo su hija. Una mujer cinco años menor que yo. Preciosa. Sencilla en su vestimenta, de estilo desenfadado, y que nada tenía que ver con la mujer regia que me pareció al escuchar su voz por teléfono.

—No me las dé. Creo que es lo menos que podía hacer. También soy escritor. —Aquella fue la primera vez que me atreví a pronunciar aquel sustantivo, escritor, aplicado a mí.

—Interesante —dijo mientras hojeaba los textos—. Mi padre no lo era —respondió tajante y resolutoria—. ¡Jamás lo fue! Era ella quien escribía las historias, todas sus novelas las escribió su amante.

—¿Cómo dice? —articulé con dificultad, casi escupiendo el sorbo de agua que acababa de tomar.

Me miró expectante, con aquella media sonrisa bordeada por unos labios sin carmín, pero rojos como las fresas.

Giró levemente su cabeza, como si quisiera comprobar que estábamos solos, volvió a mirarme y dijo:

—Digo que mi padre jamás escribió un solo párrafo, ni una línea, ni una palabra de estos textos ni de los que han sido publicados. El autor, la autora, era su amante. Una simple camarera a la que conoció en uno de sus viajes. Claro que esto, si sale a la luz, será negado por mí. ¿Lo entiende?

Creo que siempre recordaré el día que Karina y yo nos conocimos. Sus palabras, sus labios rojos, su piel de porcelana, la evidencia del dolor que sentía por la infidelidad de su padre. Sus piernas delgadas enfundadas en aquellos vaqueros y aquella melena negra como el carbón tan parecida a la de Ayala.

El texto inédito de su padre se publicó con un lanzamiento espectacular. Asistí a la presentación pública y allí me presentó como su pareja al director editorial:

—Tienes que leer la novela que ha escrito. Es extraordinaria —le dijo.

—Ya ha estado en su editorial y fue rechazada —contesté en un tono seco.

Karina me dio un pisotón.

—Es posible que así haya sido, pero no creo que haya pasado por mis manos. Tenemos un comité editorial que hace una selección previa de todo. Estaré encantado de que me la envíes a mí directamente. Te prometo leerla con la máxima atención...

Poco a poco fui olvidándome de Ayala; más que olvidarme, haciendo hueco a otros sentimientos, recordando sin dolor. Cuando me paraba frente al cuadro, en las noches de verano, mientras el viento entraba por la terraza del ático y movía el móvil que Karina había instalado en el salón —a ella, como a Ayala, también le gustaban los móviles—, me abrazaba por la espalda y me decía con voz temblorosa:

—Espero que se haya dedicado a la pintura, es muy buena.

Siempre decía lo mismo. Después me daba un beso, como si temiera que yo fuese a escaparme. A sumergirme dentro de la pintura, a perderme para siempre en el lienzo, con ella, con Ayala. En cierto modo, cada vez que lo contemplaba lo hacía.

Se quedó embarazada sin que tuviéramos intención de ello. Al menos yo no la tenía, pero no me importó, al contrario. Su embarazo fue como una bombona de oxígeno, como recuperar el que había perdido con la marcha de Ayala.

Mi obra fue aceptada y publicada por la editorial. Acompañada de un anticipo y una promoción poco habituales para un escritor novel. Conté con el apoyo de los medios, era la pareja de Karina, íbamos a tener un hijo, el nieto de uno de los mejores escritores. Tenía de mi lado uno de los puntos más fuertes para alcanzar el éxito: el apoyo de los medios de comunicación.

A los pocos meses, las traducciones se sucedieron una tras otra. No había firmado los derechos de traducción a otras lenguas aconsejado por Karina, y fui

entrevistándome con las editoriales que me interesaban. Karina había llevado mi representación desde que firmé el primer contrato, pero su estado de gestación le impedía seguir un ritmo tan frenético en aquellos días. Se limitaba a gestionar por teléfono todos los asuntos, pero a las citas acudía yo.

Aquel día Karina me concertó la entrevista:

—Es una editorial canadiense. Funciona en el mercado americano muy bien. Se está haciendo con los mejores distribuidores, y las ventas de sus títulos se salen en los últimos años. Te he concertado una entrevista con la directora. Está en España de vacaciones y tiene mucho interés en conocerte personalmente antes de volver a Canadá. Ha leído la obra y le gusta muchísimo. Se llama Estuardo.

—Estuardo, ¿qué? —pregunté.

—Estuardo —me respondió tendiéndome el *post-it* en el que figuraba el nombre del restaurante, el número de teléfono móvil de ella y la hora del almuerzo—. Creo que Ana, pero no lo he entendido muy bien. Bueno, la llamas si tienes dudas, la mesa está reservada con su apellido, Estuardooo —remató en tono de chanza—. Suena a reina —concluyó riéndose camino del baño.

Al día siguiente recogí el *post-it*, volví a mirarlo y sonreí. Karina comenzaba a dar muestras de su avanzado estado de gestación, le quedaban cuatro días para salir de cuentas. Su mesa era un caos de notas, papeles y cartas por archivar y una veintena de revistas premamá. Cogí el maletín, me acerqué a la cama y le di un beso antes de marcharme. No se movió, su horario de sueño había variado considerablemente en los últimos meses de embarazo. Por las noches no dormía, y de día pasaba la mayor parte del tiempo medio sonámbula.

Antes de ir al restaurante pasé por la casa de Samantha. Karina y ella se llevaban como hermanas y me había encargado que recogiese la canastilla que mi hermana le había comprado en una tienda prenatal de moda; quería llevársela al hospital, tenerla en casa preparada. Samantha estaba trabajando y no podía acercársela.

—¿Por qué no esperas a que ella te la traiga mañana cuando termine su jornada? —le dije aquella noche—. Aún te quedan cuatro o cinco días, tal vez sean más. Las primerizas siempre se retrasan.

—Quiero tenerla ya, Bastián, me hace mucha ilusión. Quiero ver lo que me llevo o lo que dejo en casa; además, me da seguridad. Ya sabes cómo es tu hermana, lo mismo tarda en traerla dos días, depende de las guardias que le toquen, solo vive para su trabajo.

»Me ha dicho que está en su armario, en una bolsa verde y blanca. Tengo las llaves de la casa en mi bolso. Cógelas ya, que si no lo haces ahora seguro que mañana se te olvidan...

La bolsa estaba en el armario de Samantha, en el suelo, al lado de los zapatos. Al agacharme para cogerla vi que la base del armario parecía desnivelada. Intenté ver qué pasaba y observé que sobre ella había una tabla del mismo color y madera que el mueble. La empujé y esta se desplazó levemente, apenas un milímetro. Era evidente

que había sido confeccionada a medida. La levanté, pensando que tal vez se le hubiera roto la base, y por no molestarme Samantha había encargado un tablón a medida para solucionarlo. Pero no era así. La base del armario estaba en perfectas condiciones. La madera que tenía encima servía para ocultar un sobre con documentos y dos cartas manuscritas por diferentes personas. Una era de mi abuelo biológico, un coronel, y la otra del que me crio y que yo hasta aquel momento había considerado como mi abuelo. Mi madre no era quien yo creía, era la madre de Ayala. Tuve que sentarme para leer el contenido completo, para releerlo y asimilarlo.

Mi vida, mis recuerdos, mis sentimientos, comenzaron a girar bruscamente. Todo pareció derrumbarse y olvidé mi cita, a Karina e incluso su embarazo. Aquello me hizo entender la marcha repentina de Ayala. En aquellos momentos supe que jamás perdonaría el que Samantha me hubiese ocultado aquella información. ¡Jamás! El que hubiese actuado como la dueña de mi destino, de mi vida. Que actuase como si fuese Dios.

El sonido de un mensaje en el teléfono móvil me sacó de mi ensimismamiento, de la ira y el dolor que sentía en aquellos momentos:

No te olvides de la cita: 13.00 mesa a nombre de reina: Estuardo ;) ¡Te quiero!

El *maître* me acompañó hasta la mesa. Estaba sentada de espaldas, pero la reconocí al instante. Me puse delante de ella, de pie. Nos miramos en silencio, un silencio ancestral, como nuestra jirafa, como nuestro continente, como nuestro amor. Me senté y tomé sus manos entre las mías. Después, cuando ella hizo el intento de hablar, puse uno de mis dedos sobre sus labios. Cogí mi maletín, saqué los documentos y los puse sobre la mesa llorando como un niño.

Las lágrimas también corrían por sus mejillas. El *maître*, que llegaba con una botella de agua mineral, apurado por la escena, la dejó sin decir palabra sobre la mesa y se retiró. Mi teléfono sonó. Era Karina, tenía contracciones.

—Lo sé —dijo Ayala cuando colgué, sin dejar que me explicase—. Ella me dijo que esperabais un hijo.

—Una niña —puntualicé.

—No sabes lo mucho que me alegro, Bastián. Quise verte antes de marcharme a África. Sabía quién eras, vi tus fotos en la prensa. Estuve a punto de cancelar nuestra cita. Tal vez esto no esté bien, pero necesitaba verte, decirte el verdadero motivo de mi marcha aquel día. Aunque Samantha no esté de acuerdo con ello, yo no puedo vivir con esa carga. No podía seguir ocultándote quién eres, quiénes somos. ¿Te dio Samantha los documentos?

—No. Los he encontrado esta mañana por casualidad, al ir a recoger un regalo de ella para Karina.

—Es el destino, Bastián..., siempre ha jugado con nosotros. Espero que perdones

a Samantha. Es débil. Ha sufrido más de lo que crees.

—No sé si podré hacerlo, Ayala, no lo sé.

—Pues debes —dijo cogiendo mis manos entre las suyas—. Me alegro muchísimo de tu paternidad, muchísimo.

—Lo sé. Se llamará como tú —le dije en un jadeo—. Tengo que marcharme al hospital. Nos vemos cuando haya pasado el parto. Tenemos mucho de lo que hablar, demasiado. ¡Necesito hablar contigo! ¡Lo necesito!

—No, Bastián. Dejaré todo preparado para que mi sustituta te lleve el tema de la traducción, por supuesto, si decides publicar con la editorial.

—¿Tu sustituta? —pregunté contrariado.

—Sí, me marcho a África. Emprendo una nueva vida, lejos de aquí, de todo.

—Pero... no puedes hacerme esto ahora. Te quiero, Ayala. Necesito que hablemos.

—Por eso, Bastián, por eso, porque yo también te quiero. No podemos volver a estar juntos, no podemos.

—Siempre te querré, eso es algo que nada ni nadie podrá impedir jamás —le susurré al oído antes de marcharme—. No lo olvides nunca. Prométeme que lo harás, que jamás me olvidarás.

Asintió con un movimiento de sus párpados. Llorando.

—¿Me llamarás? —le pregunté levantando su barbilla para que me mirase a los ojos, porque permanecía cabizbaja.

—No, Bastián, no puedo hacerlo porque te quiero con locura, cada día que pasa te quiero más. ¿Es que no has escuchado lo que te he dicho?

La besé en la mejilla, en los labios y en los párpados, como cuando estábamos juntos, y salí camino del hospital dejándola allí. Con el dolor más grande que jamás había sentido. Como si me hubieran arrancado de cuajo el corazón.

Ayala

Siempre me gustaron los atardeceres del final del verano; desde niña, desde que tengo uso de razón, es el momento del día que más habito. Me siento viva, llena de energía, cuando contemplo los pájaros sobrevolando sobre mi cabeza en busca de insectos. Al ver el color que va tomando el cielo. Cuando las sombras tejen su manto sobre los tejados, los árboles y las laderas de las montañas o los valles. Siento el olor a humedad y cómo poco a poco el día se va yendo, sin hacer ruido; lento, romántico y melancólico, como yo.

Desde hace unos años necesito contemplar la caída del sol sobre el horizonte, ver cómo el día se difumina del mismo modo que mis dibujos a carboncillo cuando les paso el algodón por encima. A los niños que van dejando sus dibujos de amapolas en la pared de la escuela, en el muro del amor: creado por mí.

—¿Algún día nos llevarás a la Toscana? ¿Veremos tu campo de amapolas, y tu tabique del amor? —me preguntan casi todos los días.

—Algún día —les respondo melancólica—, cuando recaudemos el dinero suficiente para hacer el viaje...

En África, el final del día, de cualquier día, de todos los días, es mágico. Los espíritus danzan entre la luz y las sombras. Pronuncian rituales milagrosos en tus oídos. Susurran historias de amores imposibles. De besos lanzados al alba que van cayendo sobre la arena milenaria al no encontrar dueño. Como los que yo, cada amanecer, le envío al sol para que los deposite sobre él.

Todas las tardes, cuando el sol, el inmenso sol naranja de África comienza a caer, cojo la manta familiar y camino unos metros apartándome de la casa. Me siento sobre la arena y contemplo, arropada por los pedazos de tela de Cósimo, de mi madre y de Bastián, cómo el sol va cayendo despacio. Cómo se va el día, melancólico, taciturno y romántico. Y todas las tardes, cuando el sol besa la línea que delimita este horizonte, mi horizonte, una jirafa blanca viene a visitarme. Sé cuál es su mensaje, por eso jamás he querido escucharlo; porque yo siento lo mismo que siente él.



ANTONIA J. CORRALES nació en Madrid, España en 1959.

Profesión: Administración y dirección de empresas. Ha trabajado como correctora; lectora, columnista en periódicos locales, articulista en revistas culturales, entrevistadora en publicaciones científicas, jurado en certámenes literarios y coordinadora radiofónica. Ha sido galardonada con una veintena de premios en certámenes internacionales.

Es autora de: *Epitafio de un asesino* (2005), *La décima clave* (2008), *La levedad del ser* (2012), *As de corazones* (2013), *En un rincón del alma* (2012). Esta última es un *bestseller* internacional de largo recorrido con una permanencia de más de 1300 días en el top 100 de ventas. *Mujeres de agua* es su última publicación y la segunda parte de este *bestseller*; reclamado por miles de lectores.

En un rincón del alma, ha sido *bestseller* con más de 80 000 copias vendidas. Traducida al inglés, griego e italiano. El éxito alcanzado como autora independiente española, quedó reflejado en la segunda edición del libro *TRANSFORMATIONS*.

La literatura de Antonia J. Corrales es calificada y sentida por los lectores como una manera especial de ser, de pensar y de vivir. Sus historias están cargadas de realidad mágica y vivencias cotidianas donde el lector halla parte de él y su vida.

Su labor profesional antes de dedicarse de lleno a la literatura se centró en Administración y dirección de empresas: Jefe sector en multinacional. Jefe de administración en franquicia. Jefe de administración en una sociedad de

profesionales. Gestión de revista profesional: corrección de artículos, tramitación de publicidad y contratación de la misma. Gestión de cursos profesionales: publicidad, matriculación, gestora de alumnos. Contabilidad y gestión con las Administraciones públicas.